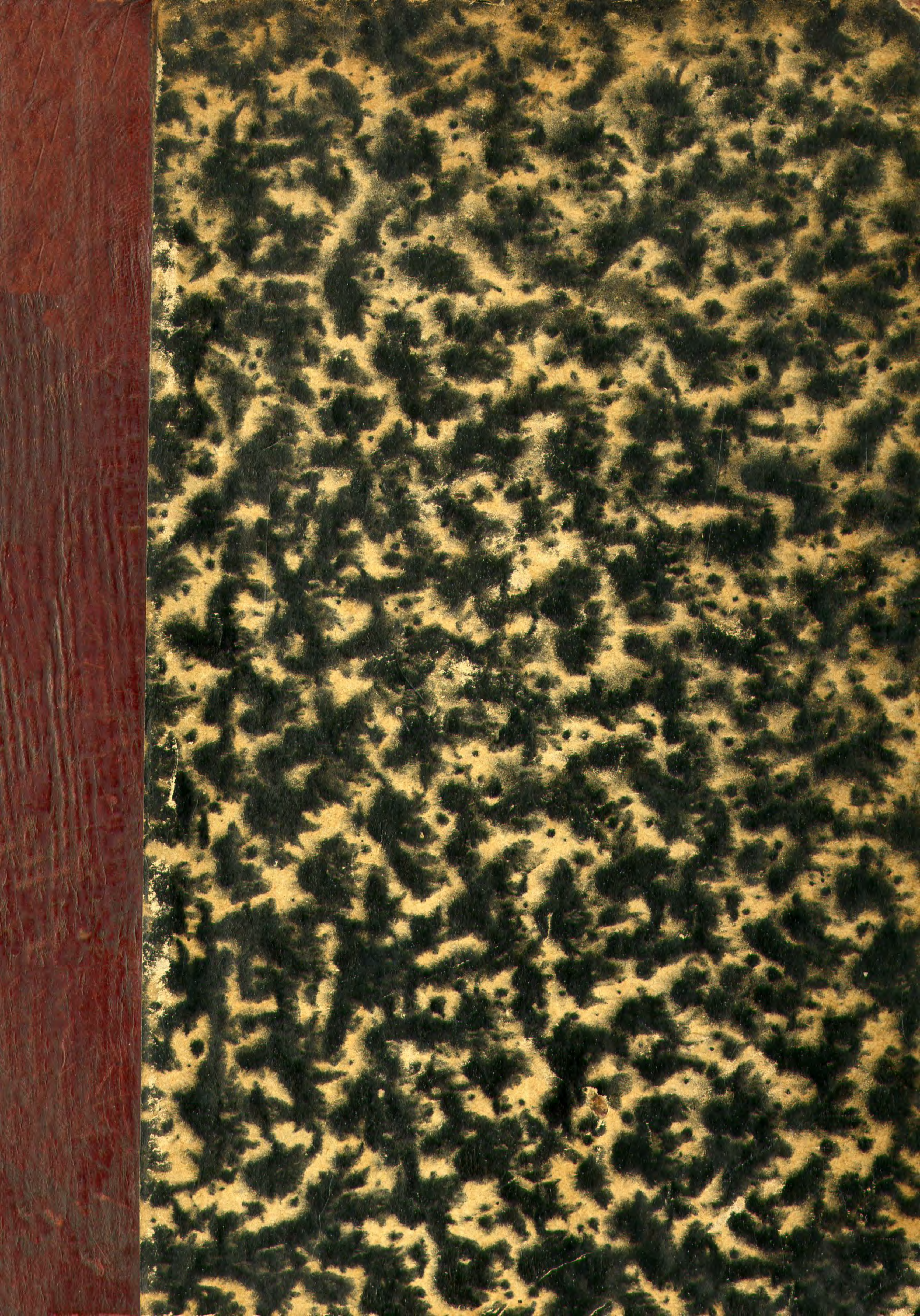




ARTÍCULOS

DE

COSTUMBRES

POR

RICARDO SILVA

—33006—

1883.

Imprenta de Silvestre y C.^a

BOGOTÁ.

Esta obra es propiedad del autor, según privilegio de 15 de Marzo de 1883.

A MI HIJO

JOSE ASUNCION SILVA.

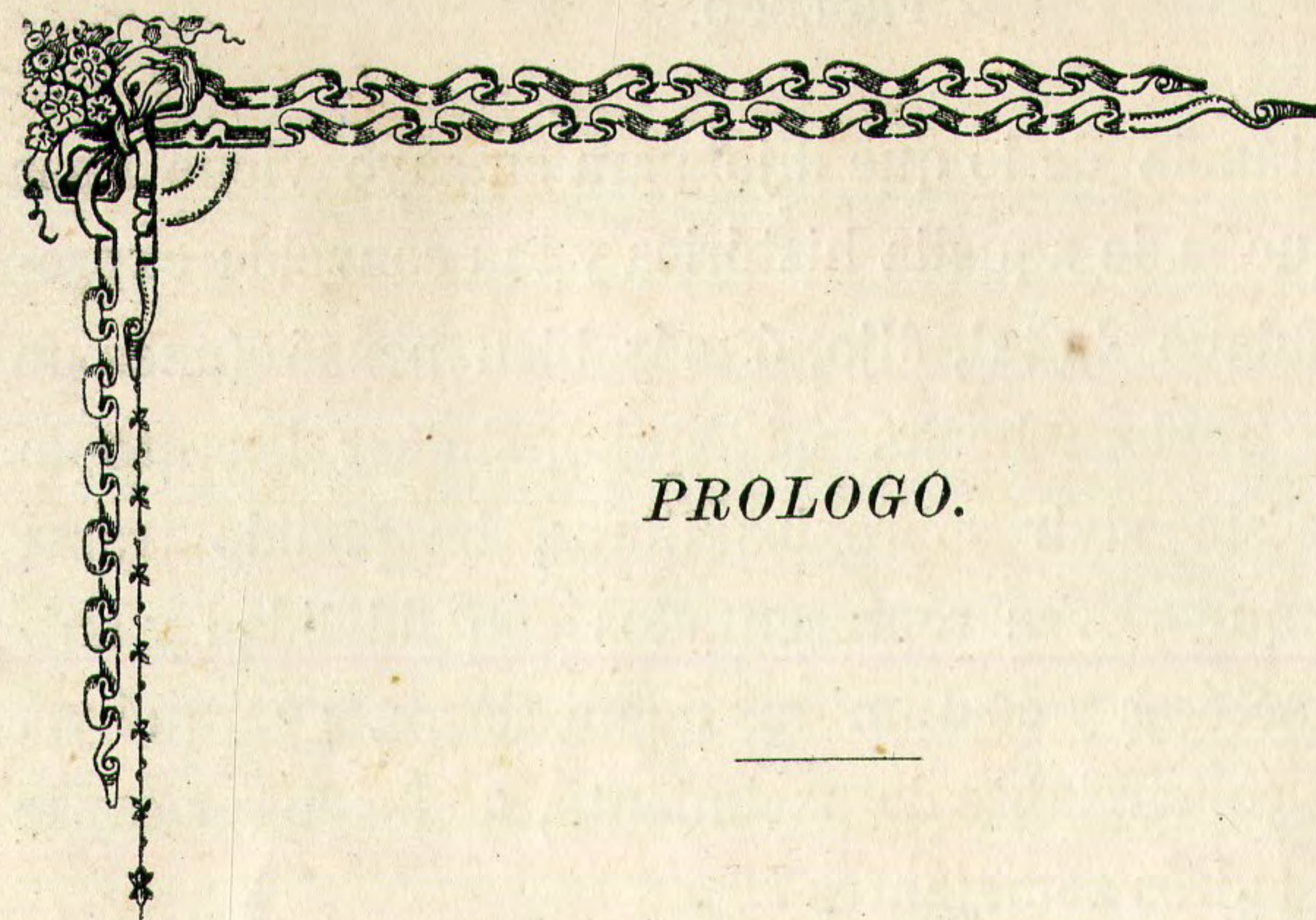
Hijo mío muy querido:

Mi única obra literaria, el libro que la benevolencia de mis amigos me obliga á publicar, te pertenece como la menor de las muestras que puedo darte de mi profundo amor de padre y de la estimación que te profeso por las virtudes que te caracterizan.

Acéptalo, pues, también, hijo mío, como uno de los recuerdos cariñosos que habrán de acompañarte cuando la muerte me haya separado de ti.

Ricardo Silva.

Bogotá, 27 de Noviembre de 1883.



PROLOGO.

UNA noche del año de 1859, un joven bogotano, gallardo y apuesto, de ojos azules, de mirar á un tiempo mismo blando y penetrante, de facciones pronunciadas y correctas, de vestir pulcro, elegante y esmerado, y de aristocrático y distinguido talante, se hallaba solo y en ocasión próxima de aburrirse, encerrado en su cuarto y, por razones que no es del caso explicar, imposibilitado para salir, como acostumbraba hacerlo, á visitar á la que era entonces señora de sus pensamientos y fué poco después simplemente *su señora*.

Había el tal joven leído, entre otros artículos de costumbres que le habían agradado por extremo, uno, entonces recién publicado, cuya lectura le había dejado gratísimas impresiones; y, por fortuna para él, y aun más para el público, en los instantes en que empezó á sentir los primeros síntomas de aburrimiento, le vino á las mientes el mencionado artículo, y junto con él una especie de súbita inspiración que le hizo decir, como dijo el otro: *Anch'io so pittore*. Verdad es que no se lo dijo en italiano;

pero la sustancia de lo que dijo para su sayo viene á ser la misma que la de aquella histórica y tan conocida expresión. "Si fulano de tal, dijo, ó más bien pensó (pues no consta que hubiera hecho soliloquio), sin ser literato de profesión y sin vivir sobre los libros, ha podido trazar cuadros en que se ven representados con fidelidad y animación caracteres y costumbres de mi tierra, ¿porqué yo, aunque sea comerciante de nacimiento, no he de ser capaz de pintar cuadros semejantes?"

No se le pasó ciertamente por la imaginación que los cuadros que él pintara hubieran jamás de salir á luz, ó para hablar sin metáforas, que los artículos que escribiese hubieran de imprimirse. Aquel ímpetu que le vino, lo vino sólo *por amor al arte*, por deseo de acariciar, digámoslo así, aquel género literario que tanto lo había embelesado. No había en él ni pizca de presunción, ni gota de anhelo por fama ó gloria literaria.

En fin, venirle aquella que he llamado inspiración, colocar en su pupitre un pliego de papel, requerir la pluma abriéndole los picos sobre la uña del pulgar de la mano izquierda, mojarla y empezar á escribir, fué todo obra de un solo instante.

Al día siguiente, el héroe de mi historia mostraba en confianza á David Guarín, el fruto de su nocturno trabajo, fruto, es decir, artículo, que llevaba por título *Un domingo en casa*.

Aquí podría yo poner un aparte compuesto de un solo renglón que dijera: *Este joven era Ricardo Silva*, con lo cual daría á mi relación énfasis y solemnidad; pero me

abstengo de poner tal aparte, porque aparte de que el recurso de presentar á un personaje como envuelto en sombras y misterio para ponerlo luégo á la vista súbitamente, está ya un poco manoseado, presumo que no ha de haber lector tan zonzo que, sabiendo que este es un prólogo para la colección de artículos de *Ricardo Silva*, y viendo que me refiero al autor de *Un domingo en casa*, no haya adivinado que de *Ricardo Silva* es de quien se trata.

David Guarín dió inmediatamente á la stampa el *Domingo en casa*, primicias del talento de su autor y principio de la serie de artículos de costumbres que Ricardo Silva ha ido componiendo á largos intervalos, como quien vive dedicado á desperdiciar la tinta de su tintero en asentar partidas en un *diario* y en un *mayor*, en liquidar facturas y en llevar correspondencia con pares de corresponsales entre cuyos nombres va siempre un &.

El *Domingo en casa* fué recibido con sumo aplauso y levantó polvareda literaria, pues dió ocasión para que Crisóstomo Osorio compusiera *Un domingo fuera de casa* y José Joaquín Borda *Un domingo ni dentro ni fuera de casa*, así como para que se excitara la vena de varios de los aficionados á escribir artículos de costumbres.

Rafael Eliseo Santander, á quien se atribuyó el susodicho *Domingo*, gracias á las iniciales R. S. que al pie de él se estamparon, escribió un artículo titulado *Honra á quien la merezca*, en el que atribuyó á su vez la citada producción á uno de nuestros más amenos y afamados escritores. Estas cosas, y la visible satisfacción con que

los amigos de Silva leímos y releímos el *Domingo en casa*, sirvieron, como era natural, para que conociese sus fuerzas y se sintiese aguijoneado aquel ingenio que hasta entonces se había ignorado á sí mismo.

Es curioso observar que Ricardo Silva, hallándose dotado de facilidad para escribir, poseyendo estilo propio, estando familiarizado con el empleo de todos los recursos de que puede echar mano un escritor, no ha cultivado más que un género. Lástima es que no se haya dedicado también á otros y que no haya producido sino poquísimas muestras de aquel que cultiva y en que tanto sobresale.

Sin embargo, hay que confesar que á la aparente esterilidad de su ingenio se debe en parte el mérito de sus escritos. Los que han compuesto piezas de aquel género sólo por el prurito de escribir y de aumentar de cualquier modo el número de sus producciones, ó apremiados por el impresor, que les exige para mañana, ó para el lunes, ó para el miércoles, materiales bastantes para llenar cinco columnas y media del número tal del periódico en que se han comprometido á colaborar, no han podido, por más talento y fecundidad que tengan, pintar cuadros que parezcan verdadera copia de escenas y costumbres reales. Ricardo Silva, que siempre ha escrito con libertad, sólo ha escrito cuando, sin que él la solicite, se le ha metido una idea en la cabeza y la ha *gestado* en ella lo suficiente para que salga *de tiempo*.

No puede escribir cuadros de costumbres sino el que ha recibido de la naturaleza el dón de observación; y esta facultad no se ejercita de improviso ni voluntariamente.

En el curso de mucho tiempo sucede que una costumbre llame la atención, que la mente del observador vaya acopiando los rasgos característicos con que puede ser pintada, y que el buen gusto vaya distinguiendo los que deben desecharse y los que han de escogerse para que la pintura resulte interesante, breve y animada.

Ricardo Silva nunca se ha puesto á escribir sin que una idea se haya apoderado ya de él y sin que el artículo entero se le haya formado en la cabeza, como el feto se forma en el vientre materno. Esto explica á un tiempo su poca fecundidad y la excelencia de sus escritos.

Elogiárselos al público, que ya los conoce tanto y que los saborea con tanto deleite, sería de todo punto ocioso. Cada uno se ha enojado al creer que él mismo ó su señora ó su familia ha servido de original á Silva, y se ha reído luego, con enojo y todo, al leer aquellos pasajes en que éste picardea donosamente empleando un lenguaje atildado, ó sentimental, ó solemne para decir deliciosas novadas ó para hacer observaciones saladas y picantes sobre menudencias que se propone censurar ó ridiculizar.

Murió Pepe Santander, y poco á poco, ó tal vez mucho á mucho, iremos desapareciendo los que tenemos por comidilla los recuerdos de nuestra vieja Santafé. Quizás cuando no quede ninguno, no habrá quien ame con pasión los escritos de Silva; en que, con sin igual viveza, vemos consignados esos recuerdos. Pero sus cuadros serán contemplados siempre con admiración, como todo cuadro en que se ve fielmente retratada la naturaleza, sean bellos ó deformes, simpáticos ú odiosos los objetos representados.

Ni habrá época en que la lectura de estos artículos de Silva deje de servir de delicioso desahogo, merced á la inimitable ligereza de estilo y á la copia de chistes agudos, urbanos y soberanamente originales que los adorna.

La pobreza de ingenio hace echar mano frecuentemente de especies maliciosas y de torpes alusiones para sazonar los escritos. Ninguno de los de Silva está manchado con tales inmundicias, porque él es, entre otras cosas, bien criado, pero no con aquella buena crianza que sólo sirve para conducirse elegantemente en un salón y en un banquete, sino con la que lo hace á uno digno de ser padre de familia. Ricardo tiene bien criado el corazón.

Me referí arriba al santaferenismo que respiran sus artículos, y sobre este punto tengo algo que decir á los que, no conociéndolo á él, lean ó hayan leído sus producciones. Ustedes, señores lectores de esta clase, se han figurado que Ricardo Silva es un santaferño, pura sangre, que anda de día y de noche bien arrebujaado en su capa, y perpetuamente apercebido con su linterna por la noche, y sus zapatones á todas horas; que, al entrar á la iglesia, deja su cigarro en alguna *anfractuosidad* de la fachada, para volver á encenderlo al salir; que litiga perdurablemente sobre una capellanía; que, al merendar, toma el dulce y el agua antes que su chocolate; que preconiza las ventajas del yesquero sobre los fósforos y las de la ropilla sobre el tresillo. ¿No es cierto que esto es lo que ustedes se han figurado? Ustedes imaginan que la casa de Ricardo Silva está situada en el corazón del barrio de las Nieves, que tiene ancho y pesado balcón á la anti-

gua, aljibe con su competente dotación de ranas, techos sin cielo raso, y jaulas de caña, con toches y mirlas, suspendidas en los claros de las barandas. Sí, señores: ustedes no pueden negarme que han imaginado todo esto.

Pues bien, ustedes me perdonarán, pero tengo que decirles que nunca han pensado desatinos más atroz que éstos. Ricardo posee en sus maneras, en su traje y en todo su exterior aquella elegancia que desespera á los que no hallan más arbitrio para hacerse elegantes que vestir por figurín y vivir por Carreño. El no ha estado en los grandes centros de la moderna civilización, pero si viviera en ellos treinta años estudiando cultura, á su vuelta no tendría que corregir un ápice en su persona ni en su traje. Su casa en nada se parece á la de D. Pedro Antonio de Rivero que nos describió Vergara: mal que á él le pese, á la que es muy semejante es á la de J. M. Doronzoro, que él mismo y el citado Vergara nos han dado á conocer.

Lejos de ser partidario del dejar rodar la bola, que nos sirve de regla de conducta á los santaferños, lo es de todo adelante, y en pocas de las empresas que para introducir mejoras en nuestra población se han acometido ha dejado él de tomar parte más ó menos activa.

En fin, para que los lectores que no lo conocen conozcan la diferencia que media entre él y un santaferño rancio, les aseguro que la misma que se nota entre el lenguaje y modo de producirse de Ricardo, y el lenguaje y modo de escribir de un escritor nacido en el siglo pasado, de la estofa de D. Manuel del Socorro Rodríguez, se nota entre Ricardo y cualquier rancio santaferño. El

amor que él profesa á nuestras vejece es un amor que no por vivo y sincero deja de ser enteramente platónico.

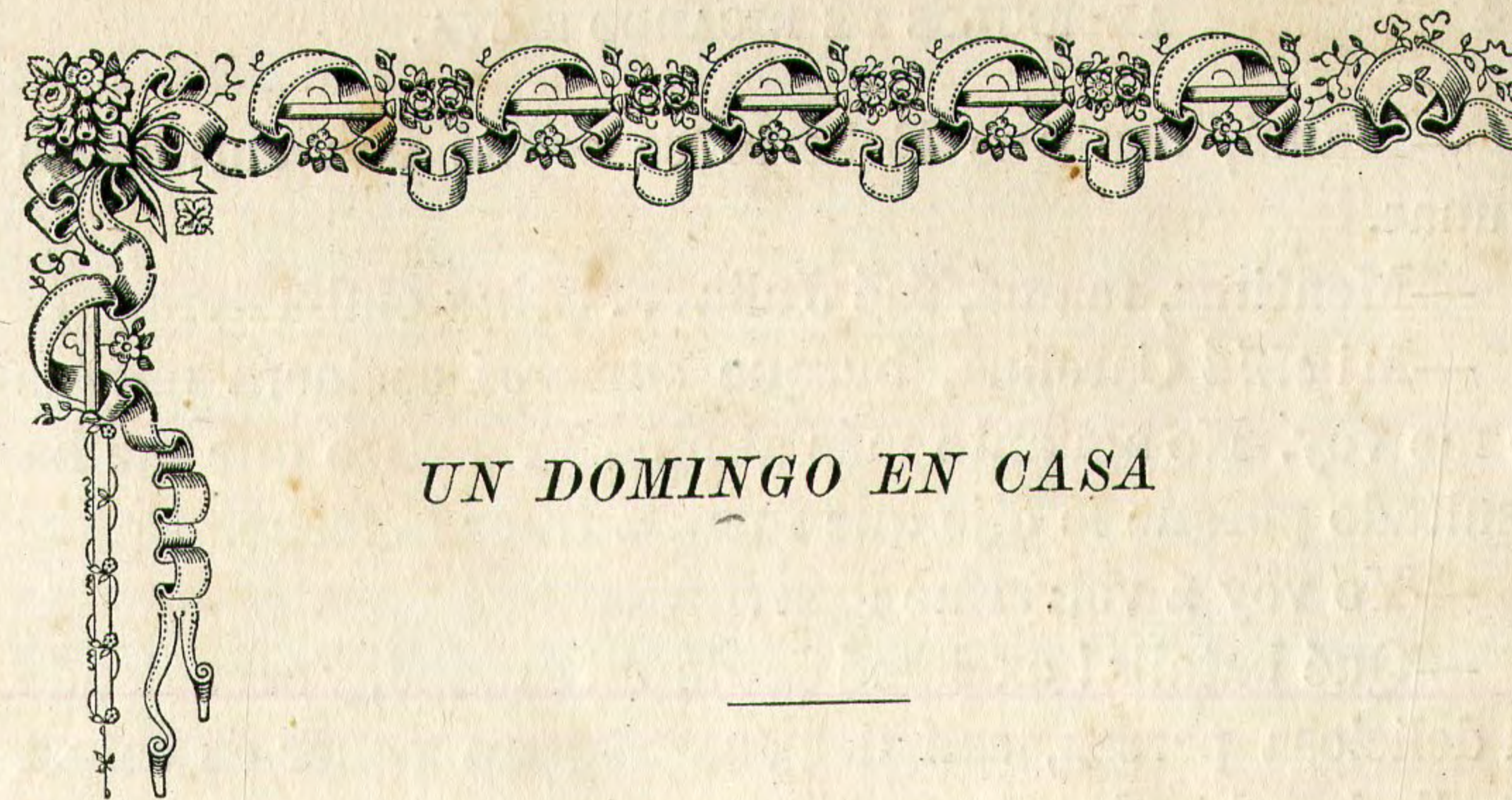
Al mismo paso que la cultura, va creciendo en las sociedades modernas el anhelo por saber cómo han sido y cómo han vivido los antepasados. Este anhelo no se satisface con la pintura que, á fuerza de rasgos generales y casi siempre uniformes, traza de cada época la Historia. De aquí el ahinco con que al presente se hacen investigaciones para descubrir particularidades y menudencias relativas á la vida íntima y á las costumbres privadas de nuestros mayores y de todos los antiguos. Así, si nuestra nación no retrocede hacia la barbarie, ha de llegar día en que en ella se miren como de inestimable valor aquellos escritos de nuestros coetáneos que nos dan á conocer á nosotros, tales como somos en lo doméstico, privado y familiar, con nuestras escasas prendas y nuestros copiosos defectos. Y sucederá entonces que este libro de Ricardo Silva, que ha sido escrito por pasatiempo, y sale á la luz con la única ambición de procurarle á su autor cuatro apretones de manos y una que otra sonrisa aplicada por su intención, venga á ser solicitado y saboreado, y consultado y releído en alguna época remota en que hayan caído en perpetuo olvido muchas de las obras serias y *trascendentales* que hoy *trabajan* algunos, proponiéndose modestamente ganar con ellas fama imperecedera.

J. MANUEL MARROQUÍN.

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

POR

RICARDO SILVA



UN DOMINGO EN CASA

NS PRECISO, me dije el domingo pasado, gozar del *dolce farniente*, de la apetecible calma que me inspira el estado conyugal en un domingo por la mañana. En consecuencia de tan grata resolución me envolví en mi saco viejo, encendí mi cigarro y me recosté en un canapé, dispuesto á evadirme por ese día de las calamidades sociales que no fueron apuntadas entre las que debían sufrir Adán y todos los suyos, tal vez por evitar que el buen viejo se suicidara al tener noticia de ellas.

—Presentación! grité; así se llama nuestra criada de adentro. Dirás á los que hoy me busquen que estoy en el campo.

—Sí, mi amo.

Apenas empezaba á realizar lo que me había prometido en mi obsequio, cuando entró Carolina, mi dulce compañera, que venía de misa, y un instante después llegó á mis oídos, en confuso torbellino, el siguiente diálogo.

—Que pongan el almuerzo!

—Dónde está Casimiro?

—¡Jesús, quedarse una sin misa!

—Se murió la mirla.

—No me *digás!*... y eso cómo?

—El *niño* Francisco se fué y no ha vuelto.

—Ya está el almuerzo en la mesa.

—Mamá, con que Roberto se comió una curuba en ayunas.

—Mentiras, mamá, fué Julia... *china* embustera.

—Mi *siñá* Carolina, busque *sumercé* cocinera porque yo me voy. No aguanto más al niño Francisco que me ha insultado porque le dije que fuera á traer la leche.

—Yo voy á volverme loca!

—Qué batalla! exclamé desde mi canapé, y sacudiendo mi deliciosa pereza, salí del cuarto para poner en calma aquella barahunda.

—Ah usted! me dijo Carolina al verme. ¡Eso es, sin corbata; haga gracias que el tiempo está aparente para los dolores de garganta!

—Pero, hija, por Dios!... Quiero descansar hoy. Más me sorprende que usted, sabiendo que el tiempo está así y que el piso está húmedo, se vaya desde temprano...

—Por supuesto, á misa!... Como ustedes los hombres son herejes... No ve cómo se fué Francisco? Y se va también Bárbara! ¡No, si esto ya no es vida!

—No se afane, Carolina; vea usted, todo quedará reducido á un simple cambio de ministerio. Vamos á la mesa.

El almuerzo estaba frío, Roberto resfriado, Julia arañada por el gato, dos vidrieras del comedor rotas y la llave de la repostería perdida. Pero á pesar de estas contrariedades me prometí quedar en paz, así fué que al levantarnos de la mesa volví á mi cigarro y á mi canapé favorito. Carolina se fué al interior á tratar la paz con la cocinera y á hacer bañar los canarios.

Dos fuertes porrazos dados en la puerta de la calle me anunciaron el indispensable: ¿Quién es?

—D. Casimiro Miraflores está aquí?

—No, señor; está en el campo, le contesté.

—Entonces, entréguele usted esta carta cuando venga.

—Sí, señor, le dije, alegrándome de no haber sido reconocido. La carta era un enorme pliego cerrado con gran sello, en el cual me participaba el Presidente del 4º Jurado electoral, que habiéndose reunido éste, y no teniendo Secretario, me había sido conferido este encargo, lo cual ponía en mi conocimiento para que acto continuo me presentara á prestar el juramento, y á tomar posesión del referido empleo, advirtiéndome de paso, que de no hacerlo, tendría que consignar veinte fuertes en calidad de primera pena.

—No voy aunque me fusilen mañana, porque hoy no aceptaría ni la Secretaría de Hacienda, me dije, y llamé á la criada.

—Si vuelve el hombre que trajo este pliego, le dirás que me fuí para Venezuela.

—Sí mi... ya ván. ¿Quién es?

—Que si está aquí mi capitán Miraflores...

El que de nuevo me buscaba era un soldado que conducía la siguiente orden escrita:

“El Comandante del Batallón *Vencedores de Bomboná*, organizado hoy, previene á usted que se ha reunido la Guardia Nacional en el Hospicio, y le ordena que se presente inmediatamente á hacerse cargo de una compañía, de la cual ha sido usted nombrado Capitán.”

—Vaya una cosa graciosa! exclamé. ¿Con que yo el más cobarde de los mortales, soy Capitán de los *Vencedores de Bomboná*?... ¡Oh gracias, gracias, patria mía!

—Mira, dije á Presentación; como ese soldado me ha visto, no puedes decirle que estoy ausente; pero le harás saber cuando vuelva, que estoy con el cólera; postrado en la cama, y de mucho peligro.

—Señor, decía yo para mí: ¿Dónde está la libertad individual aquí? En este año he sido:

Miembro de varios Jurados en negocio criminal. Los

individuos destinados con mi voto á presidio, han sido puestos en libertad á los pocos días. He conquistado, pues, otras tantas odiosidades y peligros.

Soy suscriptor obligado de todas las rifas y contribuciones que se inventan.

Miembro de la comisión de los puentes.

Celador de la calle en que vivo.

Perito para avaluar las fincas de la ciudad.

Adjunto á la comisión que debe formar el censo de población.

Socio de *La Filarmónica*.

Réplica de todos los certámenes.

Candidato del partido liberal para alcalde, y

Capitán de los *Vencedores de Bomboná*.

No hay remedio! yo debo hacerme súbdito... Aquí me interrumpió Carolina que regresaba del interior inconsolable; la cocinera no solamente no aceptaba los tratados, sino que estaba resuelta á abandonar de una manera brusca el portafolio.

—No me queda duda, de que á Bárbara la ha sonsacado Doña Severiana, que tiene esa costumbre, decía Carolina, al mismo tiempo que se presentó delante de nosotros la criada de Doña Candelaria conduciendo, para nuestro recreo, los cinco niños de esta buena amiga tan cumplida, que sin embargo de que ella vive por el puente del Carmen, y nosotros en la calle de los Curas, tiene la galantería de mandarnos sus muchachos de visita.

—Buenos días tengan sus mercedes, que cómo están por acá; que muchos recaditos y que aquí les manda los niños *misiñá*...

—Que muchas gracias, que qué milagro... contesté resignado, atendiendo á Carolina que les decía:

—Entren caballeritos, cómo les ha ido? Su mamá buena? Remigita... Pepita... Indalecio... Benilda... Juanito, entren. ¡Roberto y Julia, aquí tienen una visita!

—Aquí fué Troya! dije para mí, viendo que Carolina había llegado en esta vez al último grado de molestia.

—No ve? ¡Estoy desesperada, me dijo poco después: hoy sin criado, sin cocinera... y para colmo de contrariedades, ahora esta visita!

—Pero qué hacer? Cálmese, Carolina, que pudieran oírla.

—Que me oígan! exclamó impaciente; ojalá me oyera también la tal Doña Candelaria, que me tiene loca: un día manda por moldes; otro por las camisas y cuellos de usted, para modelo; otro por mis colchas, floreros y lámparas para arreglar algún altar. Ha tenido valor para disponer que le envíe el loro y el gato; el primero para catedrático de español de unos pericos que compró, y el segundo para que lleve el terror á los ratones invasores de su despensa. Usted comprende, Casimiro, que yo no puedo aceptar tantos abusos en nombre de la amistad.

Afortunadamente cuando Carolina se expresaba así, nuestra casa estaba convertida en un verdadero campo de batalla. Los gritos, los golpes, las carreras, la confusión; todo llegó hasta nosotros con el siguiente parte detallado:

Roberto se cayó de un cerezo.

Pepita fué mordida por el mico.

Julia rodó por las escaleras jugando con Indalecio á las escondidas; y

Benilda le quitó el hilo á la aplanchadora.

Había llegado, pues, para mí el caso de emigrar. El *dolce farniente*, la calma apetecida que me había prometido, eran ya uno de tantos sueños irrealizables. Vestíme de carrera para huír de casa, mientras que Carolina preparaba telarañas y dulces para los heridos y contusos.

Me tapé los oídos; cerré los ojos; bajé la escalera rápidamente, y aturdido y corriendo, me lancé al portón de la casa. Allí tropecé con Mr. y Mrs. Prank, que entraban

de visita. Mi sombrero tumbó los anteojos del caballero, y yo, enredado en la crinolina de la señora, caí maltratando, de paso, al perrito faldero de ésta.

—Oh!... Oh!... *Mr. Mirraflones!* dijeron ellos á duo, sin reponerse de la sorpresa.

—A los piés de ustedes mis señoras!... Señor Prank! entren ustedes.... Yo no sabía.... Me he tropezado. Perdón.

—Ah!... Oh! *No es cuidado! Misis Carolina?*...

—Sí, señor, sí, señora, sigan ustedes.

Entre cumplimientos y excusas llegamos á la sala de recibo. Las ventanas estaban cerradas, y al dirigirme á abrirlas, tropecé de nuevo, tumbando un florero y las tarjeteras de la mesa del centro. Sin duda yo estaba destinado en aquel día á pasar por todas las contrariedades imaginables.

Instalados mis amables visitantes, hubo un momento de tregua. Les dije que Carolina no estaba en casa; hablamos de Víctor Manuel; de Napoleón; del mal camino de Honda; de la reclamación de los *Yankees*; de nuestro sistema de gobierno, &c., y la visita tocaba á su término cuando dos nuevos incidentes vinieron á agotar mi paciencia: *Sila*, nuestro perro canelo, había sido habilitado de caballo por los niños de Doña Candelaria, que son muy ingeniosos, y el pobre animal, que no estaba acostumbrado á tales bromas, se había puesto furioso y se dirigía hacia la sala; en el camino encontró al desventurado faldero de *Misis* y lo atacó resueltamente. Por fortuna, á una voz mía, *Sila* huyó, y el perrito asustado, vino á acogerse al pabellón inglés, siendo este el primer ejemplo que se citará entre nosotros, de que un súbdito de tan respetable nación haya sido mordido por un granadino, sin que el negocio nos haya costado algunos millones de pesos.

Al despedirse Mr. y Mrs. Prank, cayó el más fuerte

aguacero; y ellos y yo volvimos á nuestros asientos; zumbaban las canales llevando á mi alma el desconsuelo consiguiente á tan azarosa situación.—¿Por qué no vivo en Lima, grandísimo bárbaro? me decía. Qué hago en tal conflicto! ¿Qué va á ser de Carolina y de mí en este día de expiación sin duda?

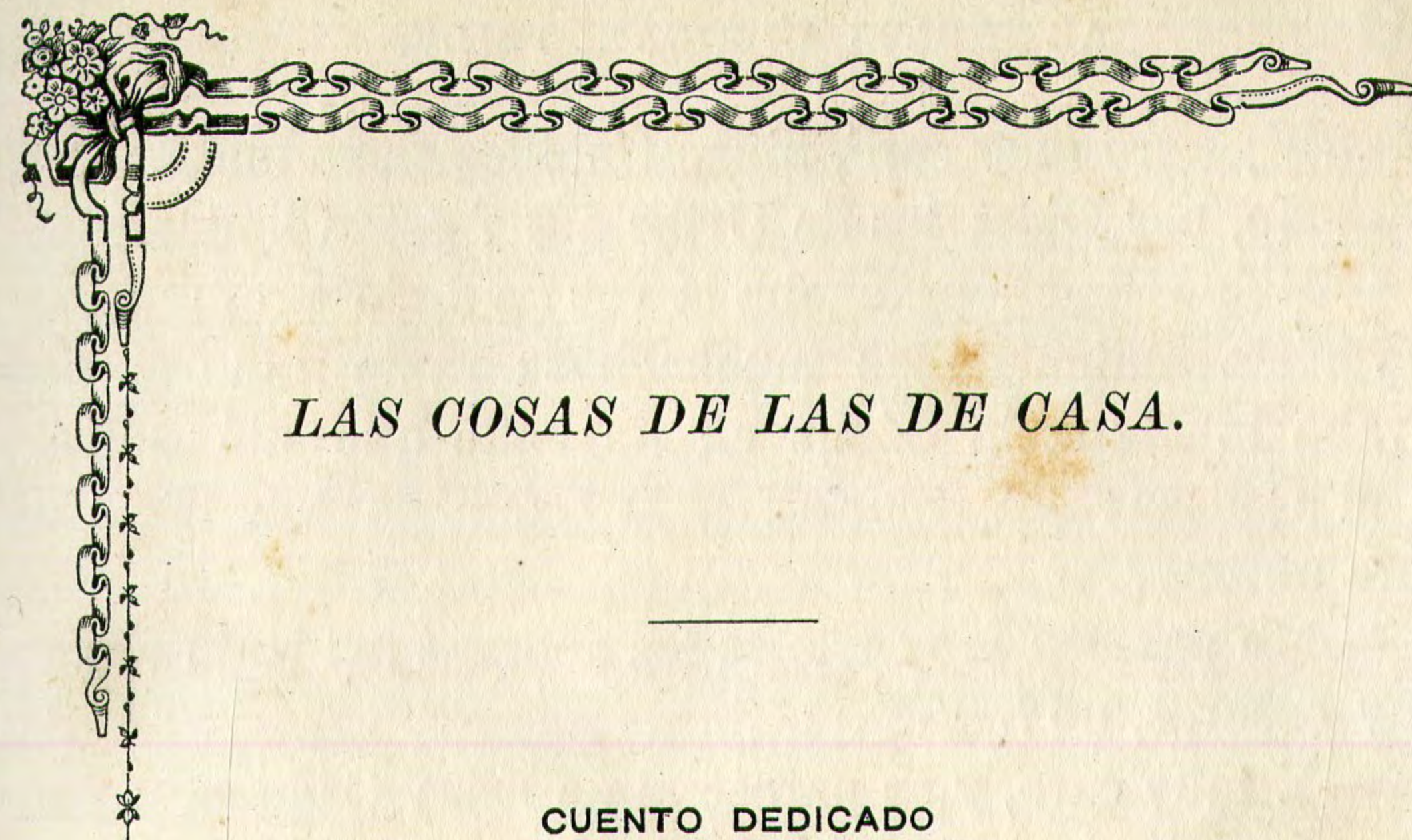
Por fin á las cinco de la tarde terminó la lluvia y mis ingleses se apresuraron á retirarse. Una vez libre, corrí al interior á informarme de los últimos acontecimientos.

Carolina, agobiada por las molestias, se había recostado y estaba dormida.

Los muchachos, reunidos en el cuarto de las criadas, hacían las exequias á la mirla que murió por la mañana de repente, y el cadáver de ésta, vestido de monja, descansaba entre mi estuche de navajas, tomado por aquellos pillos para ataúd de la difunta.

Francisco, el criado, había sido reclutado, siendo esta la causa de que no hubiera vuelto á la casa, y no la que Bárbara suponía. Ésta, á su vez, resolvió quedarse en nuestro servicio. Después de la comida enviamos los niños á ver el tigre, y más tarde, una sonrisa de mi dulce Carolina me hizo feliz; pero desde entonces hice juramento de no volver á pasar un *Domingo en casa*, sino en caso de que la muerte me sorprenda en ella en tal día.

Octubre 21 de 1859.



LAS COSAS DE LAS DE CASA.

CUENTO DEDICADO

AL SEÑOR DOCTOR RAFAEL ELISEO SANTANDER.

HERMANO LECTOR—Si por mi ventura es usted miembro de alguna sociedad de beneficencia, haga usted que yo sea colocado en un presidio, ó encerrado de por vida en alguna de las sólidas, cómodas y aseadas penitenciarías que tiene nuestro Gobierno, que yo por esta merced, viviré agradecido de usted eternamente.

—Usted está loco, me dirá usted interrumpiéndome.

—No, señor lector, y para que se convenza de que tengo razón, cuando elevo á usted mi súplica, voy á referirle parte de las calamidades de que fuí víctima en el último baile á que fuimos convidados mis hermanas y yo.

Un día entré en el saloncito anterior al cuarto de mis hermanas, y en él conversaban éstas. Grave debía ser el asunto de que trataban, porque la puerta que da á la pieza que yo ocupé, estaba cerrada, por cuya circunstancia pude oír, sin ser visto, el siguiente diálogo :

—Los adornos están primorosos.

—El ramo es igual al que tenía Carmelita en el baile de Páez.

—Sí; pero muy caro, niña. Cubillos tiene unos...

—No, por Dios; los de Uribe á \$ 7 están lindos.

—Ramo lindo, agregaba la voz de bajo profundo, de una vieja amiga de las muchachas; ramo lindo el que llevaba la Manuela Sáenz en un baile que dió Bolívar en el Coliseo; era color de paja quemada con lazos de cinta aurora...

—Me parecen muy tristes los adornos del traje verde; muy oscuros, no?

—Y muy caro, y se parece al de Elisa Cadena.

—Las Penágos no están convidadas y están furiosas; dicen, con aire de burla, que seguramente no habrán sido invitadas, porque no son de la nobleza moderna.

—No saquen los trajes de las cajas, porque se ensucian.

—Fué lo primero que encargó Justina.

—Muy chicas las crinolinas, y á nueve pesos; eso es un robo.

—Estas francesas son...

—Las pobres de las Cepedas no pueden ir al baile, porque se les está muriendo un tío; estos tíos aciertan á morir á tiempo.

—Pero aseguro que las Cepedas irán aunque se muera. Estos son otros tiempos...; Ah, en los nuestros, cuándo habrían sido sacrificados, como ahora, los más caros intereses del alma, á las trivialidades de una noche de baile!

—¿Cómo te vá, Timotea; cómo están por allá?

—Que muchos recaditos les mandan mis señoras; que cómo están sus mercedes por acá; que no han abierto el almacén mis amos alemanes; que en la tienda de mi amo Epifanio hay; pero sin resorte; que mi *siñá* Ernestina sigue enferma, y que mi amo Merizalde dijo que eran lombrices.

—Era lo que faltaba!

Timotea, que seguramente entró en el cuarto de las muchachas por un pasadizo que lo comunica con otra pieza del tramo principal, no salió por donde entró, sino por la puerta que dá á la pieza en que yo estaba oyendo; de repente, pues, me encontré en frente de mis hermanas que al verme me dijeron que estábamos convidados al gran baile del Ministro Rioja.

El cuarto de mis hermanas parecía un almacén de modas en aquel momento, pues había varias cajas de cartón conteniendo trajes, adornos, cintas, flores artificiales, &c., &c.

—Varias veces les he dicho, les dije, que me disgusta que ustedes hagan traer efectos de los almacenes para verlos aquí. Esto no debe hacerse, porque además del trabajo y de las molestias que causa á sus dueños, cuando se les devuelven los objetos están ajados y por consiguiente han perdido parte de su valor.

—Sabe usted lo que hay? me contestó Rosita, que usted no debiera mezclarse en nuestros asuntos; que nos tiene fastidiadas con sus sermones impertinentes, y que es una falta de usted...

—Basta! basta! exclamé y me dirigí hacia mi cuarto, diciendo: *¡Las cosas de las de casa!*

Tiene usted, hermano lector, una molestia á buena cuenta de mayor cantidad.

El baile debía tener lugar el 15 de Agosto, y la invitación la habíamos recibido desde el día primero del mismo mes. Pues bien; desde ese día no disfruté uno de paz. Ninguno de los trajes que había de venta, servía para aquella gran función, por mil razones que encontraron mis hermanas, y que omito para no cansar á usted, señor lector.

Llegó por fin el deseado 15 de Agosto, y á las cinco de la tarde desempeñé la última de las mil comisiones que

había recibido de mis tres hermanas: Conseguir de los jardines de Cenón Padilla, las camelias que tanto estimaba, por ser una novedad en el país, y que cayeron de sus tallos, cortadas por él, para serme presentadas junto con la caballerosa sonrisa que le es característica.

A las diez de la noche nos dirigimos á los espléndidos salones de la casa del Ministro Rioja. Mis hermanas iban disgustadas: á Julia le quedó malo el peinado, á Rosita le parecía abominable el adorno de su traje, y á Mercedes le rompieron su abanico de sándalo.

—Gracias, Martín, me dijo al verme en uno de los salones, Soledad; una rubia de diez y seis años que introduzco al conocimiento del lector, y que es mi novia; gracias, Martín; el nombre de usted figuraba en mi cartera de baile, al lado de la primera pieza que debía bailarse. Véalo usted, agregó, mostrándome una página de marfil, y sin embargo yo he tenido que aguardar á usted... Llegó usted muy tarde, lo cual prueba, agregó con una sonrisa sardónica, el gran interés que tenía usted en estar á mi lado, cuanto antes.

—Realmente, Solita; he cometido una falta, pero involuntaria; mis hermanas...

—Prescinda usted de excusarse, Martín; hace algún tiempo que empiezo á comprender el manejo de usted para conmigo.

Aquí fuimos interrumpidos por dos amables caballeros que venían á que yo resolviera con cuál de los dos debía bailar Julia una cuadrilla que tenía comprometida con ambos, y cuando aclaré tan importante asunto, oyendo las explicaciones de los interesados; cuando resolví el punto de una manera digna de Salomón, repito, Soledad, herida en su orgullo, bailaba con un primo suyo, dejándome entrecortado.

Profundamente disgustado me dirigí á uno de los otros

salones, y estaba admirando el suntuoso mobiliario que lo adornaba, cuando Roberto, mi amigo íntimo, llegó y me dijo en voz baja, muy conmovido:

—Galarza, ese ridículo matachín que acaba de llegar de Europa, se ha permitido ultrajar á Julia en un corrillo; allí en la galería principal...

—Y bien, qué dice ese miserable de mi hermana?

—Que es una coqueta incivil, que habiéndose comprometido á bailar una cuadrilla con él, le ha hecho el desprecio de bailarla con otro y...

En este momento el señor de Galarza llegó hasta nosotros y clayó sobre mí su lente, recorriendo mi persona con una mirada de soberano desprecio.

La sangre se agolpó á mis mejillas, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener el ímpetu de mi rabia, me acerqué á mi vez, y en voz baja, le dije:

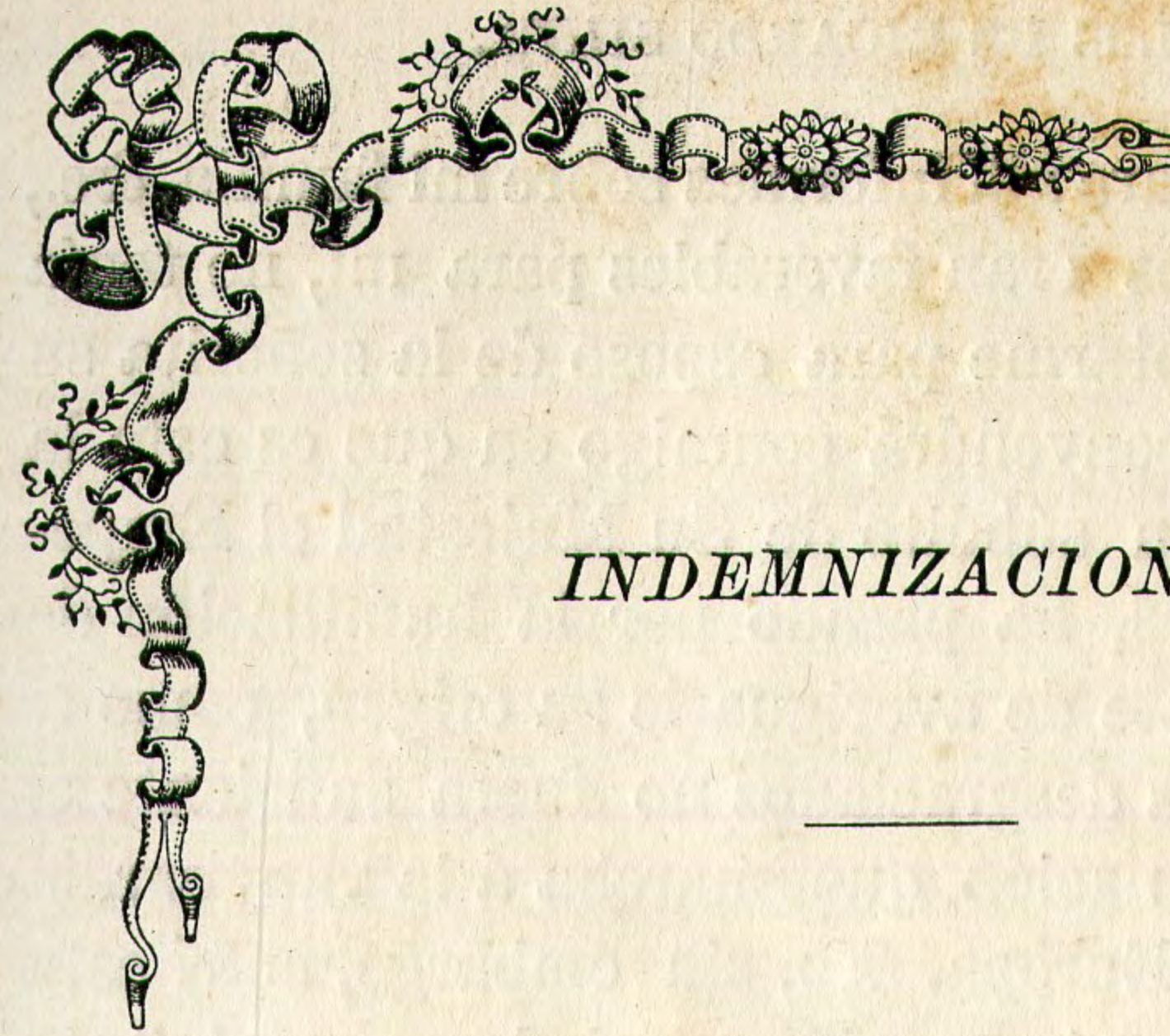
—Mañana, señor de Galarza, me dará usted cuenta de sus palabras...

—Cuando usted guste, contestó con sangre fría haciéndome una venia y volviéndome la espalda. Estoy á la disposición de usted, agregó, marcando sus palabras con cierta entonación burlesca que me hizo palidecer de cólera.

El baile terminó, por fin, con otros incidentes mortificantes para mí, que jamás olvidaré aquella noche de prueba y de molestias causadas por mis hermanas, y al día siguiente, á las cinco de la tarde, recibí un balazo en una rodilla, en calidad de explicación dada por el señor de Galarza.

Resuelva ahora el piadoso lector, si es ó no preferible un presidio á tener que tolerar *Las cosas de las de casa*.

22 de Enero de 1860.



INDEMNIZACIONES.

Exposición documentada de la reclamación del súbdito francés, J. Pedro Famine, extractada de la Memoria que presentará el señor Secretario de Relaciones Exteriores al Congreso de la Confederación Granadina en sus sesiones del año de 1874.

NXCELENTÍSIMO SEÑOR—El 5 de Julio del año pasado, 1872, fuí presentado por el granadino Carpóforo Peñas-verdes en casa de la señora Casilda Moscoso.

Debo advertir á Vucencia que cuando este señor Peñas-verdes me propuso que visitara dicha casa, me dijo que la señora Moscoso era esposa de un señor Robladillo, comerciante de Cúcuta que giraba en aquella plaza por \$ 500,000, y que tenían una hija de diez y seis años, la cual, por ser única, era heredera de una gran parte de aquella fortuna.

Una vez introducido al conocimiento de aquella familia, pedí á la señora Moscoso la mano de la señorita Ceferrina, y me manifestó que debiendo consultar al señor su esposo sobre el particular, aguardaría la contestación de éste para hacerme saber su resolución definitiva. En efecto, el 5 de Noviembre me presentó la carta en que aquel señor le decía que habiendo escrito á un amigo residente

en París para que tomara allí informes sobre mi familia, &c., y resultando que éstos eran favorables para mí, no tenía inconveniente en aceptarme para esposo de la señorita su hija. Ya Vucencia convendrá conmigo en que es esta la vez primera en que un súbdito de Su Majestad el Emperador de los franceses, ha pasado por la humillación de que un granadino trate de averiguarle su origen, como si para satisfacer á estos desgraciados no fuera suficiente el título de hijo de la nación que marcha á la vanguardia de la civilización en Europa. Yo, sin embargo, sufrí esta sandez, y mi matrimonio quedó arreglado para el 3 de Marzo siguiente, 1873. Desde entonces resolví establecerme en este país.

Pocos días después, y en el mismo mes de Noviembre, recibí una carta de M. Sabotier, negociante de Lima, en la que me hacía la propuesta de que pasara á aquella ciudad á tomar parte en la empresa de un ferrocarril, garantizándome \$ 50,000 de utilidad líquida anual; oferta que rehusé por haber dado ya mi palabra de unirme á la señorita Robladillo.

Según mis cálculos, yo debía recibir en todo el mes de Marzo la suma de \$ 300,000 que me correspondían y que debía entregarme el señor Robladillo, en parte de pago de la dote de la señorita Ceferina, y ya ve Vucencia, que yo no podía partir de un punto más seguro para emprender mis negocios en esta plaza. Así fué que en 8 de Enero pedí á M. Monnier, mi socio en París, una factura; la misma que, con el principal de \$ 500,000, fué embarcada en el Havre, á bordo de la barca *Adriana*. Estas mercancías calculadas al 70 por 100 entre derechos de importación y gastos de conducción, habían causado \$ 350,000 hasta un punto cerca de "Conejo," en que tropezando el buque con una enorme piedra que había en el río, se desvió y fué á dar á un chorro en donde se rompió en mil

pedazos, no quedando noticia de los pasajeros ni de los valores que á su bordo venían.

Es cierto que mi negocio no venía asegurado, porque yo quise hacer esta economía, pero ya Vucencia ve que él había recorrido la mayor parte del camino sin novedad, y que es evidente que sin aquel obstáculo habría llegado con facilidad al puerto. Séame permitido, de paso, hacer á Vucencia este raciocinio: es seguro que si el río no hubiera tenido esa piedra y ese chorro, esta desgracia se habría evitado. Y ¿no es claro y patente que toca á los gobiernos mantener arregladas las vías de comunicación? ¿Quién es, pues, el responsable de las inmensas pérdidas que yo he sufrido? ... Indudablemente el Gobierno granadino, como agente inmediato, por su abandono en limpiar los ríos y en tapar los chorros que así absorben la fortuna de un súbdito francés.

Pero no siendo estos los límites de mi reclamación, me reservo para luego las otras deducciones.

Como Vucencia recordará, mi matrimonio quedó arreglado para el mes de Marzo; fué en esta seguridad que yo rehusé la ventajosa propuesta de M. de Sabotier, de Lima; fué por esta circunstancia igualmente, que yo pedí á M. Monnier, de París, el negocio de los \$ 500,000 de que he hablado á Vucencia. Pues bien, una violenta fiebre se apoderó de la señorita Ceferina, y el 15 de Febrero de 1873, quince días antes de la fecha señalada para mi matrimonio, murió aquélla, destruyendo así todos mis proyectos, y dejando con su muerte mi crédito comprometido en Europa, porque el señor Robladillo se limitó por el momento á manifestarme el profundo dolor que experimentaba por la pérdida que acababa de sufrir, y yo que, atendiendo á éste, no quise hablarle entonces de intereses, por parecerme impropio, vine más tarde á recibir en pago de mi fineza, una serie de patrañas, que en gran manera

han contribuido á entorpecer este negocio. En efecto, el 12 de Marzo escribí al señor Robladillo á Cúcuta, á donde se había trasladado, manifestándole todo lo que sobre el negocio de París dejó expuesto á Vucencia, y advirtiéndole que tanto el valor principal, como los intereses al 5 por 100 eran de su cargo, puesto que, fundado en mi matrimonio con la señorita su hija, era que yo lo había emprendido.

Vucencia juzgará de la sorpresa que me causó la carta que de dicho señor recibí en contestación á la mía, cuando sepa que en ella llevó el cinismo hasta el extremo de decirme que él nunca había estipulado conmigo la entrega de dinero alguno por cuenta de su hija, y mucho menos la de la enorme suma que yo reclamaba, porque no ascendiendo su capital sino á \$ 5,000, era indudable que nunca podría haberla dotado de la manera que yo había IMAGINADO; y que, aun suponiendo que el matrimonio se hubiera llevado á efecto, nunca podía él ser responsable de que yo, guiado tal vez por informes exagerados, hubiera emprendido una operación tan arriesgada como la de aquel desgraciado negocio. ¡Semejante lógica está reservada tan sólo á los granadinos; sólo á los salvajes pobladores de Sur-América puede ocurrirles evadirse de ese modo de los compromisos tácitos que contraen! Pero por fortuna su debilidad está á la altura de su ignorancia, y una vez que por medio de la razón no podemos entendernos con ellos, nosotros sabremos, como fuertes, hacerles comprender sus deberes, con los incontestables argumentos que les presentarán los mosquetes de nuestras potentes escuadras. Involuntariamente me he desviado...

Yo entablé un pleito ante estos Tribunales, por los perjuicios que el señor Robladillo me ha causado. En él he gastado \$ 6,000 y mi tiempo durante seis meses, al cabo de los cuales los Jueces granadinos han declarado

que no tengo derechos legales de ninguna clase contra aquel señor. ¡Atroz injusticia, digna, repito, de las instituciones de estos pueblos semi-bárbaros!

Perdidas, pues, las esperanzas, y siendo Vucencia el defensor de los intereses de los súbditos franceses, elevo á Vucencia esta exposición de mi justa reclamación, calculada en \$ 1.486,800 fuertes, procedentes de lo siguiente:

Pérdida de \$ 50,000 que debió producirme el ferrocarril de Lima en un año, propuesta que deseché por haberse concedido la mano de la señorita Ceferina Robladillo (Documento número 1º adjunto).....\$ 50,000 ..

Principal y gastos hasta cerca de "Conejo," de la factura embarcada en el *Adriana*, perdida por descuido del Gobierno granadino (Documento número 2)..... 850,000 ..

Utilidades de este negocio en esta plaza, al 60 por 100, cuando menos (Documento número 3) 510,000 ..

Gastado en el pleito seguido contra el señor Robladillo (Documento número 4).. 6,000 ..

Intereses de \$ 1.416,000 valor de lo anterior al 5 por 100 anual, en un año contado desde el 8 de Enero de 1873 hasta hoy 70,800 ..

En todo.....\$ 1.486,800 ..

¡Un millón, cuatrocientos ochenta y seis mil ochocientos pesos, Excelentísimo señor, que apenas alcanzarán á indemnizarme de las pérdidas que he sufrido en la Confederación Granadina!...

Ahora sólo me falta encarecer á Vucencia sus buenos oficios para con este desgraciado súbdito de Su Majestad el Emperador de los franceses que hoy gime en la más espantosa miseria, debido á la criminal conducta del Go-

bierno y de los perversos habitantes de este país. Acompañó á Vucencia los comprobantes, en los que sólo falta la factura de las mercancías, por haberse perdido en el *Adriana* también. Fiado en la benéfica influencia de Vucencia y presentándole mis más humildes respetos, quedo de Vucencia, humilde servidor.

J. PEDRO FAMINE.

Bogotá, Enero 8 de 1874.

A Su Excelencia el señor Ministro de Su Majestad el Emperador de los franceses, cerca del Gobierno de la Confederación Granadina, &c., &c.
Presente.

DOCUMENTOS ADJUNTOS.

NÚMERO PRIMERO.

Lima, Septiembre 6 de 1873.

SEÑOR J. PEDRO FAMINE—*Bogotá.*

Mi muy querido amigo—Hace días que recibí su estimable carta. Por ella quedo impuesto de la escasez pecuniaria en que usted se encuentra en ese país de atraso. Yo nada puedo hacer por usted; pero estimándolo como lo estimo, voy á indicarle un negocio que puede convenir á usted. Sé por informes fidedignos que el Gobierno de la Confederación es tan sumamente rico, que no teniendo otra inversión que dar á los cinco millones de pesos fuertes que, procedentes de sus minas de oro y esmeraldas, derechos de importación, &c., &c., &c., coloca en sus cajas en efectivo cada seis meses, ha resuelto repartirlos entre los ciudadanos que lo soliciten, mediante una fianza y á módico interés, con el cual le sobra para sus gastos. Yo

me prometo que usted, valiéndose allá de algunos paisanos nuestros para que lo fíen, podrá obtener que el Gobierno le dé á usted cien mil pesos prestados, los cuales colocados aquí en la empresa de un ferrocarril que pensamos construir, y unidos al trabajo de usted, podrían dejarle un 54 por 100 de utilidad anual. De ésta deduciría usted algún 4 por 100 que pagaría al Gobierno Granadino por intereses, y entonces retiraría usted 50 por 100 neto, ó sean \$ 50,000 libres en el primer año.

Piense de serio en esto, y si lo consigue, será muy feliz este su compatriota que desea verlo aquí pronto y abrazarlo.

LOUIS DE SABOTIER.

NÚMERO SEGUNDO.

SEÑOR PEDRO FAMINE—*Nueva Granada—Bogotá.*

París, Agosto 31 de 1873.

Querido amigo—En contestación á su apreciable, 5 de Julio de este año, digo á usted que es *muy cierto* que en el buque *Adriana* embarqué para usted en el mes de Abril 500 bultos marcados J. P. F., conteniendo 500 pianos mecánicos con valor principal aquí de mil pesos fuertes cada uno, ó sean \$ 500,000 en todo; negocio que usted emprendió en compañía conmigo. Que me consta que dichos pianos se ahogaron en un río *de la Magdalena*, y á bordo de un buque granadino. Que usted es tan honrado, que á pesar de esto me ha pagado hasta el último centavo de lo que me correspondía en el negocio, y que son inmensos é irreparables los perjuicios que usted ha sufrido con la pérdida de aquellos pianos.

Sin más, quedo de usted atento seguro servidor y amigo.

SANTIAGO MONNIER.

París, Agosto 31 de 1873.

SEÑOR J. PEDRO FAMINE—Bogotá.

Estimado señor—En virtud de su carta contestamos á usted que por allá en los años de 1854 remitimos á ese país de Nueva Granada un negocio francés que puesto en esa plaza, nos costó \$ 30,000. Que como entonces el Presidente, que era un tal general Melo, sostenía guerra civil, y en consecuencia estaban cerrados todos los puertos de por allá, nuestro negocio era el único que había en ese mercado. Que cuando cayó el Gobierno de aquel General, los vencedores hicieron unas fiestas en que gastaron \$ 600,000, y que ya fuera por la escasez de negocios franceses, ó por las tales fiestas, lo que hay de cierto es que nosotros obtuvimos en el negocio un 60 por 100 líquido de utilidad. Deseamos que sirvan á usted estos informes, y sin más, quedamos de usted, atentos servidores y amigos.

FOURNIER Y CHABOT.

El señor Pedro J. Famine, á W. X. Kosmancoff,

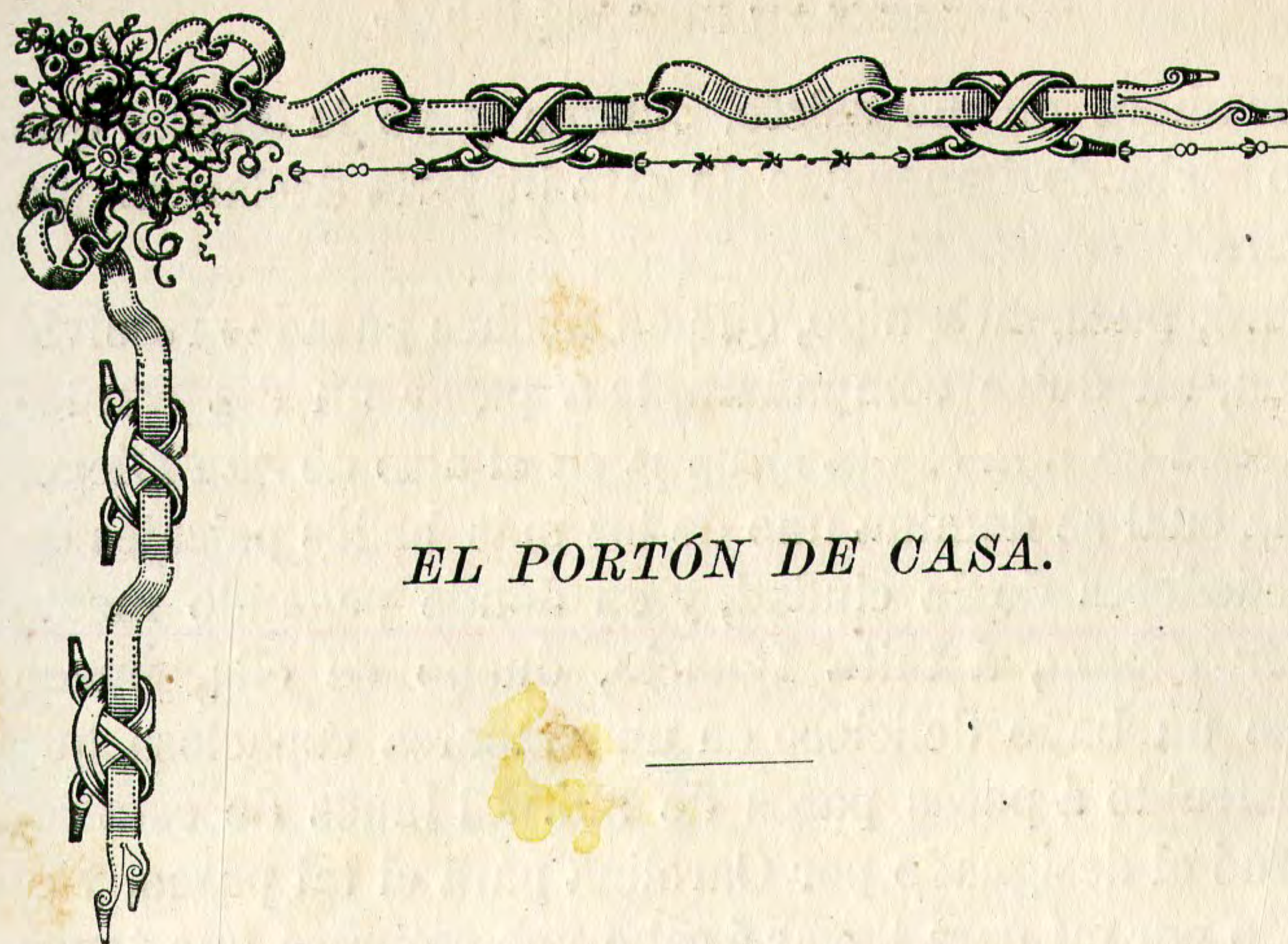
Abogado ruso, DEBE.

Seis consultas en derecho para un pleito contra el granadino Robladillo, á \$ 1,000 fuer- tes cada consulta	\$ 6,000 ..
---	-------------

Recibí de M. Famine el valor de esta cuentecita, hoy día de mi partida para Constantinopla.

W. X. KOSMANCOFF.

Es fiel copia de las absurdas reclamaciones extranjeras que han aniquilado á mi patria. 1859.



EL PORTÓN DE CASA.

A JOSE MANUEL MARROQUIN.

USTED recordará, mi querido Manuel, que hace algún tiempo formé la resolución de no volver á pasar un domingo en casa, sino en el caso de que la muerte me sorprendiera en ella en tal día; resolución que he cumplido y con la cual he alcanzado, en parte, el bienestar que buscaba, cuando tantas cosas pasaron por mí,

“Que me estaba volviendo pasadizo,”—y que me hicieron adoptarla. Indudablemente ella me salvó, porque, á Dios gracias, no tengo por qué quejarme hoy de lo que entonces me afligía. Pero, es el caso, Manuel, que para remediar la situación angustiosa en que hoy me encuentro, no me ocurre una idea como la que entonces me ocurrió; y como usted es mi amigo, y además el poseedor de tantas y tan buenas, he creído muy natural dirigirme á usted, imponerlo de lo que me ha sucedido y exigirle que me revele inmediatamente la que debo adoptar para evadirme de las impertinencias de los que á mi vez me obligan á importunar á usted. Nunca, Manuel, me he quejado sin razón, pero si acaso en esta vez se inclina usted á creer

que por ahora no me asiste, sígame y yo le ofrezco que cuando acabe de imponerse de esta historia declarará que me sobra.

Sabrás, pues, mi amigo, que en noches pasadas resolvió Carolina, mi dulce compañera, ir á pasar un día con los muchachos en una casita situada en el alto de San Diego, desde la cual se domina uno de los más bellos paisajes de los alrededores de la ciudad, y en donde pagando medio real *por cabeza*, á taita Ignacio, dueño de ella, puede tomarse un baño delicioso en una alberca espaciosa que ha construido á pocos pasos de allí. El lunes de esta semana fué el designado por Carolina para el tal paseo, y el señalado por mí para llevar á cabo una empresa que tengo entre manos, y que, entre otras circunstancias, requiere mucho silencio, cosa que en casa es bien difícil conseguir. Figúrese, pues, Manuel, con cuánto placer vería yo llegar aquel día tan deseado en que me prometía nada menos que escribir mi número de *El Mosaico*, con lo cual iba á conquistar la *nota de literato* y el derecho de salir á la calle sin que usted, Vergara y Carrasquilla tuvieran el de reconvenirme por la tardanza en arreglarlo.

Mi reloj marcó por fin las nueve, la mañana estaba divina; los canastos repletos de pan, conservas, carne nitrada, bizcochuelos, &c., &c. y cubiertos con blancas servilletas, aguardaban los brazos conductores. Roberto, Julia, las criadas y el perro la voz de marcha, y yo la partida de este ejército para lanzarme en el camino de la gloria. Así fué que llegué á la cumbre de la felicidad cuando Carolina atándose el lazo de su gorra y las gentes moviéndose en todas direcciones, dijeron:

—Caminen que nos coje el sol en la subida!

—Roberto, mi hijo, dígaes que caminen.

—Que caminen!

—Las sábanas se iban quedando!

—¿Quién lleva el jabón y los peines?

—El niño Francisco que se fué *elante*.

—Mamá, me pongo cachucha ó sombrero?

—Mi *siñá* Carolina que caminen!... Niña Prudencia!

—Mamita, á mí me baña, no?

—No se les olvide el perro, que hoy vamos á ajustarle las cuarenta, á ver si le gusta comerse otra vez la carne del almuerzo.

—Pero ¡ah tardanza, Jesús! ¡Miren que nos come el sol!

—Los paraguas!

—Por un triz se nos queda el ariquipe!

Nueve veces se despidió de mí Carolina y me repitió que tuviera cuidado de la casa; que me fuera en el momento en que me desocupara; que á las tres de la tarde me aguardaba y que le llevara buenas noticias.

Por último desfiló la *caravana* así: Carolina llevando de la mano á Julia, Roberto dando brincos y gritando: *¡Allons enfants de la patrie!*

Las criadas con sus envoltorios, y el perro meneando la cola con un paraguas en la boca.

La puerta de la calle giró sobre sus goznes y yo sobre mis talones en dirección de mi cuarto. Tomé la silla, puse pluma nueva, la probé; superior! Rebullí el tintero, cogí la pauta, y

—Ahora sí, me dije, ¿quién podrá competir contigo? ¿Por dónde empezaré, por dónde? Ah, ya me ocurre! Por una relación titulada “Impresiones de viaje” en la cual refiera cómo me dí veinte y tres porrazos en una excursión que hice, y á consecuencia del mal estado del camino que conduce de “El Roble” á Chimbe, y cómo me mojé porque llovió y porque no llevaba encauchado, &c., cosas que á ninguno le suceden por acá y que naturalmente deben llamar la atención por su novedad. Sí, señor, y empecé á escribir:

“Es tan malo el camino que por la vía de Occidente conduce á Honda, que...

Tun! Tun! Tun! Tun!

—Quién es? exclamé furioso.

—*Comprato signore las ulletas molto barato!*

—No, señor, no compro nada.

—*Las frenus, candelabres, pailas piu remendare.*

—No, señor, no hay.

—*Condore per estagnarse; les paraguas, signore.*

—Váyase usted de aquí, si no quiere que yo le estañe con una bala.

—*Non molesta signore, adió! adió!...*

El italiano se fué, Manuel, y yo volví á mi pupitre; pero apenas tomé la pluma cuando otra vez:

Tun! Tun!—Yooo! Que si compran calzonarias, agua florida, hilo, agujas, botones, pomada, zarcillos, peinetas...

—Que no!

—Navajitas, papel para carta, obleas...

—Que no! Quién es?

—¡Mi aaamo, por las benditas almas del purgatorio, la caridad!

—Tome, le dije á éste dándole una moneda.

—Que si compra *sumercé* jelatina y ensalada.

—Coompra *sumercé* los pollos mi caballero?

—Que si *está* la niña Presentación que la llame *sumercé*.

—Que no compran, que aquí no vive nadie, grité desesperado, y tapándome los oídos corrí á cerrar la puerta principal para evadirme de aquel concurso universal.

¡Ay, Manuel! no había llegado al descanso de la escalera cuando plan! plan! plan! En esta vez era con garrote.

—El carbón, mi caballero, dijo un indio.

—Que si aquí es la casa de mi amo Pepe, dijo un *chino* que traía un caballo.

—Que si tiene *sumercé* unas hojas de toronjil que son para un remedio.

En esta vez despaché á los peticionarios con muy buenas razones porque llegué á traslucir las probabilidades de salvarme. Así fué que salí en pos de ellos, cerré con llave la puerta y subí para volver á mi ocupación. Era seguro, pues, que iba á gozar por fin de la calma prometida. Pero ¡cómo nos engañamos, Manuel! Instalado apenas en mi escritorio, un fuerte campanillazo vino á arrancarme una por una mis más caras ilusiones; tras éste siguieron mil más, y ya no era que llamaban para ofrecerme jelatina; era que la patria volaba á su ruina si yo no iba á salvarla; era que uno de los míos había muerto destrozado por alguno de los caballos que cruzan la ciudad; era que se había incendiado el mundo. Todas estas ideas me ocurrieron al oír aquella campana que tocaba á fuego, á juicio final. Volé, pues, al balcón; abrí trémulo, me asomé pálido y desencajado.... Una partida de muchachos tropezando acá y allá huyeron al verme, y uno de ellos que cayó en el enlosado me dijo con voz suplicante:

—No, señor, no fuí yo, fué aquel de la *chácara* de pana que vá allá lejos.

Tiene usted, Manuel, que me reí del chasco que ellos y yo nos llevamos, y que tuve además la ventaja de ahorrar el trabajo de ir hasta mi cuarto para volver inmediatamente, porque en aquel momento llegó á tocar el criado de un amigo mío que traía el siguiente recado:

—Que le manda á decir mi amo Carlos *que si vino ya mi amo D. Quijote*, que le diga su merced que vaya, que desea verlo.

Lo cual quería decir que Carlos enviaba por “El Quijote,” obra que yo le había ofrecido.

Con tal serie de contrariedades desapareció en mí el

entusiasmo literario, suspendí lo que estaba haciendo y resolví salir á la calle, ya que en mi casa me era imposible estar tranquilo. Pocos momentos después me dirigí á la del comercio con ánimo de quitarle el tiempo á algún comerciante, contándole lo que me había sucedido, noticia que debía estimarme por ser de alta importancia para sus negocios, puesto que de ella iba á retirar una buena utilidad. Pero desgraciadamente para él, en la esquina me atrapó D. Cosme, un conocido mío, que tomando la solapa de mi levita, me dijo que yo era muy paseador, que se había cansado de tocar en el portón de casa, á donde había ido para que yo le dijera qué había á punto fijo de noticias; si era cierto que había venido un posta, que se habían salido los presos y que habían llegado á Honda catorce mil *chapetones*; que si lo de la derrota en el Sur era verdad ó mentira; que qué había hecho de bueno; que quién me había hecho el chaleco que llevaba puesto; que si había leído *El Herald*; que el catarro le tenía loco; que ya no se usaba la bufanda; que si era cierto que estaban usando crinolinas de rejoy, cosa que le parecía detestable; que cómo estábamos en casa; que si no nos habían reclutado el sirviente que teníamos, y que no me decía más, porque iba á hacer dos visitas de pésame y una de cumpleaños, por lo cual se despidió, dejándome tan aturdido como debió quedar Sancho cuando lo mantearon en aquella venta consabida. ¿Qué tal, Manuel, si me coje en casa aquel D. Cosme tan noticioso, tan amable y tan acatarrado?

A pocos pasos de allí encontré al maestro Fermín Cortázar, Secretario de mejoras internas en el ministerio de casa, y dirigiéndome á él:

—Qué tal, maestro, cómo le ha ido? le dije.

—*Pus* ya se figurará, con estas guerras del diablo, que ya nos come la miseria por todas partes, y ya no sabe uno

qué camino coger, y ya no es lo *pior*, sino que la hebra siempre revienta por lo más *delgao*, *asina* es que *quén* sabe qué será de nosotros. Ave María purísima! Para su casa iba por lo del material que llevaron; no se topa ni un *pión* y...

—En verdad, le dije, camine le doy esos reales; y me vine para casa con él. Apenas habíamos entrado en ella, cuando el zaguán se convirtió en una agencia universal, en un puerto, ó en una plaza de mercado: uno venía á venderme el almanaque; otro á traerme una esquila convidándome al entierro de un señor á quien no tuve el honor de conocer; el portero del Cabildo á notificarme que se reunía esa noche; Arturo Salamanca por dos rosas y un clavel para un *bouquet*; una vieja á que le comprara un Cristo en nueve reales; *último*, *último* en cinco, y que ofreciera; un extranjero á que le indicara en qué días partía la diligencia de Tunja á Moreno; un muchacho á que le cambiara un real por dos medios; Calígula Matajudíos á proponerme que entrara en la rifa de un estoque, y una *china* de la casa contigua á pedirme licencia de entrar á sacar un mico que había trozado la cabuya y se había pasado á la huerta de la mía. Póngase usted en mi lugar, Manuel!

Por fortuna el maestro Cortázar me ayudó á despachar gente, y me ofreció sus servicios en la persecución y captura de aquel mico intruso de que me habían hablado; así fué que, á la una de la tarde y tomadas las posiciones que nos parecieron convenientes, empezamos el ataque á un cerezo en cuya copa estaba el maldito, divertido en hacer gestos y en arrancar las cerezas con una franqueza recomendable.

Las fuerzas nuestras se dividieron así: Cortázar, que hacía de vanguardia, se trepó al tejado de la pared divisoria de la huerta, la cual queda inmediata al árbol, y

tomando un *chusque* empezó la carga con una serenidad "digna de mejor causa." La *china* de la otra casa que representaba el grueso del ejército, rebulló el cerezo por indicación del estratégico y sereno Cortázar; y yo que, armado con un *escobero* me quedé en calidad de reserva, ocupé el corredor alto para cortarle la retirada en caso de que pretendiera evadirse por allí. El ataque fué brusco, Manuel, pero el mico no se dió por notificado. Viendo Cortázar que nada conseguía con aquel movimiento, ocurrió á un medio más expedito: tomó, pues, el *chusque* á dos manos y descargó tan furibundo tajo, que perdió el equilibrio y junto con tres ó cuatro tejas vino á caer de cabeza entre un sardinel sembrado de claveles, mejorana y pensamientos. Ya usted se figurará, mi amigo, que la metralla gastada en Solferino apenas habría causado en mis claveles los estragos que los codos y las rodillas del denodado Cortázar causaron. La *china* corrió, y el mico, asustado por el estruendo, saltó del árbol y vino á tomarse el corredor donde yo estaba; pero ahí fué su Waterloo, Manuel, porque le dí un golpe tan fuerte con el *escobero*, que descendió aturdido y fué á buscar por donde salvarse, en el momento en que Cortázar, altamente indignado, le enviaba al encuentro un pedazo de teja tan bien dirigido, que si el mico no hubiera corrido en otra dirección, hoy estaría gozando de la paz de los sepulcros.

La batalla siguió, y con ella los gritos y las carreras.

—Por aquí!

—Atájelo más allá!

—Por aquí pasó.

—Allá vá, atájelo... ya se fué.

—¡Dále duro! eso es, duro! le gritaba Cortázar á la *china*, que habiendo logrado arrinconarlo, le pegaba sin cesar.

Ya la victoria iba á coronar nuestros esfuerzos; puesto

en vergonzosa fuga por nosotros, tomó el pasadizo que conduce al patio principal, y de allí se dirigió á la puerta de la calle; pero tiene usted que al llegar á ella, fué rechazado por un indio que hacía rato estaba golpeando y que venía á ofrecerme fajas y monteras, el cual exclamó:

—Mis amos, que se les sale el mico!

—Déjelo! déjelo! le grité yo en fuerza de la brevedad.

—Sí, mi amo, *atajándolo* estoy! me contestó cerrando la puerta, y el mico tomó la escalera; en un segundo llegó al oratorio, que siempre está abierto; se trepó al altar; rompió una guardabrisa y tumbó dos floreros y un candelero. Pero Cortázar le echó la ruana, lo cogió envuelto en ella y no lo soltó á pesar de los mordiscos que le daba.

Una vez amarrado aquel bandido lo remitimos con la *china* á la casa contigua, en donde debía ser juzgado y castigado; cosa que nosotros no hicimos en la nuestra, porque á usted no se le oculta, Manuel, que él era extranjero, y que si tal hubiéramos hecho, nos habríamos expuesto á una reclamación seria de parte de su Gobierno.

Terminada con tan buen éxito esta gloriosa campaña, despaché á Cortázar y me preparé á seguir para el alto de San Diego, en donde iba á encontrar la compensación de las contrariedades que había sufrido. Pero, escrito estaba que éstas no debían terminar aún. De repente llegó á mis oídos un ruido espantoso, los gritos, las exclamaciones, los golpes, la bulla de caballos y el sonido de las armas que yo sentía, helaron mi sangre y me hicieron creer que los catorce mil chapetones de que me había hablado D. Cosme, habían llegado ya á tomar mi casa. No me quedó duda sobre esto cuando oí que gritaban:

—No sean brutos, conténganlo que nos mata.

—Silencio!... Orden!

—Cabo Pérez, hágase para acá!

—Amarren, por María Santísima!

—Lo mató! lo mató!
 —Hagan fuego ustedes!
 —Con cuidado, no sean animales!
 —Ahí vá bala... fuego!
 Tun! pan! tan!

El portón giró con un estrépito horrible, al impulso de un torrente de soldados, mujeres y muchachos. El cajón de un mercachifle cruzó el corredor, arrojando como una granada varios objetos en diversas direcciones; apareció en pos de todos un furioso novillo sembrando á su paso el terror y la desolación. Dos *rejos* con que lo traían enlazado dos esforzados *orejones*, apenas bastaban para contenerlo en el segundo portón. Uno de los *rejos* reventó, y yo caí atropellado por los invasores.....

Por la noche me encontré rodeado de mi familia y con una herida en la cabeza, que me recordará siempre *El portón de casa*.

22 de Diciembre de 1860.



ESTILO DEL SIGLO.

FANTASIA EN ESTILO COMERCIAL, DEDICADA A

JOAQUIN SUAREZ FORTOUL.

SEÑORITA SARA AZA — *Presente*.

Bogotá, Enero 25 de 1860.

ESTIMADA SEÑORITA — Sin ninguna de usted á que contestar, tiene *ésta mi única* por objeto, *avisarle* que, desde esta fecha en adelante quedan *disueltas* las relaciones que me han ligado á usted en un año, tres meses, cinco días, *contados* desde aquél en que tuve *conocimiento* de usted hasta hoy. El notable *cambio* que en usted noto hace algún tiempo, ó mejor dicho, la *paralización* completa del *interés* que usted antes me *manifestaba*, me habían hecho comprender ya, que usted no quería tener *cuentas* de ninguna especie conmigo, á pesar de la *obligación que contrajo* de no faltar nunca á los *compromisos* que *estipulamos* cuando yo *abrí* el inmenso *libro* de mi alma ante los ojos de usted; así es que si yo había guardado silencio en este *negocio*, era únicamente porque había resuelto darme *un plazo* para estudiar bien á *fondo* esta cuestión. Al efecto, *abrí* desde entonces *un diario* en el cual he venido *cargando* todas las *malas partidas* de usted, hasta ayer, fecha en que, gracias á la franqueza de usted, no me quedó *duda* sobre la *exactitud* de mis *observaciones*.

FAES

Graves son, señorita, *los daños y perjuicios* que usted me *ha causado*, ya por el *engaño* de que me ha hecho víctima, como por su *demora* en *manifestarme* los sentimientos que *realmente abrigaba*, y que de algún tiempo á esta parte ha *tomado* usted como *guía* de sus *acciones* para conmigo.

No ignora usted que si yo hubiera dirigido mis *pro-puestas* á otra parte, habrían sido *aceptadas* y que tal vez hubiera podido *colocarme* con algunas *ventajas*; cosa que hoy, por mi desgracia, se hace imposible, pues aun cuando los hombres como yo, son *artículos escasos* en el *mercado* amoroso, y la *abundancia* de mujeres se hace *sentir*, es *seguro* que ya ninguna querrá admitirme, *ni aun de contado ó á la vista*, por tener *el carácter de endosado*. Sin embargo, como yo *debo* á usted la pequeña *utilidad* de no volver á *experimentar la crisis* que hoy sufro, no hago á usted *reclamaciones* de ninguna *clase*.

Mi corazón se encuentra completamente *averiado* con este fracaso; yo me estoy *muerganizando* á la carrera, y no tengo probabilidad de ser *indemnizado*; pero *acepto* esta *pérdida*, y poniendo al cielo por *testigo*, se la ofrezco á Dios en *descuento* de mis culpas y pecados.

Adjunto á usted la *facturita y cuenta de los chismes* que como *comprobantes* de su afecto me dió; siendo *de cargo de usted revisarla y avisarme* si estamos ó no de *conformidad*, pues quiero *arreglar cualquier saldo* que *resulte* para dejar así *canceladas nuestras cuentas*.

LA SEÑORITA SARA AZA

Su cuenta corriente con

MÁRTIR PLAZA DE MERCADO

1859.

Debe. Haber.

Enero 21—Un pañuelito imitación de olán,

	bordado, que me dió en el teatro.			
	Cosas	”	”	1 ..
Febrero 4—	Un ramo de flores artificiales; 5 flores y dos botones, en todo, cosas	”	”	7 ..
Agosto 20—	Un <i>bouquet</i> atado con un lazo de cinta, cosas	”	”	2 ..
Agosto 23—	Un guante faltándole 2 dedos, ó sean dedos	”	”	3 ..
Septiembre 14—	Una rosca de pelo <i>engoma-</i> <i>do</i> , roscas	”	”	1 ..
Id. 20—	Un anillo triple dorado con esta inscripción “Souvenir!”	”	”	1 ..
Noviembre 1º—	Una bufanda, fantasía á cuadros, hoy día de mi santo ...	”	”	1 ..
1860.				
Enero 25—	Existencia de cartas, según in- ventario de hoy	”	”	43 ..
Id. 25—	Igual número de cosas que le remito y por saldo	59	..	” ..
	S. E ú O.—Total cosas id.	59	..	59 ..

Ahora sólo me falta suplicar á usted, señorita, que se *sirva* disimular las molestias que la *he causado*. ¡¡ Quiera el cielo que el *bajel á cuyo bordo* se ha *embarcado* usted, no vaya á *naufragar* antes de *arribar al puerto* de la felicidad!!... Siempre sería bueno que usted se *asegurara* antes. En fin, como no me es dado aconsejarla, *corto* aquí esta mi carta, repitiéndome de usted, muy atento seguro servidor, Q. B. S. M.

MÁRTIR PLAZA DE MERCADO Y PLATA.

22 de Diciembre de 1860.

PONGA USTED TIENDA.

AL SEÑOR DAVID GUARIN.

GRANDE Y BUEN AMIGO—Ha llegado á mis manos el número de *El Mosaico* que contiene la historia que has forjado, tal vez con el único objeto de hacerme un ser odioso y temible á los ojos de los cuatro *mercachifles*, que en los ratos de ocio llegan aún á mi tienda á buscar dulzainas, fósforos y papel para carta.

Así empezaba la sentida queja que pensaba dirigirte en contestación á tu “Docena de pañuelos,” cuando fui interrumpido por varios de los amigos que me favorecen con su tertulia, y que han llevado su bondad hasta hacer de mi tienda un club acreditado, en donde se agitan diariamente las más graves cuestiones políticas y sociales. De mi tienda ha salido la solución de los más difíciles problemas, y es en ella en donde se resuelven puntos como éstos que, de paso, quiero someter á tu recto juicio :

¿ Debió Napoleón I dar la batalla de Waterloo el 18 de Junio ?

¿ En qué año vino la viruela á la Nueva Granada ?

¿ El caballo rucio del tuerto Prieto es el mismo de Pachó Blanco ?

¿ Cuánto le costó el moro *chamiseruno* á D. Calixto ?

¿Se casó por fin Arturo Casas-nuevas, ó no se casó?

¿Cuántas cargas de trigo cogió el Comandante Castellanos, de las catorce que sembró en el potrero de "El Escritorio?"

Cuestiones todas que, como tú ves, David, están íntimamente ligadas con el precio de mis mercancías, y que de consiguiente son de la mayor importancia para mí.

Te dije que fuí interrumpido por aquellos amigos que, habiendo leído tu artículo, venían á darme su opinión y á marcarme la línea de conducta que debía observar contigo; nada más natural.

—Ese artículo está muy gracioso, dijo uno, pero contiene una burla para usted, que usted no puede permitir sin comprometer su dignidad.

—Pero como Guarín vive en Ubaté, y Ricardo...

—Ricardo debe escribir reconviniendo á Guarín.....

—No, agregó otro, lo que Ricardo debe hacer es escribir un artículo dedicado á Guarín, en el cual le cuente á su vez, los percances que ha sufrido como comerciante y.....

—Cabal, eso será lo que hace, dije para terminar.

Ahora te explicarás, David, cuál es la razón que he tenido en cuenta para dirigirte estos apuntes que tú podrás apellidar confidencias, memorias, fragmentos ó pesadilla, y que, sean lo que fueren, te dedico como ribete de los pañuelos susodichos.

Llegó para mí un día en que me dije: tenemos que desempeñar algún papel en la comedia de la vida; algo debemos ser en ella. El trabajo es la fuente de la riqueza; trabajemos, pues, para ser ricos, porque el dinero trae consigo los placeres y las comodidades, así como la virtud nos da el respeto y las consideraciones. Ha sonado la hora en que yo deba hacer alguna cosa en mi obsequio: vamos, pues; y acto continuo tomé el oráculo, sujeto á quien podía consultar con toda confianza, y le pregunté:

—¿Qué oficio ó profesión debo emprender?

—Ponga usted tienda, me contestó.

Entonces soñé, David, como tú soñaste en el camino de Ubaté, cuando llevabas mis pañuelos y las dos bogotanas de Párraga y Quijano; yo también me ví haciendo enormes ganancias y disfrutando un día de las cuantiosas rentas, que de seguro me guardaban entre sus sencillos dobleces las modestas piezas de madapolán.

D. Gaspar Cipagauta me cedió su derecho á una tienda con la sola condición de que le comprara las existencias *al ojo*, como dicen que bailan en la sabana, y en efecto, así negociamos, firmándole yo un pagaré por siete mil pesos, precio redondo.

Me instalé, sacudí todo, y, lleno de esperanzas, aguardé, como tú, el momento de llevar á cabo mis primeras combinaciones mercantiles. El primero que entró en mi tienda fué un provinciano de casaca y sombrero de fieltro.

—¿Sus primas, mi caballero? me preguntó.

—Sin novedad, señor; muchas gracias.

—Están á la mano?

—No, señor, se encuentran mudando temperamento en Ubaque.

—Son *primas de guitarra* las que busco, y usted...

—¡Ah!...no, señor; no tengo guitarras; pero tengo clarinetes.

—¿Qué bruto! me contestó, y salió dejándome confundido.

—Muéstreme usted sus camisas interiores, me dijo otro comprador.

—Con mucho gusto, y me desabroché la levita con la mayor prontitud.

Éste no aguardó, David, se fué riéndose de mí.

—¿Cómo está usted, señor, tiene usted *garibaldis* ó *suavos* para señora, y *solferinos* para caballero? me preguntó una elegantísima dama.

—No sé, mi señora, contesté entrecortado, temiendo cometer un nuevo barbarismo, porque te prometo que me quedé tan á oscuras con estas preguntas, como el indio á quien le expusiste las razones que tenías para pedirle cinco reales por un pañuelo.

—¿Qué me dice usted, caballero?

—Que no sé, mi señora, si tengo. Si eso que usted busca son retratos, ó vistas de alguna batalla, por ejemplo, no hay.

—Quede usted con Dios, y entienda que no le permito burlas á nadie, me contestó y salió violenta.

—¿Qué es esto! exclamé aturdido, ¿qué idioma es el que se habla en el mundo comercial; por ventura estaré yo loco?

—¿Tiene usted *polisonas*? me preguntó un caballerito sacando de su cartera una lista que me fué leyendo:

—¿*Pelo de cabra*?

—No, señor.

—¿*Un chatelain*?

—No, señor.

—¿*Prismas*?

—Tampoco.

—¿*Patchulí*?

—Nada.

—¿*Racó*?

—No, señor.

—¿*Otard*?

—Es inútil caballero; esta no es botica, y esas drogas que usted busca deben ser muy raras, porque yo no las había oído nombrar jamás.

—¿Ha hecho usted tal vez profesión de gracioso, no es verdad? me contestó. *Au revoir, mon cher*, me dijo yéndose.

—No hay de qué, le contesté azorado, y conviniendo conmigo en que yo era un ignorante sin segundo.

Ocurrió á uno de mis vecinos para suplicarle que me iniciara en los grandes misterios de mi nuevo estado, indicándome los nombres de las mercancías que tenía en mi poder. Éste me dijo, con cierto tono de burla:

—Pues, amigo, tiene usted aquí, calamacos para capote, anzuelos, ternas blancas, flautas, peinetones de carey, y así me repitió uno á uno los nombres de todo el surtido, sin nombrarme los artículos que me habían pedido.

—¿Es decir, le dije, que aquí no hay *racoes*, ni *prismas*, ni *polisonas*?...

—Creo que no, me contestó riéndose; pero ante todo, dígame ¿usted compró estas existencias?

—Sí, señor, y en ellas debo hacer una brillante utilidad, porque sólo por simpatías hacia mí se ha resuelto á cedérmelas el señor Cipagauta, junto con el local.

Juzga, David, de lo que pasaría en mí, cuando mi buen vecino me manifestó que yo había sido engañado como un niño. Sus desgarradores conceptos llegaron á lo íntimo de mi alma, fué entonces que yo vi en borrador la tristísima historia de mi porvenir. De pie, con los brazos cruzados y lleno de angustia, contemplé aquellos *muérganos*, mudos testigos de mi dolor, como debió contemplar Jeremías las ruinas de Jerusalén...

¡Gratitud eterna al que inventó las rifas, David! Sin tan útil sistema de realización, yo habría sido arruinado!

Anuncié, pues, al público que teniendo que ausentarme de este país, rifaría las existencias de mi bazar. Influí, puse agencias en diversos lugares; obligué á mis parientes y amigos á tomar boletas, y cinco meses después la suerte protegía á un Coronel, que lleno de desengaños, se retiraba de la vida pública, y que, deseando dedicarse al comercio, tomó dos boletas con una de las cuales se hizo dueño de todos los chismes que formaban la sin igual factura que me vendió Cipagauta.

Feliz, y arrullado por las más dulces esperanzas, enfardeló el Coronel los calamacos y demás objetos con que la suerte le obsequiaba, y se dirigió á los Llanos á negociarlos por ganado.

Yo pagué mi noviciado con dos mil fuertes que tuve de pérdida neta en mi primer ensayo, y no pudiendo subarrendar el local que me costaba cuarenta pesos mensuales, resolví, ayudado de los conocimientos que había adquirido, surtirlo de nuevo. Compré lo que llamámos los de la Calle real *pan y carne*, seguro de no ser engañado en esta vez. Mas tarde me asocié y cambié mi nombre de pila y mi apellido por la razón social de *W. X. Hermanos & Compañía, de Bogotá*, y para dar importancia á mis negocios tomé dependientes; hablé de los mercados de Europa, pasé circulares, giré letras, hice ruido y me dí á conocer entre los negociantes de alto rango, convencido de que en esta vez no serían ilusorias las cuantiosas ganancias que me había prometido.

Pero me engañé, David, porque tropecé con mil dificultades imprevistas, que los coroneles desengañados y las rifas no pudieron remediar como en otro tiempo.

Vino la revolución; tras ésta los empréstitos forzosos y voluntarios de dinero y de mercancías. Mis bayetas y mis mantas siguieron á los campos de batalla á cubrirse de gloria, convertidas en cómodas blusas y en vistosos pantalones. En un parte detallado que leí, encontré el nombre de diez de mis deudores muertos, el de ocho gravemente heridos y el de varios prisioneros. Siguieron las quiebras con el mayor entusiasmo; dejaron de circular ciertos valores; se paralizaron las ventas, y los tertulios invadieron mi territorio.

Desde entonces mi tienda es el lugar de cita para todos, y el mostrador la tribuna que ocupan constantemente los oradores amigos míos.

En mi tienda se firman todas las representaciones y manifestaciones de gratitud. En ella se recogen bajo mi responsabilidad, las contribuciones para los bailes, banquetes, entradas triunfales, &c., &c.

En la puerta se paran los que no caben adentro, y allí se leen los boletines, hojas sueltas y mensajes.

En mi tienda se reforma todos los días el sistema de gobierno, se analizan las costumbres, se cuentan los últimos chistes y se leen lindísimas producciones literarias.

En mi escritorio se escriben las órdenes para entregar caballos, y corrige sus *Cantos á Laura* y sus *Meditaciones* uno de mis dependientes que por el ruido no puede escribir en los libros.

Soy miembro de la Junta de Comercio, perito, avaluador y testigo obligado de todo pagaré que se firma.

Yo debo saber en dónde viven todas las personas á quienes buscan, y si están aquí, en el campo ó enfermas.

Mi libro diario me dice á cada paso de dónde proceden las fuertes sumas que debo, y me manifiesta que he dado al fiado las mercancías, y que éstas no me han sido pagadas; cosas que yo también sé hace mucho tiempo, y las páginas de mi "Mayor" guardan con religioso respeto los nombres de mis deudores, como guardan las losas de las tumbas los restos de los que fueron...

A ti, David, te dejaron los indios el derecho de escoger el lazo que les vendías; á mí no me dejan este consuelo los que me los tienden á cada paso, y si así seguimos comparando tus percances con los míos, creo que al fin tendrás que convenir conmigo en que no tienes derecho de quejarte, porque éste me corresponde desde que puse tienda en Bogotá.



TRES VISITAS.

ENTRE las numerosas diversiones que Bogotá ofrece el domingo á los que nos agitamos en su seno, casi siempre me decido por las visitas. Por esta razón me dirigí el domingo pasado á las tres habitaciones que con tanta gracia y exactitud ha descrito Areizipa en su *Lenguaje de las casas*. Tenía que visitar en ellas á D. Pedro Antonio de Rivero, dueño de la de *Santafé*; á la viuda é hijas de D. Facundo Fonenegra, que viven en la de *Santafé de Bogotá*, y á J. M. Doronzoro, recientemente casado con la señorita Matilde del Pino, y establecido en la linda y estrecha casita moderna de *Bogotá*.

La una de la tarde sería cuando llegué á la puerta del oscuro y espacioso zaguán de la casa de D. Pedro Antonio. Luégo que salvé los cartones de tijeras, las estampas, los jabones, cuentas y demás mercancías de un *mercachifle* establecido allí, tomé la cabuya de la campanilla y llamé repetida veces; pero como no contestaron, halé del sucio pedazo de reja con que se maneja el picaporte que guarda el segundo portón, y éste giró lentamente sobre sus goznes, dejándome ver el patio cubierto de grama en su mayor parte, un aljibe en cuyos helechos saltan y chillan las ranas, tres papayos y un curubo que trepa á la pesada baranda pintada de colorado subido, que concluye la obra del estrecho corredor del frente.

Di repetidos golpes con mi bastón, hasta que una voz me contestó:

—Que perdone por Dios... que no hay que darle!

—El señor Rivero está en casa? pregunté á la criada vieja que salió á ver *quién era*.

—Siga *sumercé*, me contestó cuando yo pisaba los anchos escalones de piedra que forman la escalera.

—Mi amo está comiendo; pero prosiga *sumercé*; *dentre* y siéntese mientras voy á avisarle.

Entonces vi las desnudas paredes, las mesas de nogal con pata de águila, los sillones dorados y los cuatro canapés forrados en filipichín colorado y los fanales y araña de cristal, cubiertos de polvo, que cuelgan de las labradas vigas y que completan el adorno del salón frío y triste de la casa de D. Pedro Antonio Rivero, dueño de ella, de cinco casuchas por las Nieves, de un *casarón* por San Agustín y de una estéril y extensa hacienda que bajo el nombre de "La Candonga" contiene tres potreros llamados "El Purgatorio," "Santa Tecla" y "El Pantano."

D. Pedro Antonio se presentó después de largo rato, fumando. Lo saludé y me hizo tomar asiento á su lado. Sacó del bolsillo de su gran chaqueta de pana gris una ahumada vejiga ribeteada de cinta verde, y tomó de ella un cigarro que me ofreció junto con la candela del suyo, diciéndome:

—¿Con que qué milagro es verte por aquí, vagabundo? Ya sé que sentáste el pie casándote, y mucho te ha sentado el matrimonio porque estás muy gordo. No sé cuántas preguntas más me hizo, á las que contesté dándole las gracias. Siguió tratando luego las grandes cuestiones del día, y con tal motivo habló de la impiedad de los rojos, de la anarquía, de la mala fe, de la desmoralización de las masas ignorantes y de todos los males habidos y por haber, terminando su discurso de media hora, con esta conclusión que me dirigió en tono sentencioso y magistral:

—Ustedes los muchachos, que con sus discursos dissociadores se han apoderado de la situación, son la causa de la gazapera y del malestar que hacen hoy de la vida un tormento, como dijo Bolívar, quien con sus ideas de libertad y de independencia de nuestra madre patria, también ayudó bastante á conducir el país al triste estado en que hoy se halla.

—Pero, señor D. Pedro Antonio, yo no he sido tribuno del pueblo y además...

Así empezaba mi defensa, que desgraciadamente fué interrumpida por una carta que entregó la criada á D. Pedro Antonio en aquel momento.

—Esto será, me dijo, sin poder abrir la gran cubierta de papel inglés que contenía el pliego, algún oficio echándome empréstito ó *desamortizándome*, añadió con cierta sonrisa producida por el chiste.

¡No ve qué modas del diablo! decía, forcejeando con el sobre; hasta esto lo han cambiado, y por eso anda el país como anda... Cuando se escribía en papel florete y se pegaban las cartas con engrudo, esto marchaba de otro modo; pero, qué quiere usted?... la civilización...

Con mucho trabajo rompió D. Pedro Antonio el sobre y leyó la carta para sí. Después se dirigió otra vez á mí, y dándomela con cierta burla me dijo:

—Lee, lee; para que te diviertas... es una carta de un mozalvete, *gólgota* romántico, que está loco como todos ustedes... Le alquilé al tuerto Doronzoro, su padre, "La Candonga," no me ha pagado del mes cumplido ni un cuartillo, y ahora se excusa hablándome de no sé qué enredos que no he podido entender; hazme el favor de leer.

Tomé el pequeño pliego de papel marfil, adornado con una cifra de colores en la parte superior, y leí en alta voz:

—"*Chambery*, 3 de Octubre de 18..."

—Y, eso dónde es? me interrumpió D. Pedro Antonio.

—*Chambery* se llama hoy la hacienda de “La Candon-ga,” según me han informado; yo creía que usted era quien había tenido el capricho de cambiarle el nombre.

—Yo?... Eso se queda para ustedes que, desde el nombre de la República para abajo, todo lo han cambiado... ¿Con que el pisaverde del Doronzorito me está *golgotizando* mis tierras también?... Era lo que me faltaba!

Seguí leyendo: “Señor: mi padre ha continuado muy enfermo desde el sábado. Era la tarde y él montaba *El Relámpago*, cuando recibió el fuerte porrazo que le dió al tomar la puerta de golpe de ‘Trafalgar.’ Por otra parte, la inundación de ‘Solferino’ nos ha obligado á conducir los ganados á ‘Pompeya,’ en donde se han atrasado. Todas estas calamidades han hecho gran daño en nuestros intereses...”

—¡No, no... no sigas! Estoy indignado, me dijo D. Pedro Antonio, quitándome la carta. ¡Con que esos bribones se están perjudicando! ¿Con que los potreros de “El Purgatorio,” “Santa-Tecla” y “El Pantano” se llaman ahora... “Trafalgar” y qué más?...

—“Solferino” y “Pompeya,” por lo que infiero, le contesté, tomando mi sombrero para despedirme.

—Cómo! ¿Té vás sin tomar dulce ó un poco de aloja?

—Gracias, señor, no acostumbro...

—Que no acostumbras? luégo de qué tierra eres?

—Acabo de almorzar, señor, y por esto...

—Ah!... eres francés; con razón, tomarás á las seis de la tarde sopa de vidrio molido, arroz con ruibarbo, torta de agrás y los demás nutritivos alimentos que usan ustedes los extranjeros. Yo, como viejo santafereño, no estoy al corriente de las modas bogotanas y...

Una sonrisa de mi parte puso fin á las razones de D. Pedro Antonio, y despidiéndome de este personaje tan

regañón como honradote y buen amigo, tomé el corredor. Cuando llegué al pie del San *Cristobalón* pintado en la pared del descanso de la escalera, oí la voz de D. Pedro Antonio que me decía:

—Salúdame á tu esposa; dile que la conocí chiquita cuando su padre venía con ella á ver las procesiones en el balcón de esta casa. No olvides el camino.

—Gracias, señor, tendré cuidado de no olvidarme, pues me prometo convertir á usted al *golgotismo*. Y pasando por entre los mendigos que aguardaban la limosna en el zaguán de la casa vieja, triste y desaseada de Santafé, salí de ella recordando la franqueza y los chistes de su dueño.

De allí me dirigí á la casa de Santafé de Bogotá.

Las *niñas*, como llama á sus hijas de cuarenta y tantos años Doña Carmen la viuda de Fonnegra, estaban en el corredor de la casa, viendo á los cinco muchachitos de siete á ocho años, hijos de las amigas vecinas, que primorosamente vestidos jugaban allí á los *caballitos*. Uno de ellos, vestido de zuavo, representaba al “niño Carlitos,” y montado en un *escobero*, corría gritando: *¡Otro poquit de música!* Otros daban el salto [mortal sobre una silleta de guadamacil, y una linda niñita, llena de gracia, movía el diminuto pie, y con las manecitas atrás cantaba: *macon é payaso cuándo!*

Tuve la pena de interrumpir la función y de derrotar con mi presencia á los *hermanos del aire*. La señorita Rudecinda me condujo á la sala, en que me recibió Doña Carmen.

—Cómo está usted, Miraflores, me dijo al verme; tome usted asiento.

—Gracias, señora, le contesté tomando la silleta inmediata, cuyo espaldar quedó en mis manos, desprendido del asiento.

—Oh!... ha tomado usted el inválido de la familia; pero no crea, desde que los muchachos vieron los caballos, establecieron aquí circo Adriano y Elvirita, mis sobrinos, y no me dejan ya muebles. Estoy loca con la gritería. Son tan vivos! Yo los quiero mucho; figúrese usted, hijos de mi hermana.

—Naturalmente, siendo así...

—Pero si usted viera!... La menorcita remeda á la cocinera admirablemente, y la otra se viste de grande con el copete, la saya y la crinolina de una de mis muchachas. Queda tan graciosa, que aquello es para alquilar balcones.

—Realmente, debe ser muy graciosa.

—Qué buen tiempo! no le parece?... .

—Sí, señora, hermosísimo.

—Pero temo que llueva, y el invierno es tan triste!

—Sí, señora, tristísimo.

—Y luego, para el mercado es tan incómodo; *no tiene usted idea*; se escasea el carbón y la plaza se vuelve un *barrial* que no le deja á usted *cola*, ni saya á vida.

—Seguro, señora.

—Después viene el catarro tan molesto. Manuelita *ha estado muerta* desde el sábado; no han valido sudores, ni abrigo, ni nada. Hoy afortunadamente está mejor. Jesús! si con las enfermedades se *jubila* la gente: yo he estado *fundida* y á la muerte, con un dolor de cabeza que parecía que se me saltaban los ojos, y eso que los nervios no me han dejado descansar.

—Cuánto siento!...

—Pero *no crea niño*, "hierba mala nunca muere," como decía con tanta gracia el tío Domingo. Lo conoció usted?

—No, señora.

—Era un hombre muy gracioso, alto, delgado y zarco como usted. Yo casi no lo conocí; pero figúrese que una

vez convidó á un amigo de él, medio *jubilado*, á que pasara unos días en su hacienda. Pues bien; una noche, cuando ya estaban todos dormidos en la casa, se disfrazó mi tío de llanero, con aquella gracia que tenía; amarró una lanza de lata en un palo, se presentó en la cama en que dormía profundamente el amigo, y le despertó á gritos, pidiéndole la plata ó la vida. El *jubilado*, *muerto* de susto, le decía de rodillas:

—No mi amo, no me mate! Figúrese usted qué cosa tan graciosa sería el trance amargo que pasó el pobre bobo, que ni después de mucho rato reconoció á mi tío, según estaba de bien disfrazado.

Tres ó cuatro gracias de éstas, que en toda tierra se llaman barbaridades, me contó Doña Carmen, sin que ni sus hijas ni yo moviéramos los labios. Me habló, después, del mal genio de Rita, la última cocinera que recibió por informes de su comadre Guadalupe, y que se fué de la casa *sin más ni más*, engatusando también á Ruperta la *china* de adentro. Cuando terminó, tomó la palabra una de las *niñas* de cuarenta años y me dijo:

—Y cómo tiene usted la señora?

—Sin novedad, gracias, señorita.

—Y el chino? *perrísimo*, no?

—*Perrísimo*! contestó Doña Carmen por mí.

—Usted dejó completamente la guitarra, no?

—No, señorita; yo nunca he tocado tal instrumento.

—Pues aquí me *mato* con estas *niñas* para que no la dejen, dijo Doña Carmen; pero ahora están empeñadas en que les compre piano; figúrese usted para qué, cuando loro viejo no aprende á hablar. Rudecinda, la mayor, cantaba la canción de *La Perla* divinamente sin papel. Tiene el mismo oído mío; pero son tan abandonadas, que *no crea*.

—No, mamita, por Dios! qué idea formará el señor de nosotras!

—Pues la verdad, porque á ustedes en *sacándolas de los cachos, del copete y de la cola*, no sirven para nada.

Cansado de sufrir las necesidades de aquella mamita y de presenciar el martirio de sus pobres hijas, me despedí y traté de salir lo más pronto posible, temiendo que Doña Carmen me contara otro chiste del tío Domingo.

—No se vaya sin ver mis matas, me dijo: tengo *divinidades*. Y me condujo al laberinto que ha formado con los platonos desportillados, ollas, tazas y cajones que contienen los malvabiscos, farolillos, espuela de galán, curubos, rosas de muerto y demás primores que forman el enmarañado jardín.

—Mire qué *boquiabiertos* tan disciplinados, me dijo, dándome un ramo de ellos que recibí, con la cabeza descubierta en pleno patio y bajo los rayos de un sol abrasador. En seguida me mostró, para que la tratara con confianza, el resto de la casa, el cuarto de las niñas, el costurero y dos goteras que abrió el invierno, y no teniendo más que mostrarme esta amable amiga, me dijo que si no quería acompañarlas á *hacer la penitencia*, pues ya eran las dos de la tarde, su hora de comer.

Por fin salí de la casa de Santafé de Bogotá, y me dirigí á la linda casita de Bogotá, en donde viven los novios á quienes debía visita.

—El señor Doronzoro? pregunté al indio que, con calzón de paño gris perla, chaleco de terciopelo, cuello parado y en mangas de camisa, abrió la barnizada y dorada puerta que conduce á la estrecha galería de cristales.

—El señor Doronzoro está despachando el paquete, y la señora está en el baño; pero deje usted su tarjeta, me dijo, tomando el botón de cristal de la puerta del salón.

—Iba á dejar mi tarjeta cuando mi amigo Doronzoro, que me había oído hablar, salió á recibirme, envuelto en una bata de cachemira, con chinelas de charol y cabrito, gorro turco y fumando un puro de la Vuelta-abajo.

—Oh!... oh! me dijo al verme; este bárbaro de criado no sabe distinguir á los amigos, y me estrechó la mano dejando perfumado mi guante con purísimo “Véty-ver,” y mostrándome involuntariamente el solitario que adornaba uno de sus dedos.

—Qué quiere usted? me dijo, haciendo rodar hasta mí la elegante poltrona con forro de zaraza á listas que guardaba el rico damasco de ella. Oh! qué quiere usted? No estábamos hoy visibles para todo el mundo, y el salvaje de criado ha hecho extensiva la consigna aun á los amigos de intimidad.

—Parece que estaba usted escribiendo?

—Ah! sí, sí, sí, despachaba mis cartas de familia á Inglaterra; digo mal, mis cartas de amistad para Sir Robert Stewart y Mr. Newman, mis buenos amigos. Estuve con el primero en Hamptoncourt y ví con el segundo en el magnífico teatro de Covent-garden, la ejecución de un drama clásico. Usted no ha estado en Europa, no?

—No, señor.

—Oh!... oh! entonces no puede usted tener idea de la buena vida. Vea usted, en París...

Aquí fuimos desgraciadamente interrumpidos por la señora Doronzoro que se presentó en el salón vestida con un rico traje de seda ligeramente remangado para dejar ver los blancos prenes de la ropa interior. Entre cortesías y cumplimientos volvímos á los asientos y se generalizó la conversación.

—La señora no ha estado bien, continuó Doronzoro. Estuvimos anoche en la *soirée* de la señora Margarejo, de la cual nos retiramos á las dos y diez y nueve minutos, por haber sabido allí la fatal noticia de la triste suerte que ha cabido al Austria; noticia que inconsideradamente dió el coronel Arteaga á la señora, y que ella á su vez me dió de repente.

—Sobrada razón tuvo la señora, le contesté; pero parece que se ha repuesto de la grave impresión...

—Sí, señor; tuve tanto susto! me contestó la señora con sencillez y dulzura; jamás pude figurarme que una noticia tan insignificante al parecer, hubiera de causar á mi marido la sorpresa desagradable que le causó, y la pena me ha enfermado.

—Y su señora de usted? poco sale...

—La vimos por última vez, agregó Doronzoro, en la ejecución de Lucía ó en el hipodromo; yo no me acuerdo bien.

—Gracias, está bien y en realidad sale poco.

—Parece que ella se disponía á hacer su mansión por algún tiempo en Villeta, no?

—Sí, señor; pero se presentaron inconvenientes...

—Ah! qué quiere usted? Ya me los figuro: la falta de caminos en este país. Oh! si usted viera cómo se viaja en Europa! Un parisiense reventaría de risa al ver nuestras figuras en las encrucijadas que ustedes llaman caminos. Vea usted, la señora no ha podido trasladarse á mis posesiones de *Chambery*, que no conoce aún, debido al mal camino en que papá recibió un golpe no ha muchos días. Después me habló Doronzoro de la ventajosa situación que ha alcanzado la Prusia, de la vida de Londres, de los dulcísimos recuerdos de su amada Italia, de teatros, de la Patti y otros asuntos, todos europeos, y en cuanto al país leímos en el *Illustrated London News*, la noticia de la entrada del Gran General á Bogotá. Después me mostró su enorme álbum, para que conociera en él á los escritores, bailarinas, cantatrices y demás personajes que se habían mezclado en la conversación.

—Conoció usted al asesino de Lincoln? me dijo, señalando una de las páginas.

—No, señor.

—Pues yo sí, y puedo asegurar á usted que era un mozo lleno de *esprit* y de energía; véalo usted: ¿no le parece muy semejante?

—Seguramente, le contesté.

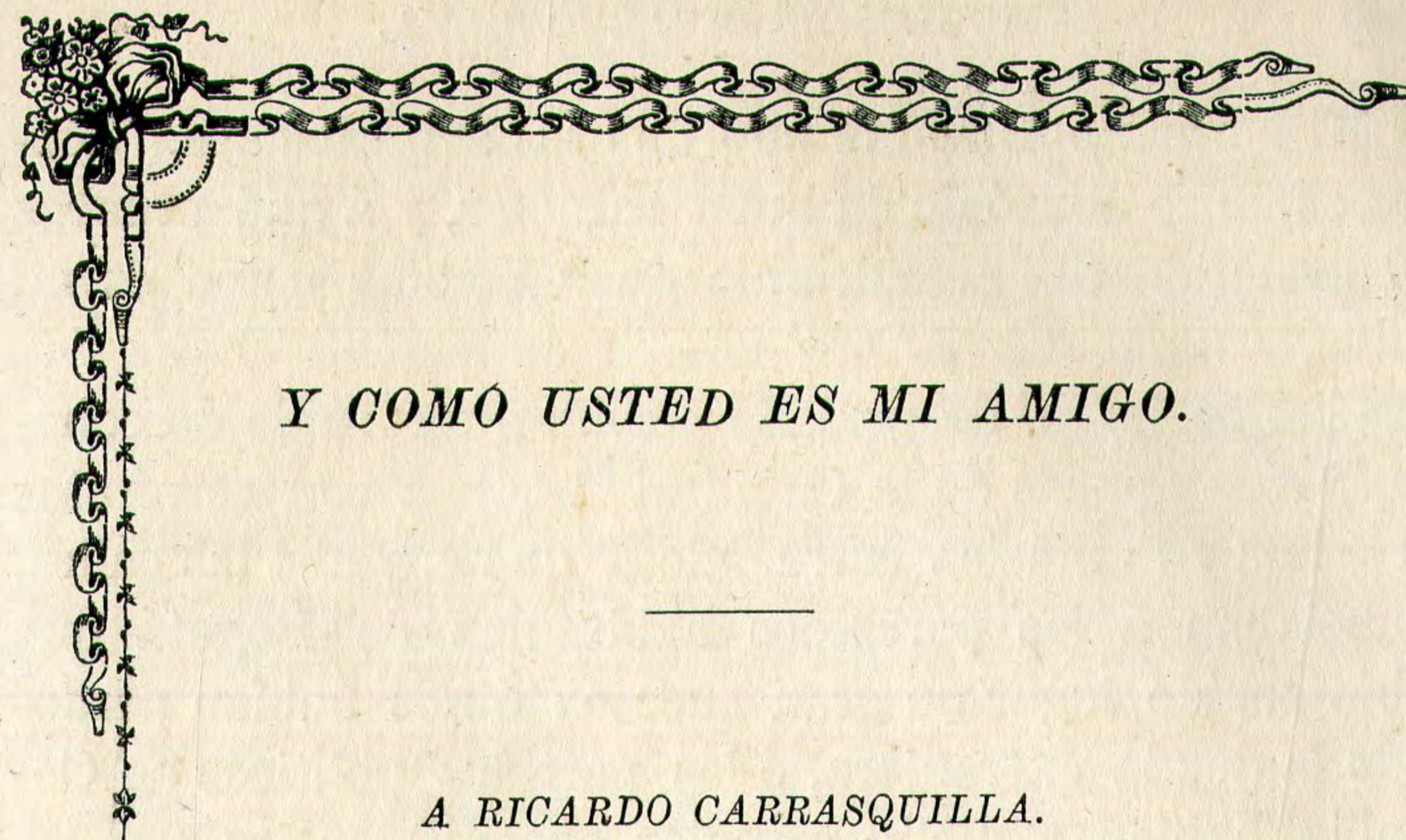
Doronzoro se puso al piano y yo pude conversar con la señora, que me dejó encantado con su amabilidad y sencillez de tan buen tono.

Sonreía ella dulcemente mientras que Doronzoro *ejecutaba* cruelmente á Traviatta.

¡Addió del pasato, bei sogni ridenti!... Cantó Doronzoro en un raptó de entusiasmo, y dejando el piano, y olvidando de repente su papel de extranjero,

—Te acuerdas del colegio? me dijo. ¡Qué tiempos aquellos! Y conmovido por este tierno recuerdo, me indicó que llamara á su mujer, simplemente Matilde; contó á ésta nuestras aventuras de estudiantes, y yo me retiré de la linda casita de Bogotá, agradecido de Verdi que con sus notas delicadas supo corregir por el momento á mi amigo Doronzoro.

Queda una casa que *Areizipa* no ha descrito, y que lo avanzado de la hora no me permitió visitar: la casa completa de Bogotá. De esta clase hay muchas, y ellas guardan la numerosa y escogida sociedad de buen tono que Bogotá presenta con orgullo. Se quiere el tipo? Véase la del *Padre Alpha* y *Pia-Rigán*, á quienes con el mayor respeto me permito dedicar los imperfectos cuadros que dejo trazados.



Y COMO USTED ES MI AMIGO.

A RICARDO CARRASQUILLA.

I

Si entre los alumnos del "Liceo" que usted dirige tiene alguno de ceño adusto, de modales bravíos y de carácter casi feroz, no vaya usted á convertirlo en hombre amable, porque esto equivaldría á hacerlo infeliz. Guarde usted ese tesoro inestimable conservándole las armas defensivas con que ha sido dotado y que tan necesarias le serán para vivir aquí.

—Por qué? me dirá usted.

—Porque entre nosotros las personas inofensivas, las que se hacen notables por la dulzura de carácter y por la suavidad de maneras, son sacrificadas á las exigencias de unos pocos. Porque esos seres inocentes viven y mueren siendo víctimas de la dictadura que pesa sobre ellos. Salvar á un miembro de la sociedad con el hecho de conservarlo tal como necesita ser, es cumplir un acto tan sencillo y benéfico como el que más. Deje usted, pues, á la rosa sus espinas; pero si le faltasen aún razones para proceder tal como yo le aconsejo que proceda, lea usted esta historia, y le aseguro que, cuando la haya leído, convendrá conmigo en la necesidad que existe de llevar á cabo la reforma que le indico.

Mi hermano Blas fué uno de esos desgraciados. Véamos cómo se abusó de su buen carácter, y á qué pruebas fué sometido con el estribillo de "Y como usted es mi amigo."

Una noche fuí despertado por un gran ruido de cohetes; las campanas de la Catedral sonaban con estrépito; los gritos y la música estruendosa que cruzaba las calles, anunciaban á los perezosos habitantes de Bogotá que había tenido lugar un gran suceso: ó nos habían perdonado la deuda extranjera, ó los partidos políticos de Colombia habían resuelto arreglar sus diferencias con las armas de la razón, y no con la lógica de las balas.

Mi hermano corrió hacia la plaza á averiguar lo que pasaba.

—Qué hay de nuevo? preguntó en el primer corrillo que encontró en la Calle Real.

—Que se acabó la guerra! le contestó uno.

—Magnífico! La ausencia de la guerra es la paz; la paz es la vida; el país está, pues, salvado, dijo Blas con entusiasmo.

—Sí, catire! nos hemos salvado, dijo abrazando á Blas un hombre de voz ronca y de aliento *aguardientoso*. Sí, señores, añadió; el General Cienfuegos es un tigre, la batalla tuvo lugar en Peladeros, murieron cuarenta y tres enemigos, entre ellos tres oficiales y un corneta. De los nuestros quedaron ocho ciudadanos fuera de combate; el enemigo, al mando de su jefe Cobos, huyó despavorido, dejando en nuestro campo dos monturas, cuatro rifles, cinco cartucheras y una mula. La noche no permitió al ilustre General Cienfuegos terminar esta grandiosa jornada que lo ha cubierto de gloria.

—Quién da la noticia? preguntó alguno.

—La noticia la da el Cura de Chinga al Alcalde de Pandi; éste al Coronel Torrijos, y el Coronel Torrijos al Gobernador departamental del Sur.

—Viva el héroe de Peladeros!

—Viva!

—Mueran los traidores enemigos del pueblo!

—Que mueran!

—Tronó de nuevo la tambora. Alto! señores! añadió el tribuno:

Se trata de hacerle un recibimiento al General Cienfuegos, que debe llegar pronto, y de regalarle una *espada de honor*!

—Bravo!... Muy bien, muy bien!

—Pues bien, agregó el hombrón, dando unas palmas en la espalda de Blas; usted, ciudadano Blas, que tiene como yo la gloria de haber sido condiscípulo del General Cienfuegos, y que además es su amigo, queda encargado de recaudar las cuotas, y de preparar, de acuerdo con la comisión que será nombrada mañana, todo lo que conduzca á hacer una ovación digna de la gran figura que ha salvado al Gobierno y con él las libertades públicas, escarmentando una vez más á los eternos enemigos del orden en los inmortales campos de Peladeros.

—Viva el orador! gritó la concurrencia entusiasmada, y un momento después siguió el tumulto en otra dirección, celebrando el espléndido triunfo de Cienfuegos.

Mi pobre hermano, que desde el colegio le tuvo miedo al ilustre caudillo, no se resolvió á provocar su cólera, y tuvo que aceptar la comisión, pasando en consecuencia por la pena de recaudar en los días siguientes las exiguas cuotas con que de muy mala gana contribuyeron los copartidarios y admiradores de Cienfuegos, y por la molestia de suspender sus propios negocios, para atender á los preparativos de la fiesta. Cincuenta y nueve pesos cuatro reales recaudó por fin mi hermano, y la comisión acordó comprar con ellos una espada en la sombrerería de Bouscatel, que es nuestro Benvenuto Cellini en estos casos, y

unas docenas de cohetes; y con el sobrante mandó levantar un arco de laurel con banderas de *percala* que contenían inscripciones como éstas: *Al vencedor en Peladeros! Al inmortal Cienfuegos, la Patria agradecida!* Pagado así el contingente de mi hermano, se retiró otra vez á la vida privada. Dos días después apareció en las esquinas una hoja impresa titulada: *Por sus frutos los conoceréis*, en la cual decían: *mil ciudadanos armados*, que el recibimiento del General Cienfuegos había sido ridículo, miserable é indigno de un pueblo culto, no obstante que para hacerlo magnífico habían sido recaudadas fuertes sumas. Que no queriendo atribuirle á mi hermano el feo pecado que se deducía de este hecho, se limitaban á hacer que el pueblo notara el ódio mal encubierto que como gólgota tenía por lo que estos cobardes llamaban con desprecio los macheteros, y del cual había sido víctima en esta vez el ilustre General Cienfuegos.

Casi al mismo tiempo apareció también un remitido en *La Oposición*, titulado: "Los gólgotas se suicidan," en el cual se hacía notar á los partidarios del inmortal y desgraciado Coronel Cobos, que el más furioso de los aduladores de Cienfuegos vencedor, había sido mi hermano Blas, á quien ni las filantrópicas y decantadas doctrinas del golgotismo habían contenido en sus salvajes manifestaciones de gozo, producido sin duda por la cruel carnicería cometida en Peladeros, y de la cual tarde ó temprano tomarían los pueblos cuenta estrecha, teniendo entre tanto muy presentes los nombres de los aduladores de aquel verdugo sin segundo en los anales de Colombia.

El castigo no llegó; pero tanto Cienfuegos, como sus amigos y sus adversarios, fueron siempre los más encarnizados enemigos que contó mi hermano.

II

Se enfermó Cincinato Argüelles, marido de nuestra prima Adela, y en el acto llamó Blas á un médico ilustrado y antiguo amigo de nuestra familia, que siempre nos había recetado. Este puso al servicio del enfermo todos los recursos de la ciencia, con el interés y cariño que lo animan hacia nosotros; pero la madre de Cincinato asustó á la buena de Adela; la dijo que el médico llamado, sería tan ilustrado como el que más, pero que ella no le tenía fe desde que supo que había envenenado á un clérigo con un vomitivo; que Cincinato moriría si seguía recetándolo, pues estaba persuadida de que no le había conocido el mal; y, en fin, que ella, en su calidad de madre, creía que debía llamarse al doctor Penagos, no precisamente para que se hiciera cargo de la curación de Cincinato, porque entonces el otro médico se molestaría y á ella no le gustaba buscar enemigos, sino con el objeto de que viera al enfermo, diera su opinión y lo recetara, sin que el otro doctor lo supiera.

Adela, vacilante, llamó á Blas, y con tono angustiado le consultó qué debía hacerse.

—Qué consultas! contestó la madre con cierto aire de autoridad; se trata de la vida de Cincinato, dijo dirigiéndose á Blas, *y como usted es su amigo*, y su pariente, y fué quien trajo á ese diablo que lo está dejando morir, es el llamado á subsanar el daño, yendo á llamar en el acto al doctor Penagos.

—Pero, señora, replicó Blas, si el otro médico no satisface, despidámosle francamente; no introduzcamos la anarquía en el plan curativo que se ha trazado el que viene estudiando el mal desde su origen. Si el nuevo médico está de acuerdo con el que tenemos, recetará lo mismo, y si no está, nos pondrá en graves dificultades.

—Esa es palabrería que á nada conduce, contestó la madre; el doctor Penagos hace prodigios con sus enfermos, y nada se pierde con que vea á Cincinato; además, como nadie le va á contar al otro médico... y, sobre todo, si mi opinión nada vale, añadió, y si Cincinato tiene un mal resultado...

Adela se arrojó en brazos de Blas, llorando á gritos. Blas desesperado se lanzó á la calle, se perdió en la oscuridad de ella, y á la madrugada volvió trayendo al doctor Penagos, mojado y de mal humor.

El doctor Penagos dijo que el otro médico era un bárbaro; que aunque él había sido llamado muy tarde, todavía se prometía hacer mucho por el enfermo; que por el momento no había un gran peligro; que no recetaba nada, porque á esa hora no había botica abierta y que volvería al día siguiente. Volvió, sangró á Cincinato y éste se agravó. Por último, los dos médicos se encontraron un día en la alcoba del enfermo, y como eran enemigos hacía muchos años, se retiraron de la casa bruscamente y muy ofendidos. Blas sufrió una fuerte reconvención de cada uno de ellos, por la ofensa que les había hecho, y de la madre de Cincinato, por no haber prevenido al doctor Penagos, para que no viniese cuando el otro médico estuviera recetando. Cincinato se quedó sin médico, y se puso de muerte; llamaron á un homeópata, y éste declaró que nada tenía que hacer, sino indicar á la familia el deber en que estaba de hacer que el señor Argüelles se confesara y arreglara sus negocios. La familia quedó consternada, y Adela casi loca se dirigió á Blas, con voz entrecortada y suplicante:

—Usted, Blas, á quien Argüelles quiso tanto, es el llamado á cumplir tan importante comisión. Él, aunque poco creyente, es muy dócil, *y como usted es su amigo...*

Blas, temblando, habló con Cincinato, y éste lo recibió muy mal. La indicación de hacer testamento le alteró, y

le postró más y más. La noche en que debía morir Cincinato, se dirigía Blas por un corredor en punta de piés, para no causar ruido; dos bultos conversaban recostados en la baranda, y Blas se acercó por detrás de ellos.

—Lo ha muerto ese salvaje de Blas, dijo uno de ellos, porque al hablarle de arreglos en sus negocios, le ha hecho comprender el peligro en que está.

—Qué quiere usted, contestó el otro, se figuró que su prima Adela no le heredaba... como no tiene hijos... Oh! sed de oro, cuánto puedes!

Blas estuvo á punto de morir al oír tales conceptos. Afortunadamente Argüelles se salvó; pero detestó á Adela y á Blas por la indelicadeza que cometieron con él, guiados por el vil interés. Así se lo había hecho comprender su santa madre, á quien, según ella, le debió la vida, por los remedios caseros que le suministró.

III

Mi hermano no se mezclaba en la política desde la entrada triunfal del General Cienfuegos. Pero desgraciadamente fué nombrado para Diputado á la Legislatura del Estado, y al empezar las sesiones, favoreció indispensablemente con su voto á uno de los partidos que disputaban con motivo de un proyecto sobre elecciones. El periódico de los que perdieron, llamó á los individuos que formaron la mayoría que enterró el proyecto, y á la que perteneció Blas, abyectos, especuladores al servicio de un partido inmoral, &c., &c. Mi hermano calló; pero uno de sus compañeros dió una hoja suelta en defensa de todos los que formaron la mayoría, y cien hojas sueltas que expresaban cien opiniones diversas sobre la cuestión, aparecieron en el acto. Los que discutían por la prensa se exaltaron, y abandonando el asunto principal, se ocuparon

—Esa es palabrería que á nada conduce, contestó la madre; el doctor Penagos hace prodigios con sus enfermos, y nada se pierde con que vea á Cincinato; además, como nadie le va á contar al otro médico... y, sobre todo, si mi opinión nada vale, añadió, y si Cincinato tiene un mal resultado...

Adela se arrojó en brazos de Blas, llorando á gritos. Blas desesperado se lanzó á la calle, se perdió en la oscuridad de ella, y á la madrugada volvió trayendo al doctor Penagos, mojado y de mal humor.

El doctor Penagos dijo que el otro médico era un bárbaro; que aunque él había sido llamado muy tarde, todavía se prometía hacer mucho por el enfermo; que por el momento no había un gran peligro; que no recetaba nada, porque á esa hora no había botica abierta y que volvería al día siguiente. Volvió, sangró á Cincinato y éste se agravó. Por último, los dos médicos se encontraron un día en la alcoba del enfermo, y como eran enemigos hacía muchos años, se retiraron de la casa bruscamente y muy ofendidos. Blas sufrió una fuerte reconvención de cada uno de ellos, por la ofensa que les había hecho, y de la madre de Cincinato, por no haber prevenido al doctor Penagos, para que no viniese cuando el otro médico estuviera recetando. Cincinato se quedó sin médico, y se puso de muerte; llamaron á un homeópata, y éste declaró que nada tenía que hacer, sino indicar á la familia el deber en que estaba de hacer que el señor Argüelles se confesara y arreglara sus negocios. La familia quedó consternada, y Adela casi loca se dirigió á Blas, con voz entrecortada y suplicante:

—Usted, Blas, á quien Argüelles quiso tanto, es el llamado á cumplir tan importante comisión. Él, aunque poco creyente, es muy dócil, *y como usted es su amigo...*

Blas, temblando, habló con Cincinato, y éste lo recibió muy mal. La indicación de hacer testamento le alteró, y

le postró más y más. La noche en que debía morir Cincinato, se dirigía Blas por un corredor en punta de piés, para no causar ruido; dos bultos conversaban recostados en la baranda, y Blas se acercó por detrás de ellos.

—Lo ha muerto ese salvaje de Blas, dijo uno de ellos, porque al hablarle de arreglos en sus negocios, le ha hecho comprender el peligro en que está.

—Qué quiere usted, contestó el otro, se figuró que su prima Adela no le heredaba... como no tiene hijos... Oh! sed de oro, cuánto puedes!

Blas estuvo á punto de morir al oír tales conceptos. Afortunadamente Argüelles se salvó; pero detestó á Adela y á Blas por la indelicadeza que cometieron con él, guiados por el vil interés. Así se lo había hecho comprender su santa madre, á quien, según ella, le debió la vida, por los remedios caseros que le suministró.

III

Mi hermano no se mezclaba en la política desde la entrada triunfal del General Cienfuegos. Pero desgraciadamente fué nombrado para Diputado á la Legislatura del Estado, y al empezar las sesiones, favoreció indispensablemente con su voto á uno de los partidos que disputaban con motivo de un proyecto sobre elecciones. El periódico de los que perdieron, llamó á los individuos que formaron la mayoría que enterró el proyecto, y á la que perteneció Blas, abyectos, especuladores al servicio de un partido inmoral, &c., &c. Mi hermano calló; pero uno de sus compañeros dió una hoja suelta en defensa de todos los que formaron la mayoría, y cien hojas sueltas que expresaban cien opiniones diversas sobre la cuestión, aparecieron en el acto. Los que discutían por la prensa se exaltaron, y abandonando el asunto principal, se ocuparon

de cuestiones puramente personales y, por último, una mañana se presentó en casa de mi hermano, D. Brígido Matamoros, que fué el que formó parte de la mayoría y el que escribió defendiéndola, y dirigiéndose á Blas:

—He sido cruelmente tratado por nuestros enemigos, le dijo; voy á escarmentar á uno de esos malvados; he desafiado al redactor de *El Pueblo*, y como usted es mi amigo, vengo á avisarle que lo he nombrado mi segundo. Queda usted autorizado para arreglar las condiciones del duelo, y sin dar tiempo para hacer observación alguna, ¿Acepta usted, no es verdad? agregó.

—Sí, contestó mi hermano, y D. Brígido salió precipitadamente.

El duelo fué arreglado por los padrinos, y debía tener lugar á las cinco de la tarde del mismo día. A los tres cuartos para las cinco estaba Blas en su cuarto acabando de disponer las pistolas, cuando dos damas enlutadas, misteriosas y agitadas entraron en su habitación.

—Ah, señor! le dijo una con voz angustiada, de usted depende la vida de nuestro Brígido—soy su madre!

—Soy su hermana! agregó la otra, y no tenemos más apoyo sobre la tierra. Sálvelo usted, en nombre de la religión y de la sociedad!

—Oh! sí... sálvelo; él no ha querido oírnos, y se ha molestado; el hombre con quien va á batirse es inexorable, y nos ha despedido bruscamente... No deje usted sacrificar esa preciosa existencia á la política. En nombre del cielo, sálvelo usted; Brígido es dócil, y como usted es su amigo...

—Mi hermano se permitió hacerles notar, que ya era tarde, que Brígido no era dócil, que el público se ocupaba del asunto, y que el honor de todos estaba seriamente comprometido con aquella lamentable imprudencia de Brígido.

—Pues bien! contestó la madre con tono sentencioso: cúmplase la voluntad de usted; sacrifique usted á una vanidad insensata la vida de mi hijo; pero tenga entendido que nuestras lágrimas, nuestro desamparo, nuestra miseria... Oye usted? todo, todo...

—Basta, señora! exclamó Blas conmovido, haré lo que me sea posible, y salió, precipitadamente, porque el reloj acababa de marcar las cinco. Las señoras se volvieron á sus casas confiadas en la promesa que le habían arrancado á Blas, y éste fué á ocupar su puesto en el campo del honor, situado en un arrabal de la ciudad, á espaldas de una tenería, entre unos barrancos, mudos testigos de la satisfacción que allí tomaron los ofendidos de sus ofensores.

Reunidos los personajes en el punto citado, los padrinos midieron veinte pasos, cargaron una de las pistolas, las pusieron en un saco y cada cual sacó una sin verla.—Se colocaron, se dió la voz de “á las tres!”, salió un tiro, D. Brígido quedó de pie y su adversario muerto.

Al día siguiente un número enlutado de *El Pueblo* daba la noticia del suceso en un artículo bajo el epígrafe de “La muerte está de gala,” y entre otras cosas decía: “Este cruel asesinato que deja en la miseria á nueve huérfanos, es el resultado de una infame maquinación dictada por el espíritu de partido: Sabemos que el padrino de Brígido Matamoros ofreció á la familia de éste, *salvarlo*, promesa que le ha cumplido, dando al desventurado amigo, cuya pérdida lamentamos, la pistola descargada, para salvar á su amigo, á su copartidario, compañero de picardías en la Asamblea, y autor del crimen de que nos ocupamos.”

IV

Un día pasaba mi hermano muy de carrera á poner sus cartas en el correo que iba á ser despachado en el

momento; pero en el camino fué detenido por su compadre Ledezma.

—Qué hay? le dijo mi hermano.

—Que viene usted oportunamente, compadre, y sin darle más explicaciones, lo hizo entrar en un almacén. Se trata de una firmita suya, agregó, presentándole la pluma y un manuscrito de treinta fojas por lo menos, escrito en linda letra y firmado por muchos comerciantes respetables.

—Pero, bien, dijo mi hermano, hojeando el cuadernillo y vacilando, de qué se trata?

—De elevar una representación al Congreso pidiéndole una ley que favorezca ciertos documentos de deuda pública interior, que hoy están abatidos en el mercado.

—Bien, pero yo nunca he negociado con papeles de deuda pública, y no soy, ni he sido tenedor de ninguna clase de ellos, contestó Blas.

—Pero su firma es muy respetable, y precisamente son éstas las que imprimen cierto carácter á la representación: ahí están varias de personas que se encuentran en el mismo caso de usted, y que no por eso se han denegado; además, usted sabe que si no conseguimos que esos documentos mejoren de condición, me arruinaré, *y como usted es mi amigo...*

—Me basta, contestó mi pobre hermano, y firmó. Su compadre le dió las gracias, y le convidó para que le acompañara al día siguiente á la barra de la Cámara á oír leer la representación, que en su concepto era una pieza completa, aunque redactada por él.

En efecto, al día siguiente concurrió Blas con su compadre á la barra. La lectura de la representación había sido terminada. Un Diputado había pedido la palabra, y en el momento en que entró mi hermano se expresaba así: “¿Los sanguijuelas que se alimentan con la sangre del pueblo; los agiotistas que roban el trabajo del pobre

empleado, son los que tienen la insolencia de venir á ultrajar la dignidad de la Cámara con frases semejantes? Hablar de dictaduras en la tierra de la libertad, es ofender el buen sentido del pueblo que ellos roban; sí, señor Presidente, del pueblo que roban. ¿Quiere saber éste quiénes son sus verdugos? ahí están sus nombres al pie de la representación en que piden todavía más ganancia de la que han alcanzado al comprar el sudor de los servidores del Gobierno por un pan!”

—Bravo! gritaron los de la barra entusiasmados, y Blas y su compadre tuvieron que salir del salón en medio de la rechifla del pueblo.

—Mueran los agiotistas!

—Que mueran! gritaban todavía cuando llegaron á la calle, en la cual, el compadre Ledezma corrió creyendo que el pueblo le seguía.

V

Pioquinto Arteaga nunca tuvo oficina, ni escritorio, ni caja, no obstante que sus numerosos negocios lo requerían. Estas fueron precisamente las poderosas razones que presentó á mi pobre hermano Blas el día en que le suplicó que recibiera por su cuenta mil pesos que debía entregar un deudor suyo.

—Y como no tengo á dónde llevar ese dinero, agregó, *y como usted es mi amigo...* voy á causarle esta pequeña molestia que procuraré hacer lo menos pesada que sea posible, y en apoyo de su dicho le explicó que el dinero ya estaba contado y revisado por él, quedando así reducida la comisión de mi hermano, á guardarlo en su caja mientras que D. Pioquinto disponía de él.

Inmediatamente que Blas recibió la cantidad expresada empezó á cubrir órdenes escritas y verbales de Pio-

quinto, las cuales llegaban ya en el momento en que Blas estaba despachando algún negocio propio, ó cuando había cerrado la caja ó la puerta del almacén para ir á comer; ó á su casa cuando estaba á la mesa, ó los domingos en que no quería salir. Algunas veces llegaba Pioquinto, pedía la llave de la caja, sacaba cantidades que guardaba en su bolsillo, y sin dar explicación alguna se retiraba. Estas operaciones duraron tres meses, y por último recibió mi hermano una letra á la *vista* por doscientos pesos, que según lo expresaba el documento, formaban el saldo de la cuenta de Pioquinto. Revisada la existencia de dinero por Blas, resultaron en la mochila ciento cincuenta y cinco pesos, y de ellos dos falsos y dos *tapados*; pero mi hermano cubrió el valor de la letra, poniendo de sus fondos la diferencia, para evitar complicaciones á Pioquinto.

Por la tarde se sorprendió éste al saber por mi hermano lo ocurrido; pidió lápiz y papel; hizo sus cuentas, y al cabo de un rato dijo á Blas lentamente, y retorciéndose el bigote:

—Pues no sé cómo sea esto, porque mis cuentas me dan doscientos pesos de saldo, ó las matemáticas fallan. En cuanto á las monedas falsas y á las *tapadas* tampoco me doy explicación: usted sabe, añadió con tono magistral, que yo mismo recibí ese dinero. Pero, en fin, agregé levantando los hombros y arqueando las cejas con cierto aire de forzada resignación, así será. . . . Yo pagaré á usted lo que ha tenido la bondad de suplirme, dijo, y se despidió de mi hermano, no muy satisfecho de los servicios prestados por este pobre, que á las molestias que le había causado la comisión expresada, agregó la de sentir su amor propio herido con la nueva sandez de Pioquinto. Tuvo que esperar más de un año para recibir la suma que suplió desinteresadamente, la cual le fué entregada en monedas de baja ley y casi sin marca, por el Tesorero del Distrito,

por cuenta de un contrato celebrado por Pioquinto con la Municipalidad, y cuyo libramiento, según dijo el Tesorero, tenía carácter de preferencia. Al recoger mi hermano el dinero de la mesa de la Tesorería, que estaba rodeada de empleados pobres á quienes se les debía su sueldo de dos meses, y que esperaban un suplemento por cuenta de su haber. Uno de ellos exclamó, dirigiéndose á Blas:

—Para estos agiotistas usureros sí hay fondos con qué pagarles sus *ladroneras* religiosamente, en tanto que nosotros los servidores del Distrito, no recibimos ya ni aun la especie de limosna con que se nos humilla.

VI

Mi hermano Blas fué sometido á muchas otras pruebas de las cuales me ocuparía extensamente, si no temiera cansar á usted. Dotado de un carácter bondadoso, fué siempre servidor obligado y jamás servido de los que se titularon sus amigos. Él que á nadie le causó mal por sus propios actos, y que consagró su tiempo, su fortuna y todos sus recursos á las exigencias de los demás, tuvo, sin embargo, enemigos irreconciliables: los liberales le llamaron godo; los godos hereje; los masones beato; las beatas ateo, y unos y otros, pícaro, intrigante y solapado. Mi hermano fué árbitro en las cuestiones de más difícil solución; tesorero de varias juntas piadosas; encargado de dar á los interesados la noticia de la muerte de sus parientes; examinador de opositores á escuelas en el Estado; agente para recibir suscripciones, recomendado para vender y para avaluar joyas de personas arruinadas; fiador de paz; miembro del Gran Jurado electoral, é interventor en muchos otros asuntos extraños á su profesión, á su carácter y á su estado; y, por último, la víctima inocente para quien no hubo hogar, ni familia, ni dicha, porque todo lo sacrificó véamos cómo:

Se acercaba la época en que Blas debía casarse con Inés de Luna, joven y bella señorita, á quien amaba desde niño. Inés era hija de la señora Agustina del Valle, y hermana de Julia y de Santiago. Tanto su padre, que había muerto hacía algunos meses, como Doña Agustina, estimaron siempre á mi hermano y le amaron como á hijo desde el momento en que les expresó el pensamiento que tenía de ser el esposo de su adorada Inés. Muerto el padre de tan distinguida familia, Doña Agustina halló siempre en la persona de mi hermano á su consejero más sensato y más desinteresado, á su amigo más franco y más leal, y al caballero cumplido que iba á ser el apoyo de la familia, y el orgullo de Inés, que tanto lo amaba.

Un día llamó Doña Agustina á mi hermano con cierto aire misterioso. Blas la siguió, y un momento después se les vió conversando en voz baja en uno de los ángulos del salón principal. La señora le dijo allí, que un joven Rosas, hijo de un gamonal de Provincia, que había venido á Bogotá con el objeto de estudiar, hacía algunos años, y que había sido presentado en la casa por Santiago, el hermano de Inés y de Julia, acababa de pedir, por medio de una carta romántica, y de la manera más terminante, la mano de ésta. Que ella, no teniendo conocimiento de las condiciones del joven Rosas, se había limitado á tener una conferencia con Julia sobre el particular, en la cual Julia le había manifestado que simpatizaba con él; pero que careciendo aún de los datos que estimaba necesarios para resolver tan grave asunto, y tratándose de su porvenir, nada se atrevía á determinar por sí, por cuyo motivo sólo haría lo que su madre ó mi hermano resolvieran. Blas que, conociendo las intenciones de Rosas se había anticipado á tomar informes fidedignos sobre la calidad y costumbres de tan elegante caballerito, correspondió á la confianza de la familia, comunicando á

Doña Agustina todo lo que sabía, lo cual no era por cierto muy favorable para aquél. En virtud de esta conferencia, y de acuerdo con Julia y con Inés, fué contestada la carta del señor Rosas, diciéndole que Julia era aún muy joven; que estimaba la bondad del caballero que pedía su mano; pero que habiendo resuelto que no se casase antes de seis años, las manifestaciones de afecto con que la distinguía eran por el momento innecesarias, y tal vez perjudiciales al porvenir de los dos. Cuando Santiago supo lo que se había contestado á su grande y buen amigo, hizo constar su voto negativo en esta resolución; dijo que él era conocedor del mérito de su condiscípulo; que había sido su confidente; que por eso le había llevado á la casa, y que habiéndole hecho concebir esperanzas respecto de sus pretensiones para con Julia, no podía prestarse á autorizar la farsa ridícula inventada por Blas, para despedirle de una manera tan cruel, como innecesaria por Rosas, que era un modelo, á quien mi hermano odiaba por capricho; y concluyó añadiendo que ya que el mal estaba causado, pues la carta estaba en su destino, él se vindicaría á los ojos de su amigo, haciéndole saber que mi hermano, cuya insoportable dictadura era preciso abatir, era quien desacreditándole le había causado el sonrojo y el daño de que era víctima.

Santiago cumplió lo que ofreció. Dos días después recibió mi hermano un billete en el cual le proponía un duelo á muerte el caballero Rosas, previniéndole que, si no se prestaba á batirse, moriría en sus manos como un perro, pues estaba resuelto á darle la muerte donde lo encontrara. Mi hermano no admitió el duelo. A las doce del mismo día dos caballeros se encontraron en una calle de la ciudad; cinco tiros salieron de una arma de fuego, corrió la gente, se formó un grupo inmenso...

—Qué hay! grité yo, que preveía lo que pasó y que

llegué jadeante apartando las gentes que formaban el tumulto.

El cadáver de mi pobre y bondadoso hermano, ensangrentado, y tibio aún, fué la respuesta que llegó á mi alma.



MI FAMILIA VIAJANDO.

A JOSE MARIA SAMPER.

I

SI USTED, señor lector, es una de las personas que formaron un corrillo de curiosos agrupado á la puerta de la casa de mi primo, el día en que nos fuimos con la familia á pasar unos días en el campo; si con tal motivo es uno de los que allí presenciaron el gracioso espectáculo que ofrecía á los transeuntes ñor Blás, arreglando el carro conductor de los colchones y baúles que seguían á su bordo con dirección á Fucha; si usted oyó los gritos de los criados y vió las angustias de la señora, y fué cómplice ó auxiliador de los que nos robaron la parrilla y la botella con el vinagre que la cocinera trajo al zaguán, y que se perdieron en aquel memorable día, venga conmigo para que yo le imponga de los importantes sucesos que tuvieron lugar luégo que usted abandonó la escena.

Pero si usted no estuvo allí, ni tiene noticia de tales hechos, venga con más razón, porque así me dará el placer de que sea yo el que le cuente, con todos los pelos y seña-

les, cómo y cuándo se llevó á efecto el viaje de la familia de mi primo.

Y en uno y otro caso permítame usted, señor lector, que le presente esta parte de mi familia: mi primo, la señora, sus dos hijas, Leonor y Julia, y sus dos niños, Enrique y Eduardo.

Introducido usted al conocimiento de los míos, permítame aún una pequeña digresión, y excuse el que contra mi habitual modestia tenga que ocuparme de mí: Yo soy un primo inmejorable, soltero y mayor de edad, muy querido de los muchachos, y dotado de un buen gusto parroquial, tan reconocido en casa, que al tratarse, por ejemplo, de preparar una cuelga, soy el escogido para comprarla, porque lo repito, no conozco rival al tratarse de escoger un frasco de agua de colonia en el almacén de Bonnet, y el estudio de los detalles de un portamoneda ó de una corbata, me pertenece en todo caso. Tengo naturalmente voz y voto en las deliberaciones de familia, y soy el confidente obligado de mis primos queridos y de mis lindas sobrinas Leonor y Julia.

Tratándose, pues, de un asunto tan grave como era el de trasladar la familia á gozar de mejores días en el campo, fuí llamado en el acto en que tal cosa se pensó, para que les hiciera las indicaciones convenientes y para que les ayudara á llevar á cabo su viaje, conciliando todas estas circunstancias:

Que Leonor ama tanto la soledad y el misterioso rumor de la gruta sombría (son sus palabras), como la sencilla cabaña del labriego y como todos los inocentes placeres del campo; pero que le tiene horror á una mula conductora, á los caminos de Pacho, de Fusagasugá ó de Villeta, y á servirle de tipo al señor Groot para otro viaje á Ubaque. Detesta, pues, los viajes largos y los malos caminos.

Que á Julia le encantan las naranjas y le gusta nadar

y ver los trapiches y coger los cocuyos; que sabe manejar un caballo y que no le tiene miedo al mal camino; pero que se le irritan los ojos al pisar la tierra caliente; que se moriría de horror si un alacrán se colocara debajo de la almohada de su catre, ó si una culebra se posara sobre la bata de muselina abandonada á la orilla del baño que tanto ama. No está, pues, por Fusagasugá, ni por Pacho ni por Villeta, y Ubaque le parece muy triste.

Que mi prima cree que ya que se hace el sacrificio de mover la familia y de salir al campo, debe hacerse el viaje á un lugar distante para pasar unos días sin los inconvenientes de la ciudad y para descansar y para divertirse; pero que para esto hay entre otros obstáculos, el de que la cocinera ha declarado que no sabe montar á caballo y que no podrá acompañar á la familia, por otras razones de *Estado* "que ignora hasta el Ministerio."

Que mi primo es de infantería, y que no pudiendo abandonar ni sus propios negocios, ni los ajenos que le están recomendados, es partidario de Fuchá ó de Chapinero.

En cuanto á mí, estaba dispuesto á seguirles á donde quisieran.

Oídas las opiniones sobre la materia, y conciliando en lo posible tantos y tan encontrados intereses, resolvimos que saldríamos á pasar una temporada en una quinta cerca de la ciudad. Que yo acompañaría á la familia constantemente; que mi primo almorzaría en la Quinta, que vendría á ocuparse de sus negocios en la ciudad, y que regresaría por la tarde.

Se señaló para el viaje el sábado inmediato y se repartieron las comisiones entre mi primo y yo, tocándome el desempeño de las siguientes:

La de buscar un carro grande para las camas, mesas y silletas, el almofrej y todos los demás chismes que el

señor lector vió ó no cargar; y otro carro, con cubierta, para los dos niños, para las criadas, para el perro y para los canastos en que iban los vasos de cristal, las frutas y los canarios.

La de tomar en alquiler una Quinta, dos vacas, un burro para llevar el agua, un caballito para trasladar el mercado los viernes, y un carruaje en que cupiéramos mi primo, mi prima, Leonor, Julia, el cochero y yo; seis por todos, que si éramos en verdad muchos para un ex-carruaje de los que se nos alquilan, también era cierto que no podría pasar el ómnibus ni para Chapinero ni para Fucha, porque en ambos caminos había muy malos pasos para aquel vehículo, según informes fidedignos.

Ñor Lara quedó de darme los dos carros para el sábado á las cinco de la mañana, *precisamente*; y ajustado el alquiler del carruaje en la agencia respectiva, y el de la Quinta con su dueño, que me facilitó lo demás, procedimos á comprar otras cositas que necesitaban las muchachas y mi prima, á saber:

Dos sombreros de terciopelo negro con cola de crespón azul ó blanco y con velo; unos sobretodos elegantes; unos paraguítas, porque las sombrillas no sirven para el campo; unas lanas merinas bien lindas; unas agujas para *crochet*; una pelota de caucho y una cometa.

Arreglados estos preliminares, se procedió el viernes por la tarde á preparar los baúles y los sacos para que estuvieran listos á las cinco de la mañana del sábado, hora en que debían llegar los carros de ñor Lara.

Leonor colocó en su pequeño saco de noche, y á la luz de una lámpara de kerosina, *les poudres de riz*, la *philocomme*, *les enveloppes* para su correspondencia con Lía Orejuela, su amiga predilecta; tres tomos de "Los Miserables" y la "Cruz de Berny;" su album de retratos fotográficos, cuellos, guantes, esencia de violetas y el libro de sus memorias, obra póstuma dedicada también á Lía.

Julia colocó á su vez en su cajita, con llave, sus bordados y *crochet* que estaba haciendo para el bazar de los pobres; el corte de chinelas que había empezado á llenar con primorosas flores de seda, para colgar á su papá; sus lápices, su caja de colores, sus cepillos y peinillas, su redcilla y otros objetos de uso; una flor seca que guardó con mucho esmero, y algunos libros inofensivos.

Mi prima descollaba en el fondo de su cuarto, rodeada de baúles, de ropa blanca y de envoltorios; y ayudada de la aplanchadora Eduvigis, y de Enrique y Eduardo, colocó en los baúles y petacas lo siguiente:

Los platos hondos y los pandos; la sopera, los platos dulceros y los pozuelos, en amable sociedad con las camisas de mi primo. Los tenedores y los cuchillos, el cucharón y las cucharas, envueltas en el *Diario Oficial*; las talegas con el chocolate, el bizcocho calado, el arroz y el café, los manteles, las sábanas y las fundas; las ropas de los niños y de las muchachas, el calentador, el aceite de almendras, los zapatones de caucho, varias yerbas secas en paquetes rotulados, las planchas y multitud de objetos más que fueron colocados para que siguieran revueltos y confundidos, como marchamos los colombianos.

II

Llegó el sábado inmediato señalado para la partida. Las ocho de la mañana serían, cuando salté de mi cama, sorprendido por un rayo de luz que, atravesando una rendija de la ventana de mi cuarto, llegó hasta mí. Salí y me dirigí á la casa de mi primo, apresurando el paso. Cuando llegué, la casa estaba en silencio. Era seguro que habían partido, porque los carros de ñor Lara, que naturalmente habían sido despachados desde las cinco y media de la mañana, habían dejado á la familia en la facilidad de seguir á las seis, como lo deseaba mi primo.

—Así sí se puede viajar! decía yo para mí, subiendo las escaleras de la casa de mi primo... así sí...

Pero me había equivocado. En el corredor encontré los baúles, las petacas, los sacos de noche y el almofrej sin arreglar, aguardando los carros de ñor Lara.

—¿Qué es esto, le pregunté á la china Sacramento que jugaba con el gato en el corredor principal, no se han ido todavía?

—No se han *levantao*, mi amo.

—Y los carros de ñor Lara?

—No han venido ningunos carros.

—Y el coche?

—No sé, mi amo.

Tan importante diálogo fué interrumpido por Leonor que, con un elegante traje gris, su sobretodo, y su lindísimo sombrero de viaje, se me presentó sonriendo y abrochando el botón de su delicado guante color habano con manopla de charol.

—Oh! me dijo, ya usted ve, amado tío, que en este país somos incorregibles; son casi las nueve, agregó mirando su reloj, y en esta casa no se da providencia de llevar á cabo el viaje señalado para las seis de la mañana.

—¿Oh sí!... iba á contestar á mi sobrina, cuando llamaron á la puerta de la calle.

—Quién es?

—Que si aquí es la casa del caballero que le pidió unos carros al amo Lara.

—¿Ah, sí... sí! suba usted por los baúles y...

—No, mi caballero... Es que le manda preguntar mi amo Lara á la persona de *sumercé*, que si los carros son para hoy *mesmo* ó si *jué pa ayer*. Que *jué* que el patrón no se acordó hasta *hora* y los *güeyes* están *pal lao* de Engativá.

—Oh, qué gentes! exclamó Leonor entre tanto que yo despachaba al peón, ordenándole que volviera pronto.

Como no hay mal que por bien no venga, los porrazos dados en la puerta por el arriero, y su voz estrepitosa, despertaron á los que dormían, y una hora después todos gritábamos en la casa, y como buenos colombianos, todos mandábamos y disponíamos sin que ninguno hiciera cosa de provecho.

Por fin llegaron el carruaje y los carros á la puerta de la casa. La gente se agrupaba por momentos: los muchachos de mi primo bajaban y subían las escaleras haciendo un ruido infernal, aumentado por las carreras del perro y por los gritos de los carreteros que bajaban los chismes.

—*Enderézcase!* decía uno llevándose todo el empapelado de la pared con la punta de una *cuja*, que descansaba á plomo casi sobre el cogote del otro peón.

En la calle, los chinos se prendían del carruaje haciendo burla del caballo rucio conductor, que adornado con anchos anteojos de cuero negro, y agobiado tal vez por los recuerdos de un pasado más venturoso, inclinaba la cabeza suspirando tristemente.

—¿Oh qué caballo tan vulgar y tan flaco y tan embarrado! exclamó Leonor, al verlo desde el balcón. ¿Y es este el armatoste que debe conducirnos? Qué coche! qué correas añadidas con cabuya; oh qué horror...!

—Pues niña, le contestó Julia, el remedio está en la mano: su grande y buen amigo el conde de Montecristo es persona que lo entiende para esto de carruajes y de caballos con jáquimas adornadas de diamantes; pídale usted uno por el paquete y...

Leonor no la dejó concluir su broma, y tomando entre sus manos la lindísima cabeza de Julia, la dió un beso y á su vez le dirigió en voz baja alguna chanza que no oí.

—Tan boba! tan boba! le contestó Julia encendida como una grana, y sonriendo se desprendió de Leonor, haciéndole un gesto infantil y repitiéndole, tan boba!...

Terminado el almuerzo y cargados los carros, cerramos las puertas de la casa, y confundidos amos y criados, y entre gritos y ordenes y contraórdenes, bajamos las escaleras. Ya en la calle, en medio de una barra bulliciosa, tomamos los amos el carruaje, y apretándonos y sentándonos de medio lado con la mayor incomodidad posible, dimos por fin la voz de marcha.

Al segundo latigazo se movió el *relámpago*, que así se llamaba el caballo conductor, y haciendo un esfuerzo supremo arrancó nuestro pesado carruaje y nos hizo abandonar la calle, que dejamos saludando á los vecinos que se habían asomado.

A poco se nos reunieron varios amigos que iban á sacarnos, y entre los cuales eran de notarse el futuro yerno de mi primo, cuyo nombre callo; Monsieur de Venise, súbdito francés, aburrido de su patria, que viaja en América por estudiar nuestras bárbaras costumbres, y Epaminondas, Eurípides y Alicantías, jóvenes y cumplidos caballeritos, rubios y crespos como una piña, *amateurs dilettantis*, que fuman cigarrillos con pinzas de oro; figurines extraviados de *El Correo de Ultramar* cuando van á pie; modelos ecuestres, falsos sabaneros triple-dorados cuando montan los magníficos caballos de Bonza; insignes bailarines que se derriten en dulcísimas sonrisas al ejecutar una figura de lanceros ó al presentar sus excusas por el *camisoncidio* que ha cometido el tacón de sus brillantes botas al llevar á cabo un *straus* digno de los manes de Atila.

M. de Venise montaba una mula de alquiler, en silla orejona, con estribos de aro, botas altas y ruana de bayetón; estaba magnífico, y haciendo contraste con Epaminondas, Eurípides y Alicantías que montados en galapaguitos imperceptibles, domaban lindísimos potros, que tascaban frenos plateados pendientes de cordones y de

borlas de seda de color punzó. Sus ruanas de felpa brillante, sus zamarros de león, sus sombreros en forma de totuma, sus guantes, &c., estaban en armonía con el resto de los primores que adornaban á estos adorables amigos, compatriotas míos.

Después de los cumplimientos respectivos, encabritados los caballos, cruzadas las sonrisas y aceptados por mis sobrinas los ramos de flores que les llevaba mi futuro pariente, la mayoría resolvió que siguiéramos por la "Calle Real," y así lo hicimos, con todo el estrépito necesario para arrancar de sus escritorios á los perezosos comerciantes, y para obligarlos á asomarse á presenciar nuestra marcha triunfal hacia el sur de la ciudad.

—*Musiú!* Téngase de la *gurupera*, le gritó un *chino* al señor de Venise, cuya mula asustada con el ruido que el carruaje y los caballos hacían en el empedrado, habría puesto en grave peligro la persona del súbdito francés, si Epaminondas y Alicantías no hubieran puesto pronto remedio.

Dos carros cargados de tamo detuvieron nuestro coche en la calle de San Juan de Dios; el caballo de Alicantías salvó airado una tina y pisó unas cuantas regaderas de lata colocadas en la orilla del caño por un latonero que nos insultó al ver maltratada su propiedad, y, tropezando aquí y allá, y jugando la vida á cada paso, llegamos á Tres-esquinas en donde nos desmontamos mientras que añadían una correa del carruaje.

Mi primo y yo fuimos invitados por nuestros amigos á tomar un poco de cerveza en la tienda de la esquina. La muchacha que vendía allí chicha y pan á los indios, les desatendió mientras colocaba sobre el mostrador cuatro medias botellas corchadas y amarradas con cabuya, y un plato conteniendo trozos de queso y tajadas de pan. Mi prima y las muchachas se sentaron en el poyo que rodea

la casa por fuera, y tomaron frutas y dulces, entretanto que nosotros de pie, unos con la ruana al hombro, y otros recostados sobre el mostrador de la venta, tomábamos la exquisita cerveza de Sayer, brindando con ella "por el triunfo de la República, por los parientes del corazón, en general, y por la familia de mi primo en particular."

Las tres de la tarde serían cuando molidos y acalorados llegamos á la Quinta. En la puerta nos dejaron los amigos, excusándose de aceptar la invitación que les hicimos para que se quedaran un rato más. Ofreciéndonos en cambio pasar el día siguiente con nosotros, se despidieron, y un rato después sus caballos, puestos á galope, se perdieron de vista entre la polvareda del camino.

Cuando quedamos solamente los de la familia, nos dirigimos á la casa que estaba cerrada.

—Y las llaves? dijimos en coro.

—¡Las llaves se quedaron en Bogotá, en el escritorio de mi primo!

El carruaje se había devuelto; mi pobre primo estaba muy estropeado, y después de él, sólo yo sabía manejar la cerradura del almacén. ¡Sólo yo, pues, podía venir á pie á Bogotá y volver á pie y pronto, con las malditas llaves de la Quinta.

Al día siguiente fuí despertado por el canto de *las mirlas* y por el gorgceo de los *copetones* establecidos en los cerezos situados cerca del pequeño cuarto que se me destinó. Me levanté de mi cama y salí; la mañana era bellísima, el sol plateaba la húmeda paja gris de las chozas del camino, de las cuales se levantaban tenues espirales de humo. Recostado sobre la baranda del balcón de mi cuarto, recorrí con la vista el magnífico panorama que ofrecen nuestros campos en una mañana de verano: ví las numerosas torres y tejados de Bogotá que se divisaban á lo lejos entre la bruma transparente, y suspiré entristecido por el recuerdo de los primeros años.

Todos dormían en la casa, y entre tanto que despertaban recorrí los alrededores de la Quinta; tomé las escasas flores que encontré en el rosal de enredadera que cubría las piedras de una cerca vecina, y volví á la casa. Las paredes de los corredores bajos tenían letreros como éstos: "*Aquí estuvimos las Penagos el 14 de octubre de 180054.*" "*Mueran los rojos insulpadores de la rreligión.*" "*Abago los godos.*" "*Biba el Gran Jeneral.*" "*¡Esto es hecho, yo me marchó, adios Marcela!*" Y otros en verso, como éstos:

"Y vióse de la noche en el fulgor
Y á la pálida luz de dos blandones,
Un fraile que comiendo mogicones
Se elevaba hacia el trono del Señor."

"Mármol no quiero yo para mi tumba,
Monumento de vana ostentación...."

Había además en las mismas paredes, y trazados con carbón, dos buques de vela y una vista del castillo de Bocachica, con su letrero al pie, para que el viajero no fuera á confundirlo por lo bestialmente dibujado, todo lo cual, junto con la ausencia de cerraduras en algunas puertas y de balaustres en algunas ventanas, certificaba, en unión de los girones de papel de algunas de las colgaduras de las piezas, y de otros destrozos bárbaros, que la casa se conservaba tal como la dejó el Escuadrón que la ocupó en la última campaña, sin que su dueño recibiera indemnización alguna.

III

Veinte días hacía que habitábamos en la Quinta, y que Leonor se moría de *spleen*, porque el mismo día en

que llegamos, le dijo su novio, al bajarla del coche y tomándola de brazo:

—Leonor, acepto su franqueza; pero no el desaire con que usted ha querido humillarme, estoy herido en el alma...

—Pero explíquese usted... por qué me habla así?

—Por qué?... Por qué?... le dijo con una sonrisa convulsiva. ¡La rabia me ahoga!... La rosa amarilla que había en el ramo que presenté hoy á usted, al salir de la ciudad, cayó del coche al tiempo mismo en que, por una rara casualidad, se desmontaba Alicantías para recogerla y guardarla... ¿Entiende usted, Leonor? añadió soltando su brazo con desdén...

—Y esa novela qué significa? respondió Leonor con altivez al sentirse ofendida.

—Significa, señorita, que el caballerete Alicantías ha abierto mis ojos y ha colocado... un abismo entre usted y yo.

Y sin despedirse de los demás, montó en su caballo y dejando á Leonor sorprendida y molesta, no volvió á la Quinta durante nuestra permanencia en ella.

Julia tomó un fuerte constipado y tuvo fiebre y dolor de garganta por ocho días.

Y por último, una tarde en que estábamos al pie de una cerca del camino comprando granadillas y duraznos á unos indios que traían además pollos, gallinas y huevos, fuimos sorprendidos por el señor de Venise, que venía á visitarnos, en la misma mula que el lector conoce.

Suspendimos en el acto nuestras transacciones mercantiles é invitamos al amigo para que siguiera á la casa. Se desmontó, dió la rienda á uno de los indios, ofreció su brazo á Julia y nosotros seguimos detrás.

Unas cien varas habríamos caminado, cuando pasó por

nuestro lado el mismo diablo en figura de mula, rápido como el huracán, y arrastrando una montura que recibía cuarenta patadas por segundo, cuando menos. Con el ruido de los estribos se asustaba más y más el animal que huía.

—Qué es esto! clamamos todos aterrados.

—Que lo mató! mi amo! nos contestó un campesino.

Y en efecto, á poca distancia quedaba tendido un cadáver, cubierto de sangre y de polvo.

Quién era?...

Enrique, mi sobrino Enrique, con la cabeza rota y un brazo dislocado por obra y gracia de la mula del señor de Venise.

Consternados pasamos la noche, temiendo por la vida de Enrique, y al día siguiente, en medio de la anarquía más completa, volvimos á Bogotá.

El libro de memorias de Leonor contiene, en lindísimo estilo, los pormenores de nuestra permanencia en la Quinta; á él pueden ocurrir los que los necesiten. Pero usted, amado lector, que estará ya cansado, conténtese con saber que, en resumen, hicimos lo siguiente:

Llevar el piano más tarde, y vestirnos como en la ciudad para recibir las numerosas visitas de Epaminondas, Eurípides, Alicantías, Escobedo, Rengifo, Enrile y demás amigos.

Jugar en el día al volante en el corredor, y de noche, con nuestros amigos, lotería ó juegos de prendas, hasta que nos dormíamos sobre los carteles, ó cumpliendo alguna penitencia como ésta:

“Si es hombre que haga un ramo de flores y lo dedique con verso, y si es señora, que haga un favor y un disfavor.”

Comer peor que en Bogotá, y con mil afanes y molestias para mi prima, víctima infeliz que en los veinte días no tuvo uno que no fuera de angustias por atender á los convidados.

Hacer una parte del mercado en el camino de Fucha, en vez de hacerlo en la plaza de la ciudad, y más caro y más escaso.

Ir á la venta de la esquina á ver pasar las recuas de mulas enjalmadas, y sus arrieros con mangones de cuero.

Matar sapos, en los ratos de ocio, á la orilla de las *chambas*.

Bañarnos de cuando en cuando en barro helado y con barra.

Carecer de carbón, de agua limpia y de buen pan.

Cuidar á Enrique y á Eduardo, temiendo que descendieran de algún arboloco al tomar las curubas que colgaban de él.

Coger moras entre el bosque, espinándonos en la operación las manos.

Oír el chillido de las ranas, por la tarde, á la hora de oraciones, cuando el *sol de los venados* amarilleaba los barrancos vecinos y el lejano bosque de salvios.

Temblar aterrados al sentir en las altas horas de la noche el ladrar de los perros de la Quinta,

Y por fin de fines, regresar á Bogotá enfermos, flacos, quemados y feos, todo por consecuencia de haber pasado unos días en el campo inmediato á la ciudad.

1867.

EL NIÑO AGAPITO.

EL NIÑO AGAPITO es un compatriota nuestro, cuyo retrato lo debemos al raro talento imitativo de nuestro amigo Diego Fallon. De la exactitud fotográfica con que el señor Fallon caracteriza cuanto produce su ingenio; de las pinceladas maestras con que nos deleita cuando en los ratos de intimidad nos presenta al natural los graciosos pormenores de sus cuadros, nos permitimos tomar hoy el tipo de que nos ocupamos, más con el objeto de divertirnos, que con el de presentarlo tan completo como es en el original, que requiere, como la pronunciación francesa para los aprendices, *la viva voz del maestro*.

“El niño Agapito” es una continuación de “El chino de Bogotá,” con que Januario Salgar enriqueció nuestros cuadros de costumbres nacionales. Pertenece á la dinastía de las cocineras; es una variedad de aquella familia, y no conoció á sus difuntos padres.

Patojo de profesión, fuerte en *chócolo* y *golosa*, y doctor en ambos modos de robar pañuelos, llevó á cabo, en sus primeros años, mil pillerías que quedaron siempre cubiertas por el “tenebroso velo del anónimo.”

Cuña de la barra del Senado en los días de borrasca política, centinela peligroso de los templos ó del teatro,

apedreador de primera fuerza, caudillo de los silbadores en los fuegos artificiales de las octavas de barrio, campañero insigne, acompañante de los heridos y de los animales raros que traen á la ciudad, es además la burlona plaga de los forasteros ecuestres que hacen figura ridícula, y el guía de los incautos negociantes de provincia que vienen por primera vez á Bogotá.

El *niño Agapito* conoce á todo el mundo en la ciudad, y es grande y buen amigo de las aguadoras y de los mozos de cordel. Es además el eco que lleva á las tabernas lejanas, ya la noticia del último suceso, ya el resumen del bando sobre monedas ó sobre aseo, expedido por el nuevo Alcalde del Distrito, y no solamente es inofensivo en el círculo de sus relaciones, sino que es útil á cada paso. En efecto, él es quien arma la trampa de "número cuatro" en la chichería predilecta, hace la casa para el mico, le enseña picardías á la lora y construye el palomar en el corral de la habitación de su madrina. Acompaña al Santísimo hasta el tugurio del infeliz, llevando la campana ó el farol que le fué encomendado por el sacristán, arregla el pesebre con montañas de laurel, conchas y casas de cartón en la tienda del maestro zapatero, quema los triquitraques, mueve los títeres y toca la pandereta en las hirvientes y ruidosas francachelas de Noche-buena y aguinaldos.

El *niño Agapito* es el conductor de la cometa, ó de los niños de la familia del obrero, conocido suyo, que va el domingo á "La Peña" ó al "Río del Arzobispo," y por regla general figura siempre entre los ayudantes de toda empresa de arrabal relacionada con sus amigos.

El dichoso niño creció y circuló en las calles de Bogotá, hasta que una de nuestras contiendas civiles le arrastró en el centro de una patrulla al cuartel vecino, en defensa de la patria amenazada *por los eternos enemigos del orden*. Fué inscrito en las listas del sargento Penagos y destinado

á la noble tarea de corneta del batallón que debía restaurar las libertades públicas.

Pero *Agapito*, conocedor del patio, como dicen los galleros, fugó de las filas, véamos cómo: una mañana dispuso el sargento Penagos que los muchachos destinados á la banda del Batallón, salieran á la orilla del río de San Agustín á hacer ejercicio de pito, tambor y corneta; y allí, entre las lavanderas y en presencia de tal cual burra transeunte, fué iniciado *Agapito* en los diversos tonos de la armonía musical.

—*Vos sí* que te *fregástes*, le decía, codeándole y en voz baja, á un compañero ataviado de *kepis* como él; *vos sí* que te *fregástes*, porque como *sos* pito, te romperán las *coyenturas* de los dedos *paque aprendás* á ser lo que se llama un *güen* flautín.

—Mi sargento sí que es todo un *melitar*, agregaba el bribón de manera que fuese oído por aquél; es, oís *Laurián?* lo que se llama un *güen melitar*, sí señor!

Una ligera sonrisa plegó los labios del sargento que, inclinado en favor de *Agapito*, y tal vez movido por la charla adulona de tan simpático bribón, dispuso que fuese á decirle á su querida, que estaba lavándole la ropa debajo del puente y á poca distancia, que viniera trayéndole el desayuno.

Agapito se cuadró sobre los talones, llevó la mano á la visera, hizo un saludo militar, y patojeando y saltando sobre las malvas y piedras de la orilla del río, corrió á cumplir su comisión.

Sólo que, en el desempeño de ella, traslimitó los poderes, y en vez de volverse al lado del sargento, resolvió fugarse, para lo cual tomó el barranco opuesto. Agil y rápido, se ocultó en el cancel de la iglesia vecina, de allí llegó á la sacristía, y de la sacristía salió á ocultarse trás un machón de calicanto, en donde hambriento y asusta-

do, permaneció largas horas oyendo el chillido de las ranas escondidas entre las húmedas hojas de *bijuacá*, que crecía dentro del triste y estrecho patio, que daba luz á la sacristía desierta y silenciosa del convento.

Las investigaciones del sargento Penagos no llegaron hasta el asilo del *niño Agapito*, por cualquier motivo, y éste, más tarde, dejando su escondite, salió al encuentro del lego portero cuando oyó resonar las llaves en las naves del templo, y con aire compungido se arrodilló y le dijo:

—Estoy llamado á *ilesia*, mi *paternidá*; me he *juído* de entre esos herejes *melitares*, y le ruego á mi reverencia que por el amor de Dios me salve de ellos.

Hablóle, además, de su madre enferma, de sus numerosos hermanitos, de su padre preso, y de mil enredos y farsas que hicieron que el lego conmovido le condujese al convento.

Por la noche el *niño Agapito* estaba al servicio del padre Callejas.

Activo y ligero como una comadreja, conquistó en poco tiempo las simpatías de todos en el convento, y, ya en el arreglo de los altares, ya andando por las cornisas para enlutar la iglesia, ó sirviendo en las cocinas ó en el refectorio, ó alzando los fuelles del órgano, prestó servicios importantes y oportunos.

Había una gotera en la celda? ¿Aparecía rota la jaula de *la mirla* de su paternidad? ¿Tumbó un gato los tiestos colgados á la reja, y que contenían las mejoranas que perfumaban la silenciosa estancia del padre Callejas? Pues *Agapito* lo subsanaba todo, patojeando y cantando, y expresándose en su lenguaje satírico burlesco é ingenioso.

—¿Cómo *sa vatil tré bien mister*? le decía, un día, en la oscuridad del zarzo del convento, á una *armazón* de Júdas, haciéndole una cortesía.

—*Ciudadanos* ratones, por qué *os juís*! exclamó en tono marcial al sentir ruido entre los trastajos que movía.

—Esto está medio *circunstanfláutico*, agregó al descender, lleno de telarañas, y bajando el objeto que buscaba. Y así, siempre divertido y jovial, pasó algunos meses en el convento hasta el día en que sonó el clarín vencedor.

El partido de *Agapito* acababa de alcanzar la victoria, y hubo salvas y repiques, y gritos, y libertadores que recorrieron la ciudad en la embriaguez del triunfo.

Una hora después de ocupada la plaza por los vencedores, el *niño Agapito*, jinete en un caballo flaco y viejo, tomado al enemigo sobre el campo, cruzaba los arrabales, llevando sobre su sombrero viejo y raído, el trapo insignia de los libertadores triunfantes, casi oculto entre una gran corona de saúco y de claveles de los que crecían en el huerto del convento, convertidos por *Agapito* en lauros inmarcesibles, destinados por él á orlar sus sienes victoriosas.

Más tarde llegó á una taberna situada en Belén; entró cubierto de polvo y con los labios ennegrecidos por la pólvora que acababa de restregarse, oculto en el zaguán contiguo, y jadeante y abrazando á la *cajera* y á los parroquianos, les refirió que había hecho toda la campaña; que había tomado á San Diego; que había visto morir á un *mestro* albañil muy conocido, y que sabía que iban á ser *alcauciados* los traidores prisioneros, y á petición de los que oían, y entre vaso y vaso de chicha, les explicó en estos términos los pormenores del combate:

—*Bustedes* sí conocen el “Pico de la Guacamaya,” no? Pues *güeno*, yo y el Comandante Terreros *juimos* en comisión á tomar la trinchera y á *treer* los ladrones, *oyé*?...

Subimos por el “Camino de los bizcochuelos” *direitamente* para abajo... no!... miento; eso fué *antesitos* de tomar la *Ilesia*; eso es... ¡*Caray*, cuando llegamos al alto de San Diego, me tiraron un *culebrinazo* que por pocos me *friegan*.

Ay no más, en la orillitica del barranco, *chicotiaron* al difunto Amarillo que *treya* la bandera del Batallón "Zapatoca"... Ave María! con que le volaron todo *el cráneo de la cabeza de lao á lao*; sí señor, y la bala de cañón con que me lo *achicaron* me pasó por encimita *chiflando*, y si un poquito no más se baja la condenada me *chicotea* á yo también.

Después nos *escargamos* sobre el *ciminterio* y *ay* si que *burriaba* la bala, santo Dios bendito! Yo *vide quer* juntico á yo al Coronel Robayo, aquel indio pastuso, tuer-to, *chiquirrínquis*, tan *fregao*, y *ay* no más lo esculcaron unas *guarichas*, y con que *treya* una faja de pana *de triple* llenita de onzas y de oro en polvo, y por eso no le dentró en el buche la lanza; sí, señor, porque á él lo corrieron los *orejones* por entre la *chamba jurgándole* con la cuchara en todas *direiciones*, oyé?

—Y la faja con las onzas? preguntó alguno.

—No, esa sí no la *vide* yo; eso fué que me lo contaron *endespúes*. Sabe quién? el mismo patojo que me vendió estos *antiojos* de oro que le quitó al *calabre* del difunto Robayo, sí señor.

Todos los circunstantes se agolparon sobre el mostrador para mirar los anteojos de la historia del *niño Agapito*, y como alguno mostrase horror por aquella prenda.

—No sea tan bobo! le grito *Agapito*, así *untadas* de muerto es que son *más mejores* las *altiparras*, oyé? Por eso dí por ellas nueve *riales* y ciento cincuenta botones de hueso, encimando el secreto *pa* romper la férula.... *Busté* sí conoce el secreto, no? Pues mire, se *istiende* la mano, se unta el ajo, se pone encima una cruz de pelo, se reza el credo al revés, y nada más.

Una risotada general puso término á la relación del *niño Agapito*, que concluyó por vender en cinco reales los anteojos de oro del padre Callejas, tomados como provi-

sión de viaje al dejar la vida monástica, y vendidos á vil precio, como reliquia de uno de los héroes muertos en la jornada.

Más tarde el infatigable *Agapito*, vestido de militar, ayudó á conducir los prisioneros á la cárcel, los heridos al hospital, los muertos de la ciudad al cementerio, y los caballos al potrero; y allanó casas en busca de los sospechosos, dió permiso para ver presos, y contó proezas, saludando á todos por sus nombres. Por la noche bebió y brindó por la patria, gritando los *vivas* y los *mueras* propuestos por el pueblo, y cansado y enajenado por el licor, se durmió á la madrugada, poderoso y feliz.

Pero la gloria y el poder de *Agapito* fueron transitorios y perecederos, pues en uno de los días siguientes, se encontró destronado por las autoridades constituidas legalmente, y confundido con el resto de sus conciudadanos.

El *niño Agapito* se recibió entonces de mercachifle, y recorrió las calles de Bogotá con el característico cajón colgado al cuello, conteniendo fósforos, jabones, zarcillos, papel, muñecas y otros chismes de poco valor. Al costado del cajón había este letrero: "La tertulia me perjudica. No fio."

Durante su nueva carrera, fué concurrente y pujador de los baratillos y vendutas, espía de las elegantes ventanas de los almacenes de variedades y de las cajas francesas abiertas en la calle, y se constituyó en perseguidor de los caballeros y señoras, y de los niños, con ofertas incesantes de sus mercancías, atormentando á todo el mundo con el sonsonete arrancado á una dulzaina de zinc que llevaba como adherida á la boca.

Buenas operaciones comerciales debió de llevar á cabo el *niño Agapito*, pues su vestido, mejorado en mucho, y el mayor surtido de que era dueño y que ostentaba en el zaguán de una de las casas de la "Calle Real," lo revela-

ban así. En tal estado de prosperidad se hallaba, cuando grandes cartelones tricolores, fijados en las esquinas de la ciudad, anunciaron que habría magníficas fiestas en San Victorino, en celebración del aniversario del 20 de Julio de 1810; que al despuntar la aurora del nuevo día, sería saludada por veintiún cañonazos, y otros pormenores más, que llenaban el programa acordado, cuya lectura colmó de dicha el corazón de *Agapito*.

En efecto, el 19 de Julio por la noche tuvieron lugar los fuegos artificiales, con que empezaron las fiestas. El *niño Agapito* tomó la calle formada por los toldos, especie de restauradores improvisados á la entrada; se deslizó por entre el tumulto, y aspirando el olor de las cenas nacionales, oyendo las dulces notas de la bandola, las sentidas quejas del bambuco y las graciosas coplas del bunde antioqueño, llegó á un toldo que estaba alumbrado por un farol de *percala* rosada, adornado con una corona de rosas mónstruos, monstruosamente pintadas, y que encerraban este letrero, muestra de la literatura del *niño Agapito*:

“Aquí cachacos de la fraternidad!”

Cuando llegó al toldo citado, se puso á contemplar su obra, y recargado sobre la vara cubierta de laurel que defendía el mostrador, recorrió con aire satisfecho y con particular interés, las ensaladas y las frías gallinas colocadas en las bandejas de loza, los frascos con mistelas, los dulces, los cigarros, cigarrillos y demás variedades que formaban los valores encargados á una primorosa muchacha de diez y ocho años, fresca y rolliza, de ojos garzos y pelo negro, hija de la empresaria del toldo, y que en aquel momento atendía á varios bebedores en la trastienda.

—Buenas noches, *Duvíges*, dijo el *niño Agapito*, saludando á la muchacha, cuando entró en la tienda del toldo.

—Qué milagro es verlo, *Agapito*?... contestó *Eduvigis* azorada, alargándole por encima del mostrador la linda mano que *Agapito* apretó con cariño y que ella retiró entre asustada y sonriente.

—Qué ha hecho su persona, agregó *Agapito*, ¿y cómo le va *iyendo* de fiestas *riales*?

—Bien; mi mamá lo necesitaba, y usted no se ha dejado ver en toda la tarde, le dijo *Eduvigis*, con cierto tono de celosa reconvención.

—Buscando las *caspicias*, oyé? Porque esto de venir á fiestas como una pepa de guama no es *güeno*, y yo voy á tratar de adelantar el *prencipal* para ver si por fin...

Las oleadas de gentes que concurrían á los fuegos; los roncós golpes de tambora que llamaban á los músicos, los cohetes y el bullicio de todos, ahogaron las últimas palabras de aquel diálogo, y el *niño Agapito* se perdió entre la multitud para reaparecer recorriendo las diversas mesas en que jugaban los sirvientes, los soldados, &c., y de las cuales salían frases como éstas:

—“El con paciencia te lleven!”—“El bufete de la dama!”—“La lanza llanera atroz!”—“*Coloreó!*”—“El libro de los enredos!”—“*Blanqueó!*”—“La rosita y qué olorosa!”—“*Está tallada;*” y mil dichos y refranes más, ya cantados por un chino bizco, que rebullía las fichas contenidas en un saco de manta, ya gritadas en el monótono sonsonete de los demás talladores.

Recorridos por el *niño Agapito* los juegos, cruzó por entre la concurrencia, se situó sobre la barrera que cerraba la plazuela, y á la luz de los faroles que alumbraban escasamente los *tablados* adornados con laurel, con linones y banderolas, y al son de la ruidosa polka ejecutada por la banda militar, vió subir hacia el cielo azul y estrellado los ligeros globos de Hortúa y los cohetes de luces de colores que se perdieron en el espacio, arrancando el

aplauso de aquel concurso bullicioso, conmovido más tarde á cada paso por las *rodachinas* desprendidas de los castillos que atronaban.

De repente se oyó un murmullo sordo que creciendo, creciendo como la voz de la calumnia, estalló con el grito de *fuego!* repetido en mil tonos diversos. Y en efecto, el humo empezó á subir en columna espesa y asfixiante, de una vecina casa donde servían "*café, licores y cenas.*"

Todos corrieron en dirección de la casa incendiada, y un momento después las llamaradas amenazantes iluminaron sobre la cumbrera, pronta á hundirse, la simpática figura del *niño Agapito*, quien, hacha en mano, sin pensar en el propio peligro y sin remuneración alguna, jugaba heroicamente su vida en defensa de ajenos intereses.

Descendió estropeado y ennegrecido, pero no se retiró del lugar amenazado, sino cuando cesó el peligro.

—*Carai!* que por poquito se les iba *ajumando* la casa á las catires, decía cuando estuvo entre la multitud, con el mismo tono de burla con que saludaba en *lengua* á Mister Judas en el zarzo del convento.

En el curso de las fiestas el *niño Agapito* se hizo empresario de una *cachimona*. Sobre el hule rojo donde estaban pintadas las diversas faces del dado y demás juegos convencionales, brillaban en la mesa de *Agapito*, la víspera de acabarse las fiestas, más de doscientos pesos ganados por él en su nuevo oficio.

Rico y feliz, le declaró formalmente á la madre de Eduvigis, su amor á ésta y el pensamiento de casarse con ella. Fué Eduvigis, la linda venterita del toldo, la compañera de *Agapito* cuando ambos eran niños; á ella le regalaba el travieso amigo las chisgas cogidas en la la trampa puesta entre el maizal de la huerta vecina; las frutas robadas en el mercado, ó los nidos de *copetones* sorprendidos para ella en las altas copas de los cerezos de

"*Frascati.*" Juntos jugaban en la calle, los domingos, al *toro* y á la *gallina ciega*, y *Agapito* era el que lleno de afecto, la llevaba á la escuela pública, y el que la traía á la casita de la madre, cuidándola como al sér más querido por él.

Concertado el matrimonio, que había sido el sueño dorado de *Agapito*, se retiró á su mesa de juego "más dichoso que un rey," y con la faz radiante atendió las apuestas. A la madrugada, un jugador desconocido colocó sobre una de las figuras ocho condores.

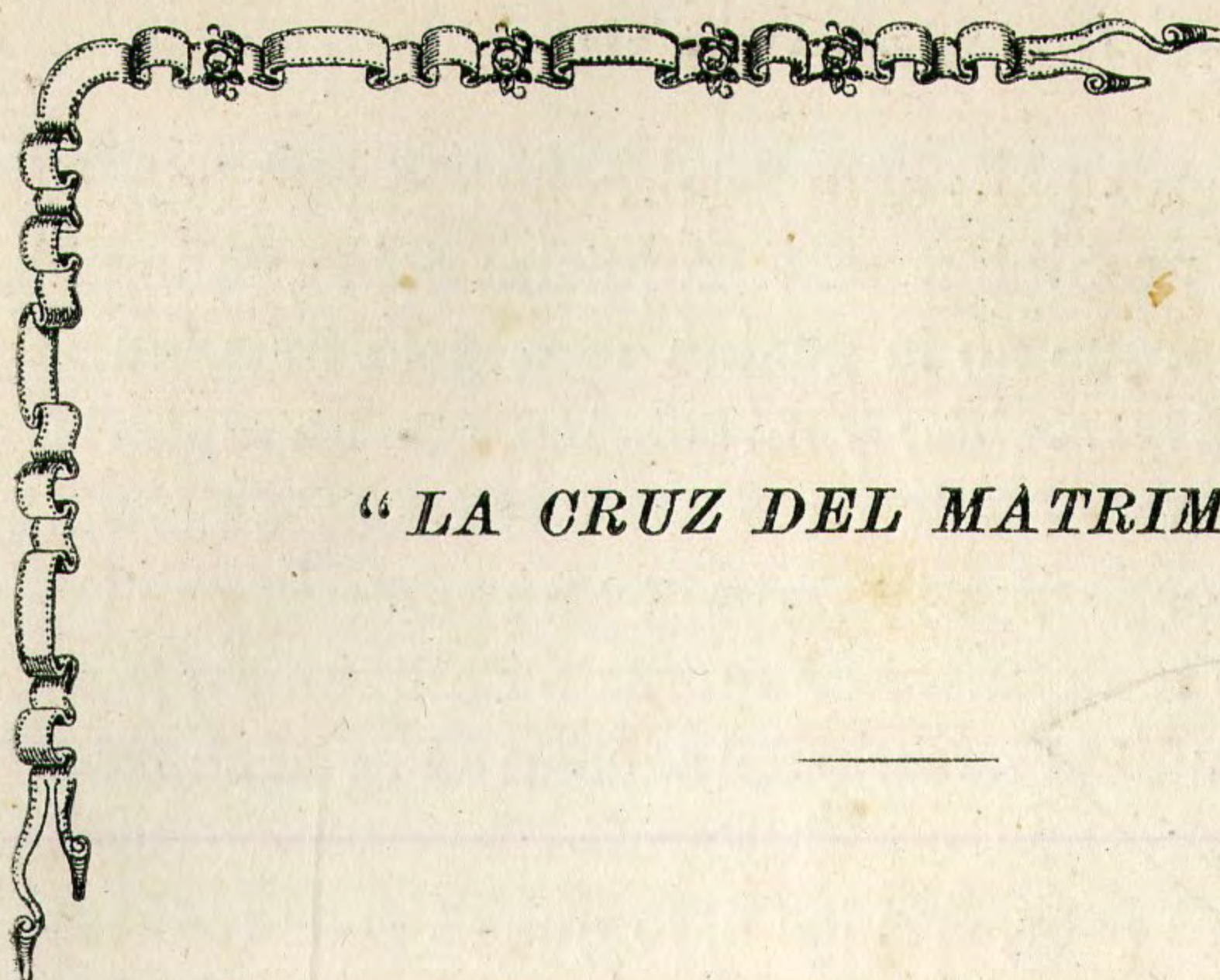
—Pago, dijo *Agapito*, y el dado corrió por entre la garganta de la *cachimona*. Los ojos de los jugadores brillaron casi extraviados siguiendo la dirección del dado, y *Agapito*, trémulo, recogió la apuesta que acababa de ganar.

Pero al amanecer, el jugador desconocido se retiró de la mesa, llevándose entre un pañuelo de seda el *prencipal* y las ganancias del *niño Agapito*, que acababa de ser desbancado al terminar la última hora de las fiestas nacionales. Pensativo y cabizbajo volvió al toldo. La mañana era opaca y lluviosa, y al pie de un *tablado* inmediato cantaban dos mocetones, al son de un tiple ronco y destemplado como las gargantas de los citados trovadores, un bambuco triste como el alma del *niño Agapito*, que tomó el desayuno que le sirvió Eduvigis, sumergido por la vez primera en las serias reflexiones de su nueva situación.

Después de las fiestas el *niño Agapito* se hizo empa-lador y pintor de zócalos, y más tarde, protegido por su nueva madre, la madre de Eduvigis su esposa, viajó á Honda y á Ambalema, negoció en loza y otras mercancías que tomó en aquellos mercados, y algunos años después, acomodado y feliz, no fué ya el personaje de quien nos hemos ocupado, sino el honrado y afectuoso padre de familia y el vecino importante del barrio, trabajador, afable y laborioso, á quien todos conocemos, y en cuya especie dege-

nera casi siempre, ese conjunto simpático de malicia y de ignorancia, de travesura y de gracia, ligero, activo, servicial y decidor ingenioso, á quien el inimitable Diego Fallon ha caracterizado con el nombre de *El niño Agapito*.

A.R.V.



“LA CRUZ DEL MATRIMONIO.”

LA CASA de mi sobrino servirá de teatro en esta vez. Mi sobrino es un excelente muchacho, que sabría hacer amable la vida de los suyos, si esto dependiera únicamente de él ó de su esposa encantadora.

Pero la *Hidra de la Discordia*, huyendo de las proclamas fósiles de los peroradores que exponen al pueblo las necesidades de la Patria, se ha refugiado en la casa de mi sobrino, y allí vive, entre el aroma de las flores, como viven los gusanos en el fondo rosado y blando de las más perfumadas guayabas tolimenses.

Dije que mi sobrino es un muchacho excelente, y es la verdad: cuanto pudiera dictársele al hombre amado como programa para hacer la dicha perfecta de un matrimonio, lo ha puesto en planta mi sobrino al establecer su casa y sus costumbres.

Cuanto una mujer enamorada pudiera hacer en obsequio del feliz compañero de su vida, para corresponderle sus delicadas atenciones, lo ha llevado á la casa de mi sobrino, Pepita, su esposa, vida de aquel hogar *confortable*, cuya dicha soñaron.

Si esta pareja hubiera ocupado, por ejemplo, el Paraíso terrenal, la suerte del mundo hubiera sido muy distinta.

Qué par de caracteres para aquella prueba! Pepita habría hecho de la fruta prohibida una exquisita jalea, que no habría probado, porque no le gustan esas golosinas, aunque sabe hacerlas *á merveille*; y mi sobrino, que en materia de dulces no admite término medio, tampoco la habría probado. En efecto, para mi sobrino es un sofisma eso de que haya dulce de manzanas, de moras ó de limones, y se ríe de ellos como pudiera hacerlo del zancarrón de Mahoma.

Como no consta que en el Paraíso hubiera habido criadas ni, lo que es peor, criados ó, lo que es peor todavía que ambos, los *chinos*, ó sean los hijos de las criadas, puede asegurarse que mi sobrino y su compañera, habrían disfrutado de la vida en regla, y que la existencia suya se habría deslizado tranquilamente entre los goces dulcísimos de dos almas puras que se aman y que se comprenden, lo cual les está vedado entre nosotros, porque llevarán á todas partes, como Caín el sello de la reprobación, el elemento anárquico, mortificante, ruinoso y necesario que afecta y que afectará siempre la dicha que quisieran alcanzar.

Estamos, pues, en la casa de mi sobrino; bonita casa, modestamente amueblada, y digna, por sus pormenores, de mi amada pareja; perfumado vaso, que guarda en el fondo el veneno de los Borgias; nido de rosas, que alberga no culebras sino criadas.

Pero tal vez convendrá que antes de continuar fijemos ciertas reglas generales, como punto de partida:

Las criadas no tienen apellido: de aquí la necesidad de que cuando haya dos del mismo nombre, usemos del sobrenombre para distinguirlas, ya que los números romanos son del uso particular de los soberanos del mundo. *Pía la tusa*, no es, pues, *Pía la tuerta*, á quien el criado llama la *niña Impía* cuando pelean. Toda criada que entra á servir, es buena, y toda criada que sale del servicio es malísima.

Las *chinas*, sea que entren ó que salgan, son detestables; son la política de círculo aplicada al hogar, y forman el elemento precipitante ó disolvente. Son criadas en botón, así como las criadas viejas son semillas de criada.

Las diabluras que hace una criada y lo que dice de malo, lo saben mis sobrinos cuando ha dejado la casa.

Todo plato roto, toda llave torcida, toda cerradura que no cierra, toda cuchara que falta, todo cuchillo *desencabado*, toda copa *despatada*, son otros tantos daños imputables á la cuenta de la última criada que ha salido del servicio.

Las criadas no mueren nunca y todas son iguales; cambiamos, pues, de nombre al tener una criada nueva; pero es un error creer que hemos cambiado de criada.

Conocidas estas bases, véamos funcionar el elemento en la casa de mi sobrino.

—¿Qué conduce ese peón que rompe á su paso una vidriera del cuarto de costura y que, con la complicada carga que lo abrumba, arranca el empapelado de los corredores?

—La cama, los canastos y la ropa de la *niña* Engracia, criada de *adentro*, encargada de las *desmejoras* internas, que sale jurando vengarse de la *niña* Pilar que la ha ofendido.

En efecto, detrás del conductor de los bienes de la *niña* que se va, se oye un ruido como el que produce el fleco de las cometas; es el que hace el ancho y almidonado traje de la *niña* Engracia, que llega poco después al aposento de Pepita, y parándose en la puerta, dice:

—Pues *sumercé* dispense todo lo malo. Si fuera por *susmercedes*, yo seguiría en la casa; pero... agrega, rasguñando el barniz de la puerta, pero la *niña* Pilar es *muy resuelta* y...

—Pero, bien, qué te ha hecho? dice Pepita, sorprendida.

—Nada, mi señora; todo el *pique* viene de que como ella es *goda* y yo *liberala*, ha dado en llamarme *descomulgada* y *hereja*, y porque no le aguanto, por eso es el choque.

—Aquí queda interrumpido el diálogo, porque han llamado á comer.

—Pero, buen primor! le dice Pepita, en la puerta de la cocina, á Pilar. ¿Será corriente que ustedes armen pleito por cuestiones políticas?

A esta justa reconvención sigue un torrente de bestialidades dichas por la *niña* Pilar en defensa de sus opiniones y de su procedimiento, y el discurso concluye con estas palabras que llegan á los oídos de Pepita, cuando entra en el comedor.

—*Sobretodamente* que busque *sumercé* cocinera y *asina* se acabará el dedo malo, porque yo me voy.

Y por la noche se va la *niña* Pilar, tal como lo anunció, y el servicio se desorganiza, y “la vida es un tormento!”

El mercado lo hace la cocinera: ésta se fué el jueves, luego no hay cocinera que lo haga el viernes, y no hay criada que cocine en dicho día, porque la *niña* Engracia, que era la que hacía el almuerzo el viernes, entretanto que la cocinera hacía el mercado, ha dejado á su vez la casa.

Quedan: el ama, “el más feliz de los mortales,” que nada entiende de aquellos ramos y que, aun cuando entendiera, no podría atender á ellos, porque el *nene* le sacaría el alma del cuerpo á Pepita, gritando y llorando por la criada; Cruz, el *asistente*, que hará el mercado, no quedando quien ponga la mesa, ni quien sirva el almuerzo, ni quien traiga el caballo para mi sobrino que debe irse á las doce á la Sabana á terminar un negocio urgente, y la *china* Sacramento, que ayudará, Dios sabe cómo, á mi linda sobrina, en la empresa de preparar unos platos que tendrán, entre otros méritos, el de la improvisación.

Por fin, el almuerzo es servido á las once, y este resul-

tado de la crisis ministerial, coincide con la circunstancia de que, á las nueve del mismo día, tenía lugar el entierro de un amigo de mi sobrino, cuya familia aguardaba de él que concurriese á la ceremonia.

A la comida le dice Pepita á mi sobrino:

—No me disgusta que se hayan ido Engracia y Pilar, porque Engracia era muy peleadora, y Pilar tan descuidada y tan perezosa, que no me convenía. Bástete saber que la cocina estaba muy desaseada. El agua se sale del depósito, porque está roto (agrega, enumerando en sus dedos de marfil los daños); el tubo del derramadero está tapado; el piso de debajo de la tinaja muy húmedo y dañado, y una de las parrillas casi destruida por el fuego.

Desde el día siguiente, á mañana y tarde, tienen lugar entre Pepita y las diversas candidatas, diálogos como éste: (La escena pasa entre el último peldaño de la escalera, ocupado por la criada interlocutora, y la baranda superior en que se apoya Pepita).

—Cómo está usted, María?

—Buenos días, mi señora... Por aquí me mandó mi *señá* Carmelita... Que yo soy la cocinera de que la habló á *sumercé*.

—Usted es Gumercinda la que estaba?...

—Con mis amos los alemanes de la calle *rial*, mi señora.

—Y cuánto hace que salió de allá?

—Hace cinco meses; después *dentré onde* la madama de la fonda; luego *onde* el Ministro, luego *onde* mis señoras Perillas, luego estuve con los congresistas y *endespues*...

—Y cuánto gana usted?

—Pues, según, mi señora; la madama me pagaba diez pesos y me daba chocolate de azúcar y mis gratificaciones; *dentraré* por el mismo precio, siempre que no *haiga* mucho

que hacer y que la cocina no sea de estufa, porque el carbón *de herrero* fué lo que me enfermó de la *rematis*.

—Pues siento no poder recibirla, María, porque precisamente tenemos cocina de hierro y...

—Pues *güeno*, mi señora, dispense *sumercé*...

—Un momento después, la *niña* Gumercinda desciende, azotando los escalones con la crinolina.

Si la candidata es aplanchadora, el diálogo es poco más ó menos lo mismo:

—Pues yo, mi señora, sé *planchar* de todo y muy bien, menos camisas de hombre; tampoco sé rizar, ni...

—Entonces no me conviene, porque es precisamente para las camisas de Julián, que necesito una buena aplanchadora.

Si es criada de adentro, que por lo regular es una muchacha fresca y rolliza, resulta:

Que sabe *hacer* las camas, sacudir, regar las matas, poner agua en los baños, barrer las piezas *principales* y *desumar*, pero que no hará mandados con canasto, y que no llevará á la Iglesia el tapete de la señora. Tiene además, *máma*, como consta de una vieja que la acompaña, y que interrumpe el diálogo, diciendo:

—*Pus* la muchacha aunque *probe*, es muy decente, y más mejor que muchas otras *unque* me pesa el decirlo, y mejorando lo presente.

Si es criado, ha estado en todas las Legaciones, en el "Club," en el "Casino," en la "Rosa Blanca," en el "Hotel Bolívar," y en casa de todos los Generales y de todos los Representantes. Pero, por fin, de aquel cúmulo de postulantes resultan dos con quienes Pepita puede entenderse, y una vez ajustado el contrato, queda arreglado de nuevo el ministerio, y por la noche, al tomar el té, le dice á mi sobrino:

—Qué campaña! Afortunadamente creo que vamos á

descansar, porque la cocinera no tiene hijo y me ha sido muy recomendada por las Benavides, y la muchacha de adentro tiene muy buen aspecto.

En efecto, en los primeros días el servicio marcha admirablemente. Qué criadas aquellas! qué dulzura! qué suavidad! qué aseo! La nueva cocinera sirve una tortilla francesa, digna de los franceses, y un *beefsteak* delicioso, digno de la Reina Victoria.

La muchacha de adentro despierta á mis sobrinos con el ruido incesante de la escoba; los pajaritos saltan contentos entre la jaula aseada y provista, y brilla en las hojas de los geránios y de las rosas el rocío que derramó la regadera amiga.

Estas dos criadas, son, pues, un verdadero prodigio.

Pero al mes la muchacha de *adentro* empieza á tardarse en los mandados. Pepita le indica que anda muy desaseada dentro de la casa, y que sólo se peina y se muda el vestido para salir á la calle: más tarde le ruega que ponga cuidado en lo que hace, y le advierte que ha dado dos ó tres recados al revés, y que ha olvidado avisar que tal ó cual persona ha estado de visita cuando mis sobrinos no se hallaban en casa. Por último, dice que se vá, porque está sufriendo del corazón, ó porque al sacudir rompió el lindísimo florero que mi sobrino le regaló á Pepita en un cumpleaños, ó porque al barrer rompió el espejo del tocador, ó porque se le fué un canario, ó porque su taita está enfermo en Guasca y va á verlo, ó porque botó *onde* el "Sargento Prieto" la llave de la puerta de la calle, ó porque se casa, ó porque *le dá la gana*.

En cuanto á la cocinera, las razones cambian, y se va por una de éstas, ó por todas.

Porque ha peleado con el ama. En efecto, ésta alega que por odio le ha dejado ahumar la leche para el niño, y le cuenta á Pepita que casi no le da de comer, y que

por la tarde lleva á la chichería vecina cosas de la casa, con las cuales obsequia á su comadre la ventera. La cocinera á su vez dice, que el ama estruja al niño cuando llora, y le hace algunos cargos más, que dan por resultado el que los ánimos se exaltan. La cocinera se va por eso, ó porque se ha enfermado en la cocina de fierro, ó porque tiene que subir el agua, ó porque va á cumplir una promesa á Chiquinquirá, ó porque la china es muy *enredista* y le ha *urgao* su caja, como si le tuviera algo *robao*.

La aplanchadora se va regularmente porque su cuarto no tiene vidrieras, ó porque es mucha la ropa, ó porque en la Legación Peruana le han ofrecido pagarle el doble de lo que gana en casa de mi sobrino, ó porque se va para Europa con una familia, ó porque le han hablado para que aplanche las camisas de los Diputados de la Costa, ó porque, con motivo de las fiestas, va á poner toldo con un *prencipal* que le han ofrecido. Las aplanchadoras pertenecen á la aristocracia de las criadas, se visten á la moda, gastan lujo y son millonarias en pequeño, como dice Selgas hablando de las gentes acomodadas.

El criado se va por cualquier motivo, si es que no lo llevan al cuartel, ó que no lo lastima el toro en las fiestas, ó que no lo matan en las elecciones al pasar por la plaza trayendo el pan ó los helados.

Sólo las *chinas*, que no sirven sino para sembrar la discordia, ó para llevarse las agujas ó las tijeras, ó el hilo de las otras criadas, ó la pomada y los perfumes del tocador de Pepita, y para incendiar la casa; sólo las *chinas* no se van nunca.

Por lo demás, el movimiento es perpétuo, y este giro incesante en el personal del servicio, que cambia y se sucede, no como las ondas del lago, sino como aquello que más se agite y que más daños cause, es el estado normal de la casa de mi sobrino.

Veamos ahora algunas escenas. Es domingo ó día de fiesta.

—Juana!

—Mi señora?

—Mira que ya dieron el tercer repique en la Tercera.

—Sí, mi señora.

—Petra!

—Mi señora!

—Llama á Eleuteria.

—Niña Eleuteria! *niña* Eleuteria! *niiiña* Eleuteria!

—Paso! que despiertas al niño; te he dicho que no grites así.

—Que la *niña* Eleuteria está en misa *dende* las seis y no ha *güelto*.

—Cruz! grita mi sobrino desde su cuarto.

—El *niño* Cruz se *jué* á misa á *Egiuto*, contesta la cocinera.

—Usted oyó misa? pregunta Pepita á la aplanchadora.

—No, señora; oígo la de doce en Santo Domingo, porque aún no me he vestido.

De estas combinaciones resulta que á la una del día, Pepita y mi sobrino no están preparados para recibir las visitas. Mi querida sobrina está en aquella hora con traje de entre casa, porque ha tenido que oír misa, que almorzar y que quitar el polvo de las mesas y de los espejos, los forros de los canapés y de las sillas, que zahumar, que poner flores en los floreros, que vestir al chico y que atender á veinte cosas más que las criadas no han podido hacer. Cuando está peinándose cruge un traje de *moiré*, resuenan unas pisadas en la escalera, y tres golpecitos que suenan en la mesa del centro de la galería principal, le anuncian una visita. Mi sobrino ha salido á la calle, y Pepita, rápida como el relámpago, corre entre su departamento, llega al interior sin ser vista, atajando la respiración.

—Petra! (grita en secreto) Petra!... Eleuteria!... Cruz!...

Nadie responde, porque hay otra regla general, y es la de que todas las criadas son sordas.

Vuelve á llamar con angustia, y por fin la cocinera contesta con voz ronca:

—Mi señora!

—Chit!... le contesta Pepita, haciendo las más graciosas muecas, y en voz baja y precipitada: diga que no estamos aquí... Pronto! le dice, haciéndole señas hacia la galería.

—Que mis amos no están aquí, dice la cocinera, dirigiéndose á la elegante pareja que pregunta por ellos. Mi señora, agrega, está aquí en la otra casa, *onde* mi señá... aquí la de la otra casa... Ave María! ya se me olvidó el apelativo:

Esta es una viveza de la cocinera, digna de ella al fin, pues la señora de la otra casa y su marido son precisamente los que, sonriendo, sacan sus tarjetas, y le dicen:

—Entrégueles usted eso, y dígales que celebramos tenerlos de vecinos, y que sentimos no hallarles para ofrecerles personalmente nuestros servicios.

—*Güeno!* les contesta, limpiándose las manos graciosas en el delantal de lienzo, y recibiendo las tarjetas, y antes de que la visita haya bajado las escaleras, grita en el aposento de Pepita:

—Mi señá Pepita!... mi señá Pepita!... Qué se hizo mi señá Pepita?

—Chit! contesta ella, poniendo el dedo sobre sus lindos labios, é inclinando la cabeza con zozobra.

—Ya se *jueron*, y era que...

—Chit! agrega Pepita, encendida y conteniendo la respiración, al oír que el caballero le dice á la señora al salir:

—Éstas deben ser gentes muy vulgares, cuando se esconden así...

Los últimos conceptos se pierden en el zaguán al cerrar la puerta de adentro.

Esta escena, *mutatis mutandis*, se repite cuatro ó cinco veces en una hora más que gasta Pepita en vestirse; y suele suceder que en el momento en que la criada le dice á la visita que mis sobrinos han salido, se cae el niño en la alcoba, rompiendo de paso dos ó tres objetos de los que están sobre la mesa, á cuyo estrépito sigue el grito de "se mató!" que dá Pepita aterrada.

Casi á las dos de la tarde empiezan á volver las criadas de misa, y, servida la comida á las cuatro, se van á pasear otra vez, y Pepita vuelve á quedarse en la casa cuidando al niño.

A las ocho de la noche vuelven: la cocinera viene con un dolor de cabeza tan fuerte, que llega cayéndose, agobiada por él.

—Por qué fué esa tardanza? les dice Pepita con dulzura. Miren qué horas de volver á la casa!

—*Pus jué*, contesta la cocinera, que la *niña Luteria* se *topó* con unas conocidas, y se *jué pa Paloquemao*, y como se *ilataba* tanto, no la aguardamos más.

Después sirve el criado el té en la lechera y la leche en la tetera. La cocinera calienta el agua para el té en la cafetera. La criada de adentro, que sale á traer á la botillería de la esquina unos panes de yuca viejos, porque no tiene tiempo de ir por las *colaciones onde el francés*, deja la puerta de la calle abierta, y entre tanto un aficionado roba la campana del segundo portón.

La *china* se queda profundamente dormida en el suelo; arde junto un cabo de vela pegado por ella á la estera del piso, y se consume acariciando con su llama oscilante ya la cama, ya las arandelas de la camisa, ó el extremo

del pelo de la *china*, que ronca al borde de un incendio, descubierto oportunamente por casualidad.

Por último, mis sobrinos van al teatro; son las tres de la mañana, y llegan á la casa yertos y cansados. Mi sobrino mete la llave en la cerradura francesa, da dos vueltas, empuja, pero la puerta no se mueve.

Mientras que trata de abrir nuevamente, es interrumpido el silencio de la calle por los gritos de un niño.... Y ese niño que grita, es el *nene* de mis sobrinos, que se desgañita entre la cuna... *

Mi sobrino empuja la puerta, y Pepita angustiada, redobla con el golpeador, y el eco responde, pero la puerta no se abre.

Con los golpes inusitados, se despiertan los vecinos.

—Qué hay? preguntan asustados.

Los redobles, las exclamaciones de Pepita y los gritos del niño, les explican la situación. Uno de ellos abre su casa y la luna ilumina pocos momentos después la figura vacilante de mi angustiado sobrino, que elegantemente vestido y con los gemelos y el bastón en la mano, y resbalando aquí y bamboleando allá, recorre las bardas de las paredes divisorias, tumbando las tejas, á cuyo ruido se despiertan y ladran los mastines de un francés vecino.

—Ladrones! gritan en los solares contiguos, y una bala de rifle cruza el espacio silbando, en el momento en que mi sobrino cae á la huerta de su casa, estropeado y con el corazón en la boca.

Un momento después, el *nene*, casi asfixiado, está en los brazos de Pepita; las criadas duermen el sueño de los muertos, y la casa guarda el silencio de las tumbas.

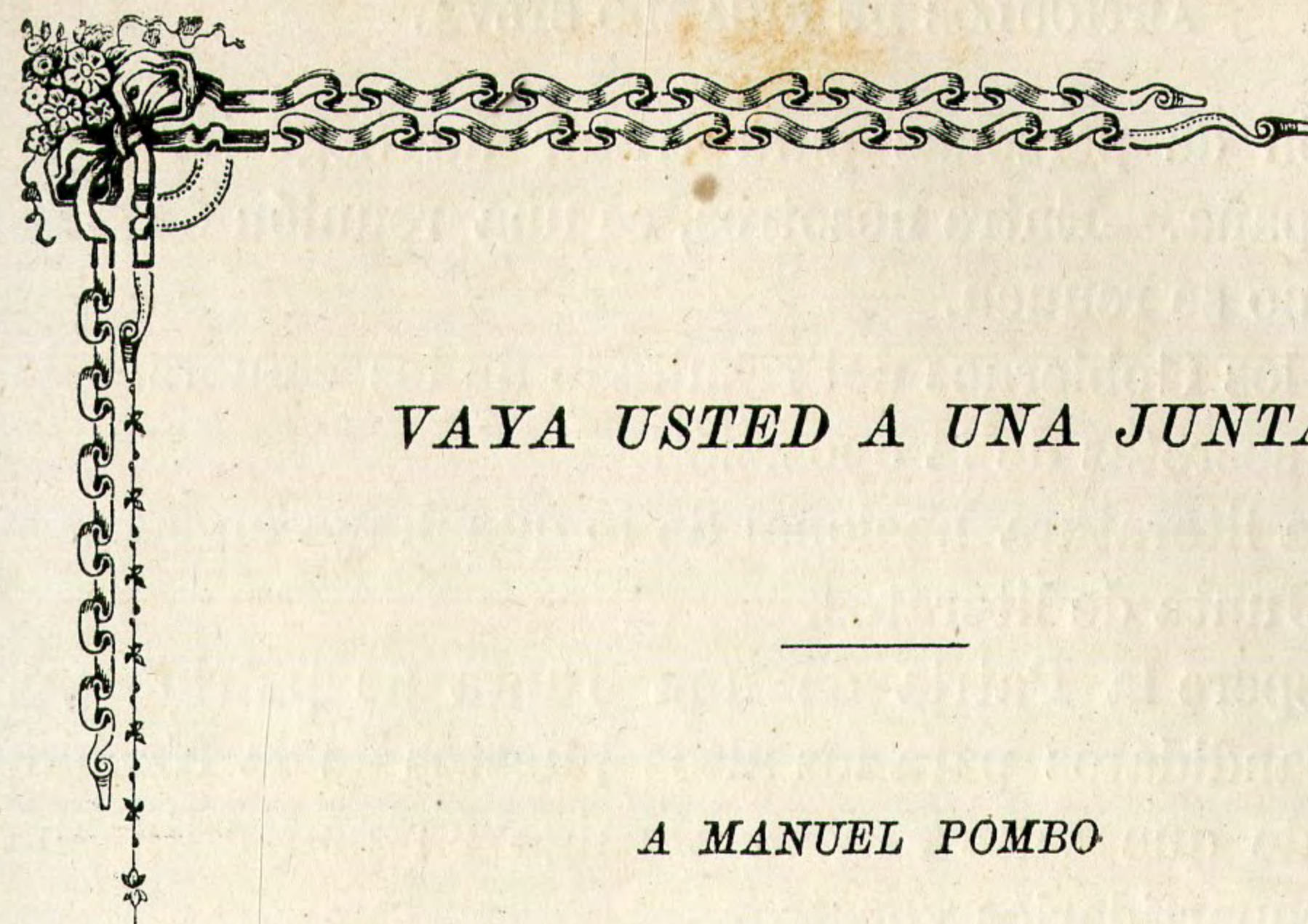
El criado, *distreido*, echó el cerrojo, y antes, *distreido*

* Histórico.

también, se enredó en la estera y rompió parte del servicio de cristal que conducía al aparador.

Mi sobrino empieza desde el lunes á subsanar los daños, y sigue ayudando á llevar el peso que abruma á su linda Pepita, víctima destinada á sucumbir bajo la verdadera *Cruz del matrimonio*.

1870.



VAYA USTED A UNA JUNTA.

A MANUEL POMBO

CONSTE que las “Juntas de Apulo,” ó sea el bellísimo lugar llamado así, lo fué por algún venturoso mortal que vivió extraño á la penosa enfermedad social, incurable, que con el nombre de “Juntas” se ha apoderado de nosotros. Esta dolencia, en sus variadas faces, puede ser clasificada así:

Primera serie: de Caminos, de Beneficencia, de Cementerios, de Instrucción pública, de Comercio, de Aguas, Jurado de Aduanas, del Estado, Electoral, Comisión de fiestas, de Exposición nacional, de Recolección de textos, de 20 de Julio, de Monumento de los mártires, de Monumento del General Santander, de Aseo de plazas y calles, de Censo, de Catastro, de Salubridad pública, con más las Delegatarias, Directivas y Generales de accionistas de las diversas compañías anónimas.

Segunda serie: estas son transitorias y fugaces; flores de un día, algunas de carácter venenoso, giran bajo los nombres de Patrióticas, Literarias, de Interés general, de Utilidad pública, de Acreedores, de Arbitros, &c.

“Junta,” según el diccionario de nuestra lengua, es

una reunión de personas para tratar un negocio. Esto será en España.—Entre nosotros, es una reunión de personas que no se reúnen.

Ríanse los Gobiernos del resultado de los esfuerzos de las Juntas secretas de la oposición.

Ríase la literatura nacional de lo que haga en su servicio una Junta de literatos.

Nada espere la Patria de una Junta de patriotas, y vosotros, candidatos para los altos puestos de la Nación, guardaos de que vuestra causa caiga en poder de una Junta de copartidarios vuestros.

Tienen además las Juntas otra ventaja de inestimable precio: el don de la inoportunidad que las caracteriza.

Toda Junta ó tentativa de Junta termina por suscripción para algo, y por nombramiento de una ó de varias comisiones, y toda comisión de éstas, termina sus trabajos antes de empezarlos.

Así como entre las mercancías tenemos “tela para camisa” y “género para sábanas,” hay en los miembros de nuestra sociedad “tela para Juntas” y “género para Secretarios y Tesoreros de las Juntas.”

Las Tesorerías de las Juntas de segunda serie tienen el mérito original de no tener tesoro alguno; son la nada, ó el vacío llamado Tesorerías, porque deben aparecer con un nombre menos alarmante. Son “tesoros de paciencia” para las víctimas que las manejan, y éstas hacen, en lo general, de sus propios recursos, los gastos de instalación, como de libros, papel, esquilas, avisos, repartidores, &c., lo cual tiene, entre otras, la grandísima ventaja de que el Tesorero es irresponsable por dichos desembolsos. Tampoco hay necesidad de comprobar dichas cuentas, porque el bolsillo del Tesorero las reconoce y acepta de antemano sin aquella formalidad.

Hay otro encargo sumamente divertido: el de Presi-

dente de dichas Juntas, el cual tiene las siguientes funciones:

Dar en la primera reunión á los respetables ciudadanos que la forman, las más expresivas gracias por el honor que le ha sido conferido, y esperar en el curso del semestre, y aunque tenga otras atenciones urgentes de familia ó de negocio, á que se reúnan los honorables miembros de ella para examinar los trabajos de las Comisiones de Reglamento y de Presupuesto, sin que haya memoria en los archivos de estas Juntas, de que se hayan reunido por segunda vez con más de cuatro miembros, que son: el Presidente, por el deber indeclinable que tiene de presidir la sesión; el Tesorero, para rogar que se arbitren otros recursos fiscales porque el acordado de suscripción de los miembros, presenta dificultades en la ejecución; el Secretario, por cuanto que la Junta no podría funcionar sin el acta de la sesión anterior, y uno de los miembros de alguna de las Comisiones, para manifestar que nada se ha hecho por falta de cooperación de los otros comisionados á quienes no ha vuelto á ver desde la primera reunión.

Sentados estos precedentes, veamos cómo funciona esta nueva rueda perfeccionada por el progreso moderno y unida á las muchas facilidades con que tropezamos diariamente los afortunados hijos de esta venturosa altiplanicie. Vayan estos pormenores como datos para la historia de las Juntas en Bogotá, y sea el tipo una de las de segunda serie, tomado del natural.

Tocan en la puerta de la casa de D. Casimiro Miraflores.

—Quién es?

—Yo!

—Quién es yo? Adelante!

—Gracias! ¿El señor D. Casimiro Miraflores está aquí?

—Sí, señor, contesta éste acercándose á la escalera que cruje al subir por ella un repartidor de periódicos.

—El señor D. Pascual Cordero me ha encargado de entregar á usted, en propia mano, esta esquila.

—Gracias, dígame usted que tendré el placer de contestarle.

El repartidor se va y D. Casimiro abre la cubierta y saca el billete en papel marfil con monograma, que dice así:

“Pascual Cordero saluda á usted atentamente y le ruega que se sirva concurrir el 14 del presente á su casa de habitación, á las siete de la noche, á una Junta que tendrá lugar para tratar en ella algunos asuntos de alta importancia en la presente situación. Espera del reconocido patriotismo de usted que se servirá concurrir, y en todo caso aguarda el favor de una respuesta.”

En el acto contesta D. Casimiro dándole las gracias y manifestándole que tendrá el honor de corresponder á tan fina invitación concurriendo á la Junta de que le habla en su grata esquila de la fecha. Llama al muchacho y envía con él dicha contestación.

Esto pasa, por ejemplo, el día 8 del mes.

—Recuérdame, le dice luego á su esposa, que el día 14 de éste, tengo que concurrir á una Junta en casa de D. Pascual Cordero, á las siete de la noche.

—El 14?... contesta ella sorprendida.

—Sí, hija, el 14, ó sea el sábado próximo.

—Pero, ¿cómo podrás ir á esa Junta el sábado en la noche? No recuerdas que, en esa fecha, es el cumpleaños de Carolina (su hermana), y que precisamente á las siete de la noche bautizarán á su hijo, del cual tú y yo seremos los padrinos?

—Tienes razón! le contesta azorado.

—Pues, no señor, excúsate en el acto. Primero está la familia que D. Pascual y que sus Juntas.

—Pero, hija, si ya le he contestado diciéndole que iré.

—Pues no vayas. Después te excusarás.

D. Casimiro queda perplejo y meditabundo. Sale luego de su casa preocupado con tal contrariedad y sin saber cómo salir de la grave dificultad de familia en que le ha puesto D. Pascual.

Pero afortunadamente se encuentra con éste más tarde, y le manifiesta que ya la Junta no tendrá lugar el 14 sino el 18, porque hasta esa fecha no volverá á Bogotá uno de los personajes más importantes, que se ha ido al campo.

Queda así resuelto el punto, y llega al fin la noche fría y lluviosa señalada nuevamente para la reunión.

A las seis y media emprende marcha D. Casimiro; cruza calles, sube por ésta, vuelve por aquélla, y á las siete llega á la casita de ventanas *arrodilladas* que ocupa D. Pascual en la extremidad de uno de los barrios solitarios y oscuros de la ciudad.

—Exacto como un inglés! le dice Cordero á D. Casimiro al saludarlo, y mientras que éste deja el sobretodo y el sombrero en el estrecho corredor que precede á la sala.

—Son las siete y cinco, agrega sacando el reloj; pero es usted el primero de los cincuenta y dos invitados.

Entre cumplimientos y cortesías entran en la sala alumbrada por dos lámparas al petróleo, asfixiantes y sucias y que arrojan su luz amarillenta al través de la doble prisión de tubos y de globos de vidrio opacos y grasientos que la encierran.

En el centro hay una enorme mesa cubierta con carpa y sobre ella varios útiles de escritorio. Es el altar destinado al sacrificio de las víctimas de la Junta.

Dos sofás heridos cruelmente por la mano del tiempo y por las uñas del gato, algunas silletas de diversas formas y estilos, cuatro *consolas* de pino disfrazado de nogal, cuatro láminas que representan pasajes del Telémaco, y

algunos cuantos objetos más, forman el ajuar de la sala de la casa de D. Pascual.

Éste y D. Casimiro fuman y conversan en ella sobre diversos asuntos, y poco á poco van entrando los invitados, hasta las nueve de la noche, en que, reunidos catorce con D. Pascual, éste indica que, por lo malo del tiempo y por ser ya tarde, tal vez no se debe aguardar á los demás.

D. Pascual y unos pocos más, toman asiento al rededor de la mesa central. Los otros fuman y conversan situados en los sofás y silletas que ocupaban.

Por último D. Pascual se pone de pie, pide la palabra, tose, se pasa el pañuelo por la boca y en tono parlamentario dice:

—Señores: he invitado á algunos amigos con el objeto de que nos reunamos en esta su casa, para someter á su estudio varios puntos que me han ocurrido en vista de la situación del país. Desgraciadamente varios se han excusado y la mala noche no permitirá que esta Junta sea tan numerosa y tan completa como fuera de desearse. Pero considero que ya que nos hemos reunido catorce, podemos hacer algo, aunque sea como preparatorio de los trabajos que debemos emprender en la próxima reunión; así es que, si á ustedes les parece, tal vez pudiéramos empezar por....

—Por nombrar la comisión de la mesa, agrega alguno, para organizar los trabajos.

—Muy bien, contesta D. Pascual, la elección de la comisión de la mesa me parece de primera necesidad.

Siguen algunos minutos de un silencio sepulcral.

—Pido la palabra para proponer, dice al fin alguno, levantándose de su asiento.

—Tiene la palabra, le contestan cinco voces á la vez.

—Creo, señores, que no estando reunidos, por cualquier motivo, los cincuenta y dos caballeros que han sido

invitados á esta respetable reunión, sería extraño y envolvería cierto desprecio por la opinión de los ausentes, el hacer unas elecciones que en realidad no serían sino la expresión de la voluntad de unos pocos. Somos catorce, agrega contando y extendiendo el índice en dirección de cada uno de los concurrentes; catorce contra cincuenta y dos: la elección que hiciéramos, pues, equivaldría á imponer á la futura asamblea el parecer de una minoría desautorizada hasta cierto punto. Esta Junta quedaría minada por la base con tal procedimiento, tan arbitrario como funesto por el precedente que sentaríamos. Por mi parte declaro, pues, que jamás asociaré mi nombre á semejante irregularidad, y en tal virtud, me permito proponer lo siguiente:

Escribe y lee:

“Suspéndase lo que se discute hasta la próxima reunión de la Junta.”

—Pero, quién funciona como Presidente? observa alguno.

—Y, quién como Secretario? agrega otro.

—Esto se cae por su peso, dice en tono enfático el autor de la proposición. El Presidente nato, provisional, es D. Pascual Cordero, y el Secretario, también provisional, cualquiera de los honorables miembros de esta respetable Junta.

—Muy bien, muy bien! exclaman algunos.

—Permitidme, señores, dice D. Pascual, sin pedir la palabra, que os presente la sincera expresión de mi agradecimiento, por el honor con que me habeis distinguido al aclamarme vuestro Presidente provisional. Esta inmerecida muestra de vuestra estimación por mí, me obliga en alto grado para con vosotros, y es por esto que, á pesar de los justos motivos de delicadeza que pudiera alegar para no aceptar tal distinción, me inclino ante vosotros,

ante la voluntad espontánea y unánime que me designa, y acepto el mencionado encargo.

—Muy bien!

—Pido la palabra, ciudadano Presidente, dice otro.

—La tiene el señor doctor.

—Empezaré, señores, por dar las gracias por el honor que se me ha hecho al invitarme á esta respetable reunión. Retirado de la escena política de mi patria desde hace algunos años, en que mi nombre fué borrado de la lista de candidatos que el gran partido á que tengo la honra de pertenecer presentó para miembros de la Asamblea legislativa; borrado mi nombre, digo, por las intrigas de unos pocos farsantes, especuladores y negociantes en política, á quienes no convenía que la voz de un hombre honrado é independiente se oyera en la Asamblea, resolví dejar la vida pública y, confundido con el resto de mis conciudadanos, retirarme á las tranquilidades de mi hogar. Tal vez no debiera, pues, tomar parte en el debate de las cuestiones sometidas á la consideración de esta honorable junta, y si lo hago, es por deferencia á los respetables caballeros que la forman, y á mi distinguido amigo el patriota señor doctor Cordero. Creo, y siento estar en contra de las opiniones del distinguido orador que ha propuesto que se suspenda la elección de la comisión de la mesa; creo, repito, que debemos proceder á hacerla, porque sin esto, estaremos en el aire. En efecto, D. Pascual, como Presidente provisional, dirigirá el debate en esta sesión; pero ¿quién extenderá el acta, tomando nota de la discusión? ¿Quién recaudará los fondos de la sociedad? ¿Quién reemplazará al Presidente provisional, señor Cordero, cuando esta noche tome parte en la discusión? Esto es obvio, señores! Las cosas deben ser empezadas por el principio... Nosotros no somos responsables de que hayan dejado de concurrir algunos de los invitados, y sí lo sería-

mos de que nuestros actos, en esta sesión, quedaran anulados, viciados en su origen por la grave omisión con que los marcaríamos. ¿Quién nos ha asegurado, de dónde nace la seguridad, señores, de que la próxima reunión será más numerosa?... Pero, en gracia de la discusión, os concedo que concurren veinte y una personas, suponed que las siete restantes opinen por otros candidatos, y es evidente que, aun así, la elección que hagamos esta noche, y que será unánime, no lo dudeis, llevará el sello de una lujosa mayoría. Catorce contra siete!... Esto es incontestable. Así, propongo y someto á vuestro ilustrado criterio lo siguiente:

“Altérese el orden de los trabajos, suspéndase lo que se discute y procédase á la elección de la comisión de la mesa.”

—Pido que se vote por partes, exclama alguno.

—Muy bien, contesta otro, es perfectamente divisible.

—Pido, pues, que se divida así: primera parte hasta la palabra “trabajos;” segunda hasta “discute,” y tercera lo demás.

—Está en consideración de la Junta la modificación. Sírvasse leerla, señor Secretario.

El mismo que la ha propuesto lee con énfasis:

“Altérese el orden de los trabajos...”

—Pido la palabra, dice D. Casimiro.

—La tiene el señor Miraflores.

—Dijo, con mucha gracia, uno de los caballeros que me han precedido en la palabra, que las cosas deben ser empezadas por el principio. Soy de su opinión, y por esto deseo saber qué objeto tiene esta Junta, en qué se ocupará, cuál es, en fin, el programa que nos proponemos llevar á cabo.

—Eso lo dirán los Estatutos y el Reglamento, contesta alguno con disgusto.

—El objeto de esta reunión, dice D. Pascual levantándose, y perdonad que hubiera omitido esta explicación, es, entre otros, el de crear un periódico político de oposición al actual Gobierno, que á la vez vaya formando en el país la opinión en favor del candidato que habrá de ocupar el solio presidencial de Colombia en el próximo período. Es cierto que faltan aun veinte y dos meses y ocho días para la elección; pero también lo es que si no les madrugamos, el país será víctima de las vivezas de los que querrán imponer al pueblo soberano de Colombia la candidatura oficial que ya se trasluce en ciertos manejos de los palaciegos esbirros de la oligarquía que...

—Alto, señor D. Pascual! exclama otro interrumpiéndole. Protesto, agrega, contra los conceptos hirientes que acaba de lanzar el honorable señor Cordero contra mi concuñado el General Fuentes, que es el candidato al cual seguramente ha aludido. Las cosas han pasado así: En 1849...

—No! no! dice D. Casimiro previendo el curso de semejante discurso. Permítame usted que le haga notar que D. Pascual es incapaz de... de...

—Sí, señor, gracias, contesta D. Pascual. No he tenido en mira ofender con mis generalidades á determinada persona. Créase que mi sinceridad en este asunto...

—Por supuesto! por supuesto! exclaman seis de los aburridos miembros de aquella Junta. D. Pascual es incapaz... lo creemos, lo creemos!...

Alguno de los concurrentes se para y hace que D. Pascual y el concuñado del candidato de la oligarquía tengan una explicación extraoficial, de cuyo diálogo se oyen estas terminaciones:

—Por supuesto!...

—Pero bien!...

—Pero cómo se figura usted, amigo?...

—Bueno; pero yo he tenido razón.

—Pero, usted que me conoce...

—Corriente, bueno; pero en el fondo...

—Creo, dice alguno interrumpiendo, que siendo ya tarde, deberíamos acordar lo siguiente: Que se nombre una comisión encargada de redactar los Estatutos y el Reglamento de esta Junta, que debería llevar el nombre de "Gran comité central del gran partido republicano," ó cualquiera otro, así, por el estilo, que dé una idea del espíritu que nos anima.

—Es más natural, indica otro, que la Sociedad lleve el nombre del periódico que habrá de fundarse. Este podría llamarse, por ejemplo.... por ejemplo.... dice recordando.

—"La Civilización," apunta alguno.

—No; ya ha habido con ese nombre.

—"El Eco"... Pero también ha habido, y además sería difícil adaptarle el nombre á la Sociedad.

"El pendón de los americanos," indica otro. De ese nombre no ha habido.

—Pero es muy largo y tiene apellido.

—Vaya un chiste!

—Pues bien, dice el que proponía primero. Estábamos... en qué?... Ah, estábamos en el nombramiento de la comisión de Estatutos y Reglamento! Debe nombrarse otra comisión que haga el presupuesto de los gastos del periódico, y dando á la empresa un carácter comercial, debe dividirse ésta en acciones de á \$ 150, pagaderos por terceras partes. Aquí mismo, esta noche, deben ser suscritas por nosotros algunas acciones para que sepamos con cuánto contamos para los primeros gastos. Debe nombrarse un Redactor oficial con un sueldo decente: 200 fuertes, por ejemplo, en cada mes. Desde luego propongo para Redactor á mi compadre y amigo el señor D. Pascual Cordero.

—Muy bien! Magnífica elección! exclaman algunas de las víctimas, parándose y bostezando.

—Por mi parte, continúa el autor de las proposiciones, ofrezco para el periódico, gratis se entiende, mis poesías inéditas y mi novela "Almanzor ó guerra entre dos amantes," estudio filosófico de bastante mérito, y aunque estoy *fregado* en materia de dinero, perdóneseme la frase, suscribo por dos acciones.

—Yo por tres, reservándome el derecho de tomar dos más si mejora la situación, agrega otro.

—Yo tomo una.

—Yo, media... porque mis recursos...

El infatigable autor de las proposiciones continúa así:

El nombre del periódico, la elección de empleados de la Sociedad, y lo demás que ocurra, serán materia para la próxima reunión, la cual tendrá lugar, si á ustedes les parece, el día último de este mes, para que las comisiones tengan tiempo de arreglar sus trabajos.

Por unanimidad son aceptadas las redentoras proposiciones del proponente. Son nombradas las comisiones, y suscritas once acciones. Algunos se abstienen de suscribir, reservándose para más tarde

D. Pascual se levanta y dice:—Os doy mis más cumplidas gracias por el nombramiento de Redactor oficial con que me habeis honrado, y aunque, como os dije en otra vez, por motivos de delicadeza no debiera aceptar, cedo á vuestras instancias, para mostraros mi agradecimiento. Podeis estar seguros de que serviré los intereses de la Sociedad con el desinterés y el patriotismo que me caracterizan.

—¡Muy bien, muy bien!

Alguno saca su reloj. ¡Caramba, dice, es casi la una de la mañana; cómo vuela el tiempo!

—Pero hemos hecho mucho, observa D. Pascual.

Al fin las víctimas recogen sus capas, sobretodos y sombreros, encienden cigarro en la vela con que D. Pascual les alumbra en el zaguán; los graciosos cuentan allí algunos *cachitos* ligeros y chistosos; se despiden de D. Pascual, salen de la casa, se dividen en grupos, unos toman para arriba, otros para abajo, y haciendo los comentarios del caso, cruzan las desiertas y silenciosas calles de la ciudad para llegar á sus respectivos cuarteles.

D. Pascual apaga las lámparas al petróleo encargadas de asfixiar á los miembros de las Juntas venideras. Abre las ventanas de la sala, sale el humo de los ciento cuarenta y dos cigarros consumidos durante la sesión, y dice á su esposa al retirarse á su habitación:

—Hija, tenemos asegurados doscientos fuertes mensuales. Me han obligado á aceptar el encargo de Redactor de un periódico político que saldrá cuanto antes.

—Para allá me la guardes! le contesta con tono profético y burlón.

Nueve meses después, los Estatutos y el Reglamento están aún en la mente de los comisionados, el presupuesto en borrador, los ciento cincuenta pesos por acción, en poder de los respectivos accionistas, el periódico esperando las manifestaciones espontáneas de la opinión en favor del candidato de la oposición, y D. Pascual la reunión de la segunda Junta que debe elegir la comisión de la mesa y aprobar ó improbar los trabajos de las comisiones de Estatutos, Reglamento y Presupuesto.

Es por esto, señor don Amadeo,
Que, ni en las juntas de acreedores creo.



UN REMIENDITO.

A ADRIANO PAEZ.

GUÁRDESE usted de hacerle un remiendito á su casa, si es vieja, y si es nueva, guárdese también. Los remienditos para las casas viejas valen á veinte pesos sencillos; pero suelen costar veinte mil fuertes.

Pero si usted incurre, sepa que hay un sistema nuevo de hacer un remiendito en la casa vieja, el cual es más económico y sencillo. Consiste, y honradamente le aconsejo que lo adopte, en volar con una mina el edificio que debe recibir la pequeña mejora. Así el espacio recibirá de una vez la tierra y los demás materiales que lo formaban, y prescindirá usted del sistema antiguo de conducirlos en portamonedas de cuero de res, á bordo de los *chinos* que deben botarlos en las orillas del río inmediato.

Generalmente se empieza el remiendito con las economías hechas. Si el que lo emprende no es muy rico, se

continúa por cuenta de quienes corresponda, ó sea de los que prestaron el dinero á interés, y se acaba, después de practicadas las diligencias de pregón y remate, por el que se aseguró con la primera hipoteca de la misma finca.

Todo presupuesto para un remiendito está al alcance de los más escasos recursos, pero en la mayor parte de los casos, los recursos no alcanzan á cubrir el presupuesto.

Si usted emprende el remiendito en verano, lo acabará pronto, es decir, en uno ó dos años; si lo emprende en invierno, el remiendito acabará pronto con usted y con su paciencia.

Antes de empezar el remiendito, todo se llama en diminutivo: el tabiquito, el cielito, los *resanitos*, &c. y, según la opinión de usted, ahorrará mucho en los materiales, porque todo palo, todo adobe, todo ladrillo viejo, será aprovechado, y toda puerta y toda ventana le volverán á servir. Empezada la mejora ahorrará también en ellos, si encuentra quien se los reciba regalados, porque así evitará el gasto de botarlos.

Para emprender el remiendito necesita usted un maestro, un oficial y un *chino*. Para concluirlo necesitará, en cada semana, un maestro, catorce oficiales, veintiocho peones, treinta y seis *chinos* y un abogado respetable.

Un remiendito, pues, es la rueda dentada de una gran máquina de limpiar el bolsillo; coloque usted en ella los primeros cuarenta pesos, y los resultados prácticos le demostrarán lo demás.

Mesa, en el lenguaje de los encargados de hacer el remiendito, no es la mesa que usted conoce; es una viga labrada que sirve, no para comer en ella que es para lo que sirven algunas mesas, sino para que ella se lo coma á usted con su valor multiplicado por tantas cuantas necesite el edificio.

El gato de los enmaderados, no es “*el mueble vivo del hogar*” que usted conoce con el mismo nombre.

Una carga de papas ó de cacao tiene diez arrobas de fruto. Diez arrobas de arena de peña ó *rodada*, son cincuenta mil quinientas cargas de cualquiera de las dos clases. Seiscientas *carretadas* de piedra, son seiscientas piedras de las seis mil que se necesitan para empezar la obra, y una *carga* de *chusque* es un atadito. Tenga presente estos datos. ¡Adivine usted qué cosa son *cuarenta pares de cuán!* De aquí la necesidad de que antes de que emprenda usted el remiendito, haga un curso completo que lo ponga al corriente de la terminología del ramo, porque si usted no sabe qué cosa son clavos *gemales*, de *engalavernar* y de *entablar mayor*, ni qué parte de la oración es *pirlán*; si no está usted familiarizado con las *soleras*, *ensoberados* y *zoclos*; si ignora el contenido de la pregunta cuando el oficial le consulte si hecha las hileras de *soga* ó de *tizón*, y si convendrá sajarrear el salpique del corral, está usted perdido, desahuciado, desde la aparición de los primeros síntomas del remiendito.

Y, por último, huya usted de la simetría al emprender el remiendito, como de un incendio.

Por lo demás, si usted duda de la exactitud de las reglas que quedan establecidas, lea la siguiente verdadera historia. Es uno de los diversos casos ocurridos, y en él están fundadas muchas de las anteriores deducciones.

Doña Pilar Tapias, viuda del Coronel Torreglosa, muerto gloriosamente, según el respectivo Boletín de la fracción á la cual perteneció, en una de las brillantes jornadas de estas guerritas caseras que tanto nos honran en el exterior, y en las cuales gastamos ó nos gastan lo nuestro y lo ajeno, quedando en cambio cubiertos de gloria y de miseria, Doña Pilar, decimos, y sus dos hijas, heredaron del Coronel una casa vieja, alta, extensa y cómoda en el barrio de la Catedral y otra casita baja en el de las Nieves.

En vida del Coronel, esta familia habitaba en la casa grande y con el sueldo de aquél y con el producto mensual de la otra casita, llevaban una vida fácil y tranquila. Muerto el Coronel, Doña Pilar se trasladó con sus hijas á la casa chica y dió en alquiler la otra por setenta pesos mensuales.

Así vivieron la viuda y sus hijas durante siete años, tranquilas y felices, hasta que Doña Pilar, considerando que "ya las muchachas estaban casaderas," y que la casa grande estaba muy estropeada, resolvió no darla por más tiempo en alquiler, sino limpiarla y vivir en ella.

Recibió, pues, las llaves, y un sábado en la tarde se fué con las "muchachas," así llamaba á las hijas; con D. Serafín, compadre y antiguo amigo de la familia, y con Presentación, Sacramento y la *china* Espíritu, ó sean las criadas, que llevaban las escobas, los trapos, la regadera y las tijeras de podar, á asear la casa y á ver lo que había que hacer en ella.

D. Serafín era doctor en remiendos de albañilería, y picado de la manía de construir, como consta de algunos estuches que, con el nombre de casas, tenía en la extremidad de los barrios, y de las cuales era autor principal; conocía á todos los albañiles, carpinteros y pintores, y los precios de todos los materiales.

Cuando llegaron á la casa, D. Serafín metió la llave en la cerradura y al fin giró el viejo portón sobre sus goznes oxidados y chirriadores, después de una heroica resistencia entre el portón y la vieja cerradura por una parte, y por otra la enorme llave soldada con cobre por consecuencia de otra lucha que, en tiempos anteriores, tuvo con la misma cerradura, y en la cual intervino un tercero en discordia, un palo metido en el ojo de la llave, el cual, impulsado con fuerza, produjo al girar el doble efecto de abrir la cerradura y el ojo de la llave al mismo tiempo.

—¿Cómo andará el ramo de pulgas? dijo D. Serafín al entrar en el zaguán examinándose los pantalones.

—¡Cuidado con las pulgas, muchachas! exclamó Doña Pilar sacudiendo su vestido de merino negro.

—¡De veras, mamacita! dijeron las muchachas haciendo graciosas piruetas sobre los agudos taconitos de sus lindas botas de satín negro, y recogiendo la enorme cola de su estrecho vestido y las blancas y rizadas arandelas de su ropa interior.

—Pero vean cómo está la casa! exclamó Doña Pilar en el corredor ancho de abajo.

—Está en el suelo!

—El jardín es una montaña!

—Hay que *sajarrear* esos pretils, empañetarlos en fino y darles una manita de color, dijo D. Serafín.

—¡Mamacita... mire, arrancaron el "siete-cueros" que era el encanto de papá!

—No me diga, hija, si no ha quedado nada! Falta la mosqueta que estaba al pie de esa columna...

—Y el cidrón que le regaló á papá el General Obando.

—¡Los naranjos están llenos de telarañas!

—Ave María... qué gentes!

Las muchachas subieron á brinquitos la amplia escalera de piedra. Doña Pilar lentamente y apoyada en la mano de D. Serafín, y las criadas cubriendo la retaguardia. En el descanso, Doña Pilar, volviéndose hacia ellas: quítense las mantillas, les dijo, y no las dejen abajo porque se las roban; traigan agua en la regadera y empiecen la *policía* desde el zaguán.

Las muchachas fueron á ver el cuartico de las muñecas que había sido destinado para las monturas, por el último inquilino. Bajaron por la escalera interior y recorrieron el extenso patio en el cual se bañaban de niñas en la tina chiquita; el corral donde tuvieron sus palomas y gallinas;

el horno á donde trepaban para jugar á *las escondidas*; el aplanchador donde las criadas les contaban cuentos de espantos y el cuarto de los trastos viejos donde las encerraba su papá por tontas. Luégo subieron y estuvieron en la despensa de donde sacaban de contrabando las frutas los viernes antes de que pasaran á la repostería; vieron el comedor, los cuartos de su papá, en donde les hacía las clases de geografía y dibujo; el costurerito, en donde recibía su mamá las visitas de confianza y donde hacían ellas los vestidos de las muñecas que iban á ser bautizadas ó á casarse; la extensa y alegre alcoba de su mamá, en donde estuvieron sus camitas blancas y aseadas; el oratorio en donde hacían el pesebre y la novena del Niño en los Diciembres, bajo la dirección de su mamá abuelita, yendo con ella y con las criadas á “La Peña” y á “Egipto” á traer musgo y helechos para formarlo; la sala, en donde se colocaban las cuelgas, las tarjetas y los ramilletes en los cumpleaños, y en donde al són del piano, dulcemente tocado por Guarín, vieron bailar la contradanza española á López y á Barriga, á Espina y á Briceño, y, por último, vieron su cuartito, “el cuartito de las niñas,” que les arregló papá, y en donde estudiaban ó jugaban con su gato “Pacho,” compañero inseparable de sus aventuras, el cual dormía entre los cojines del ancho canapé forrado en zaraza, en donde jugaban ellas al *burro tapado* con su naípe ajado é incompleto.

—Recuerdas que allí estaba el retrato de papá?

—Como si lo estuviera viendo!... tan bueno papá!...

—Cuántos recuerdos queridos!...

—Mira, aquí en el corredor ancho jugábamos al *repollito* y á la *gallina ciega* con los niños de la otra casa.

—Y, ve tu ortografía de entonces, agregó la otra mostrando á su hermana un letrero escrito con lápiz sobre la cabeza de una aldeana suiza que había en el papel de paisaje del corredor ancho.

“La *vova* de Amelia,” dice de tu letra, aquí sobre esta mona tan fea que, según tú, se parecía á mí... ¡Qué bobita eras entonces, *es que* escribir “boba” así!...

—Sí?... pues mira la tuya:

“Papá *bestido* de General,” dice al pie de este militar francés.

—Qué dices ahora de papá vestido con b?

—Ese letrero no es mío sino tuyo, le contestó entre sonriente y brava, corriendo hacia su hermana y haciéndole cosquillas.

—Déjame!... no seas brusca...

—No me llamaste bobita? contestó la otra y siguieron jugando entre risas y griticos.

—Niñas... niñas! les dijo Doña Pilar, que regresaba del interior con D. Serafín, y que acababa, á su vez, de practicar la diligencia de inspección, conmovida también por los recuerdos de su madre y de su esposo.

—El papel del comedor *está* con los *chorreones* de café y con los parches de manteca que han dejado esas gentes; hay que renovarlo, dijo D. Serafín.

—Y el fogón y el derramadero están destruídos; catorce pesos costó esa parrilla que han desbaratado.

—Mire, se conoce que aplanchaban en el comedor, vea la estera quemada con plancha.

—Faltan muchísimos vidrios... dos en el cuarto de Torreglosa, cuatro en el comedor, uno en mi alcoba...

—Pero son chicos y del mismo tamaño todos, costarán á dos y medio y medio más la postura de cada uno...

—Y la huerta?... no hay en ella ni uno solo de los arbolitos que teníamos!

—¡Qué, si se conoce que ahí echaban los caballos, y que tenían marrano!

—Esto es increíble!

—Pues aquí puede hacerse un palacio, comadre, dijo

D. Serafín llegando con Doña Pilar al corredor en donde estaban las muchachas recostadas sobre la baranda. Vea usted lo que yo haría, agregó: quitar el balcón feo y enorme de la calle; abrir los umbralados á la misma altura y á la misma distancia; hacer nuevo el alar sobre canecitos de moda, poner cinco balconcitos de balaustres dorados; abrir, haciéndolos más altos y á igual distancia, los umbralados de las tiendas; quitar el zaguán de donde está y hacerlo en el centro, más estrecho y bonito; ponerle portones nuevos, enchapado de madera, y cielo raso con cornisa y floroncito, y montar los canes del alar sobre una cornisa elegante y vistosa. Esto en cuanto á la calle: ahora, en cuanto á lo de adentro, la obra sería más sencilla: levantar los entejados de estos corredores, para lo cual sólo habría que cambiar estas columnas viejas y rajadas por otras más altas, ochavadas y con sus capiteles y pedestales de buen gusto y montar sobre éstas el nuevo *penduleado*, sin tocar las *cumbreras*; levantar y colocar á igual distancia todos los umbralados de la parte alta; hacer todos los cielos rasos, empezando por el de la sala, que es de lienzo y que está manchado y *soplado*; ponerle á todas las piezas cornisas y florones vistosos y elegantes; cubrir este corredor ancho con bastidores y cristales para formar una linda galería; hacer de las piezas de mi compadre Torreglosa y de la siguiente, un departamento para las niñas, con vista al patio interior, que puede ser convertido en un bellissimo jardín; hacer un gran emplanchado en el comedor y cubrirlo con cristales para reemplazar esa ventana vieja que lo afea, y hacerle sus *seiboes*; hacer de nuevo esas canales de lata y empapelar y pintar toda la casa.

—¡Ay mamacita, qué linda, qué linda quedaría así la casa!...

—Y no este caserón tan viejo y tan feo!

—Con unos dos mil fuertes, agregó D. Serafín, bien gastaditos, podría hacerse un palacio.... un verdadero palacio de valor de treinta mil pesos cuando menos.

—Es cierto, contestó Doña Pilar; pero le tengo á las obras el mismo horror que les tenía Torreglosa... ¡Es tanto trabajo! Así es que, por ahora, le lavaremos la cara, como dicen, limitándonos á las obritas más necesarias y de puro aseo... ¡Qué hiciéramos, agregó, de un maestro formal que viniera desde el lunes?...

—Yo le buscaré uno muy inteligente, contestó D. Serafín; un muchacho Aniceto que sabe de todo, y que yo mismo le traeré mañana, dijo despidiéndose.

—¡Qué linda quedaría la casa haciéndola como dice mi padrino! dijo una de las muchachas cuando se fué D. Serafín.

—Linda!.... figúrate el departamento con vista al jardín, destinado para nosotras! agregó la otra.

—Sí, hijas, yo bien sé que de la casa puede hacerse, no un palacio como dice D. Serafín, sino una habitación hermosa, alegre y aseada, pero esto siempre que haya con qué...

—Pero bueno, mamacita, ¿no podría componerse así como dice mi padrino, con esos reales que tenemos en el Banco?

—Esos son unos dos mil y pico de pesos que he economizado desde que murió su papá y que están destinados para ustedes mismas... ¡Para lo imprevisto!... Agregó mirándolas y sonriendo con ternura.

—No será para mí!... contestó la una, encendida como la grana; pienso quedarme para vestir santos!... agregó entrecortada y sonriente.

—¡Ni para mí!... exclamó la otra, ¡jamás me separaré de mi mamacita! agregó besando á Doña Pilar con entusiasmo.

A las seis de la tarde hizo Doña Pilar suspender la *policía* y volvió á su casita de las Nieves con sus hijas y con sus criadas.

Al día siguiente volvió á la casa grande, y á poco rato entraron D. Serafín y el *mestro* Aniceto, como le llamaban los peones de la obra en que estaba trabajando.

—Pues no vé? le dijo D. Serafín, la señora desea hacer aquí un remiendito... poca cosa: un fogón y el derramadero, algunos resanes en el interior, blanquear este cielo raso de la sala que está tan feo... y, en fin, varias cositas de aseo, ya usted sabe...

—Sí, señor, algo de *deciencia*, y nada más, contestó Aniceto.

Pasaron al interior con Doña Pilar, y á poco rato volvieron. Aniceto traía en la mano un metro de cobre, de dobleces, al cual le faltaban los primeros diez centímetros, y un pedazo de lápiz casi sin punta.

Lo primero que tiene que hacer, maestro, le dijo Doña Pilar, es componer estos ladrillos del piso, que están como teclado.

—Vea esto!... agregó, pisando en varios que arrojaron polvo al ser movidos con el pie.

Aniceto pidió sesenta pesos por el remiendito, dándole, además, los materiales; pero después de varias demostraciones incontestables que le hizo D. Serafín, quedó ajustado el trato en cuarenta y cinco por la mano de obra. En la primera operación, pues, se ahorraron quince pesos, gracias á los conocimientos de D. Serafín.

El lunes á las nueve estaba ya el zaguán lleno de adobes, de ladrillo y de burras... ; Había sido empezado el remiendito!

A fines de la segunda semana estaba todo concluído, porque el sábado en la tarde hicieron los albañiles lo último que faltaba, que era blanquear con dos manos de yeso encolado, el susodicho cielo de lienzo de la sala.

Fué cubierto Aniceto de la *restica* que le quedaba de los cuarenta y cinco pesos, y como el remiendito quedó muy bien hecho, y Doña Pilar muy contenta, le dijo á Aniceto, cuando cerraban la puerta de la casa:

—¿Usted entiende también de empapelados y de pintura, según me ha dicho D. Serafín, no?

—Sí, mi señora, algo entendemos *deso*.... *onde* el *dotor* Lucas le empapelamos *toa* la casa.

—Pues bien, entonces haga un lugarcito mañana domingo, después de misa, y venga para que hagamos ese nuevo trático.

Al día siguiente fueron sorprendidos Doña Pilar, D. Serafín y el *mestro* Aniceto, al entrar en la sala, con una diablura que había en ella: la mitad del cielo de lienzo estaba desprendida y la otra mitad al desprenderse de las varas en que había sido armado hacía cincuenta años.

Aniceto lo atribuyó á brujería, pero D. Serafín explicó en el acto las causas: oxidadas desde mucho tiempo atrás las tachuelas de fierro con que fue clavado el lienzo, no pudieron resistir el enorme peso de éste, aumentado en mucho con la humedad de las dos manitas de yeso encolado.

—Y no habrá modo de reclavarlo? dijo Doña Pilar.

—Qué reclavarlo, comadre!... ; Mire los agujeros que han quedado donde quiera que hubo una tachuela oxidada, y luego lo que pesa el lienzo húmedo, que además está deshaciéndose de puro viejo! Esto no tiene más remedio, agregó, que hacer el cielo en *chusque*, bien hecho, con su cornisa elegante y su florón vistoso. Tendremos la ventaja de que podrá hacerse mucho más alto. Media vara cuando menos, subirá todavía, ¿no le parece, Aniceto?

—Sí, dijo el *mestro* mirando la parte descubierta del viejo enmaderado, los *antigos* hacían esto muy *agazapao*.

—Y, además, continuó D. Serafín, el salón quedará majestuoso, elegante y de moda.

Ajustada la hechura del nuevo cielo, con cornisa, &c. en ochenta y seis pesos, poniendo Aniceto los materiales, procedió éste el lunes á arrancar definitivamente el de lienzo, y estando en la operación descubrió que una de las vigas que atravesaban el edificio, estaba *gorgojeada* y *teniéndose en su palabra de honor*, lo mismo que muchas varas del enmaderado, y que otra de las vigas estaba más abajo que las demás. O se subía ésta, ó el nuevo cielo quedaba tan *agazapao* como el que habían hecho los *antigos*. Se resolvió subir la viga y renovar las varas: total treinta y ocho pesos añadidos á lo anterior.

Hecho el cielo, que quedó primoroso con las cornisas y el florón, se vió que el cuartico siguiente á la sala y la alcoba del otro costado quedaban horrorosos sin cielo raso, y D. Serafín contrató en ciento treinta y ocho pesos la hechura de ambos.

Concluido todo, y estando para ser empapeladas las tres piezas, D. Serafín le dijo á Doña Pilar, paseándose en la sala mientras que Aniceto calculaba la cantidad de papel que se necesitaría.

—Es increíble lo que ha ganado la casa con tan pequeña mejora. Persuádase, comadre: nada hay más sencillo que correr el hueco de esta ventana de la sala, que está tan arrinconado y á tan gran distancia del otro, y levantar los cinco umbraladitos que dan sobre la calle. Tanto el salón como la alcoba de ustedes y el cuarto de las niñas quedarán claros y bellísimos, y en cuanto á las cuatro tiendas, que por lo sucias y agazapadas sólo le producen hoy doce pesos mensuales mal pagados, también le aconsejo que las reforme. Levantándoles los umbralados, colocando los huecos á igual distancia y poniendo puertas nuevas, pueden ser dos magníficos escritorios ó almacenes, que serán colocados á cincuenta pesos, cuando menos, en el acto. Todo esto se hará con quinientos ó seiscientos

pesos, inclusive la obra de carpintería, &c., y aparte de lo que ganará la casa en valor, comodidad y belleza, métale pluma, comadre, al reditico que le va á sacar á los cuatro reales que invierta en la mejora. ¡Quinientos pesos que producirán, sólo en lo de abajo, cien pesos mensuales!... De manera que tendrá usted su hermosa casa con el valor aumentado del porrazo en dos ó tres mil pesos, su casita que le dará treinta, y cien pesos más de los almacenes, qué tal?...

Esto era incontestable, así fué que Doña Pilar convino, y se hizo el nuevo trato con Aniceto: doscientos pesos cerrados por arreglar los cuatro umbralados de arriba y los cuatro de abajo, haciéndolos todos bien altos, á igual distancia y dejándolos en estado de recibir puertas y puerta-ventanas. Los trescientos ó cuatrocientos pesos restantes del presupuesto fueron destinados para la obra de carpintería. El hueco del portón quedaba todavía en su lugar porque estaba á la misma altura proyectada para los umbralados de las tiendas.

Un mes después, todo marchaba perfectamente. Los huecos de arriba estaban concluídos y los de abajo iban á quedar arreglados en dos semanas más. Doña Pilar estaba contenta, las muchachas felices, Aniceto orgulloso porque había *lidiao* mucho con la *paré mestra*, que era de pura tierra pisada, y D. Serafín vencedor, oyendo elogios de Doña Pilar y de las niñas por sus conocimientos en la materia.

—¡Yo se lo decía á mi comadre!... Figúrense ustedes que me han salido las barbas haciendo casas, añadía satisfecho contestando á las niñas que lo felicitaban.

Pero al abrir el último de los cuatro umbralados de abajo, se rajó la pared, debilitada al fin con tanto barrazo y con tanto agujero hecho sobre las tapias de que estaba formada. Doña Pilar tenía, pues, medio cuerpo cogido

entre las ruedas de la gran máquina de que hemos hablado.

Cielos nuevos, vistosas cornisas, cornisitas sencillas, todo, todo, se *cuartió*, como decía Aniceto, y hubo que proceder á *descargar* todo el frente del edificio, por intimación de la policía, antes de que se desplomara y cayera sobre la calle.

Esto tuvo la ventaja de que para la nueva fachada dibujó D. Serafín un lindo modelo que debía ser ejecutado parte en ladrillo de *tolete* y parte en adobe, para economizar, y de que el portón iba á quedar al fin más estrecho y elegante, en el propio centro del edificio. Tanto los umbrales de arriba como los de abajo irían formados en arcos, encerrados por lindas columnas de medio relieve, y los canes del alar adornados con perillas y descansando sobre una vistosa y elegante cornisa de yeso.

Pero ya para la nueva obra hubo que buscar un verdadero maestro que se encargó de ella. Aniceto quedó de oficial. Vino un sobrestante inteligente para llevar las cuentas, se multiplicaron los obreros, fué invadida la calle con los escombros de la antigua casa, y con los materiales para levantarla. Renegaron los vecinos, y los transeuntes echaron tajos y reveses contra la obra y contra su dueño.

Del bullicioso grupo de *chinos* que á las órdenes de un patán con látigo en mano y con mangas de cuero, sacaban átomos de tierra del enorme montón que había en la ex-puerta de la casa, salía una mañana la siguiente algarabía:

—A *yo* primero! decía un patojo calzado con enormes botarrones y que llevaba kepis y chaqueta de ex-paño negro.

—No seas tan entremetido!

—Y *vos* no seas tan bestia, no me *pisés*!

—Eche aquí mi *sobristante*!

—No, á *yo*, á *yo*! *aquistá* mi zurrón.

—Silencio chivatos!

—*Atatarrú! Atatarrú!*

Para la nueva obra ya no hubo traticos ajustados, ni presupuesto, ni nada más que desembolsar doscientos pesos semanales en buena menuda.

Antes de que las *brancas* llegaran al futuro entresuelo, ya los dos mil y pico de pesos del Banco estaban agotados. Para continuar, fué vendida la casita de las Nieves en dos mil pesos, que alcanzaron para ayudar á subir la primorosa fachada ideada por D. Serafín. Éste se retiró de la casa de Doña Pilar muy sentido, por algunas indirectas que le dirigió al quejarse del estado de ruina en que iba á quedar con sus pobres muchachas.

Cuando empezaban á enmaderar el frente, un vecino colindante se presentó en la policía protestando de los daños que le había causado en su casa Doña Pilar, al desbaratar la suya; pidiendo la suspensión de la obra para impedir una servidumbre que le imponía el nuevo edificio, y reclamando dos mil quinientos pesos de indemnización por todos los daños causados.

Fué suspendida la obra por la policía, en los momentos en que Doña Pilar acababa de hipotecar la casa en construcción por seis mil pesos, suma calculada, por lo bajo, para concluir la, y tomada al uno y medio por ciento mensual con un año de plazo, descontando los intereses anticipadamente.

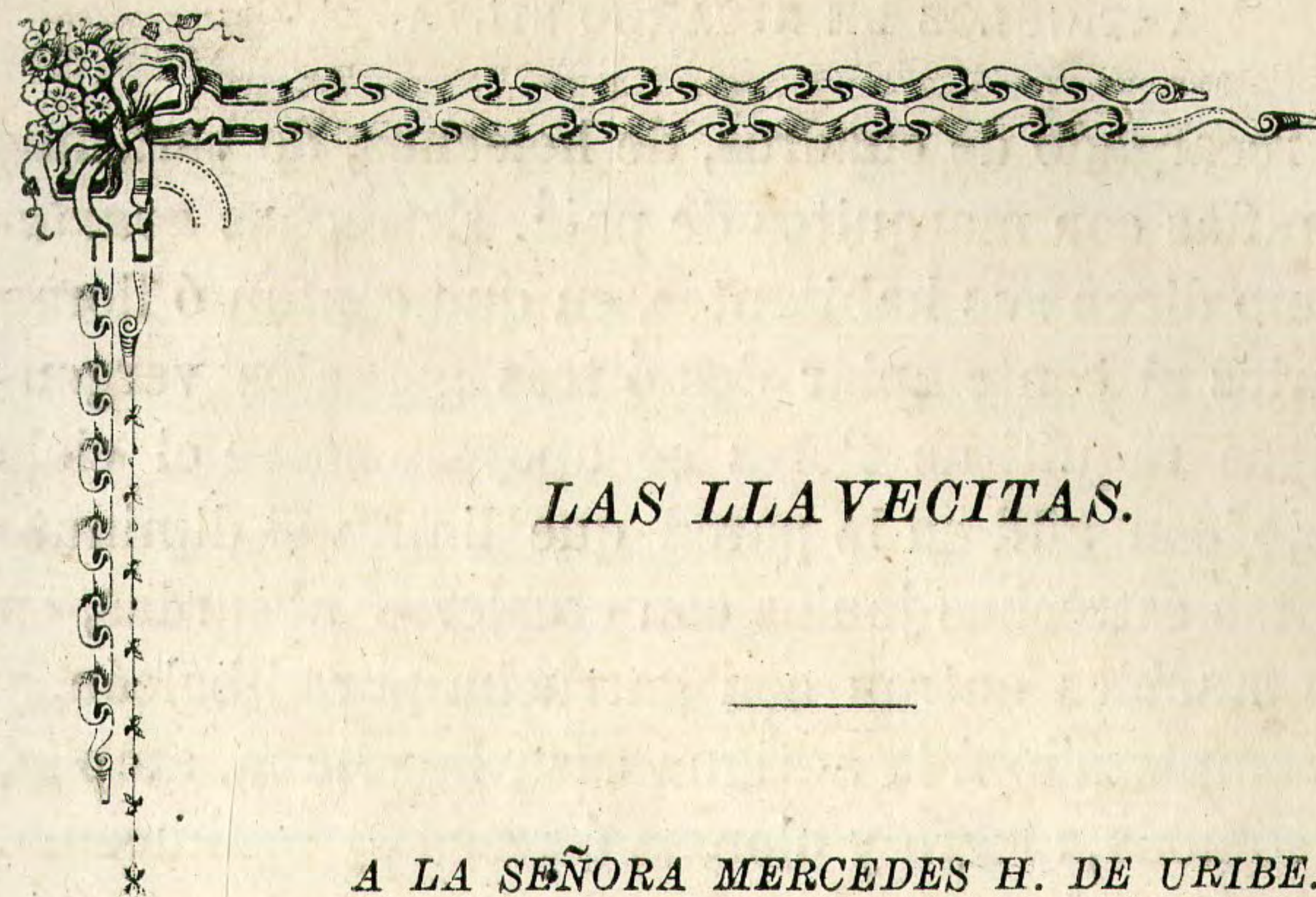
Practicadas las diligencias de peritos, vinieron los abogados de las partes; hubo conferencias, largas discusiones y consultas, y el pleito fué cortado á los siete meses, porque los interesados se sometieron á un fallo de árbitros, los cuales, oídos los alegatos respectivos, condenaron á Doña Pilar á pagarle mil pesos de indemnización al vecino.

Empezados nuevamente los trabajos, quedó terminada la obra de albañilería del frente de la casa, cuando estalló la revolución de 18... que obligó á Doña Pilar á suspenderlos por segunda vez. Quedaron los salones y los almacenes sin puertas y sin papeles, los corredores con las columnas ochavadas envueltas en *cuán*, las piezas interiores con los umbralados abiertos á mayor altura y colocados simétricamente, según el plan de D. Serafín; el elegante emplanchado del comedor y el corredor ancho esperando los hermosos bastidores con cristales que debían cubrirlos, y toda la casa llena de escombros y de materiales.

En este estado, murió Doña Pilar, agobiada por las penas que le causó tan desgraciado negocio, y quedó definitivamente suspendida la obra.

Ejecutada la mortuoria á los dos años, produjo la casa, en público remate, nueve mil pesos, ó sean las dos terceras partes del avalúo judicial. Se pagaron los seis mil de la hipoteca, los intereses del segundo año y los demás picos que se debían de materiales, &c., &c., y las dos muchachas quedaron al fin en la miseria, viviendo con una tía, víctimas del *remiendito*.

1876.



LAS LLAVECITAS.

A LA SEÑORA MERCEDES H. DE URIBE.

SIRVA hoy de tema esta nueva arandela de la vida llamada *las llavecitas*, parte indispensable de los chismes de la actual casa de familia; diabólica invención compañera del *crochet*, de la *frivolité*, de los polvos de arroz á la violeta, de los monogramas, de los albums de estampillas, de las alzaderas, del *polissoir*, del *cache-nez*, de los *aquariums* y de los demás elementos de felicidad, característicos del hogar moderno, del hogar francés, *confortable*, diminuto; con *salón* de siete metros de altura sobre cinco de extensión, con *boudoir* azul, *recevoir* gris y *boureau* amarillo; con *side-board* en el comedor, sea el *seibó* de que hablan las criadas literatas, con juego de campanas que no juegan, con agua corriente á quince metros de profundidad y arrancada de allí por bombas "que suspiran con trabajo y que arrojan buches de Sedlitz," según la expresión de nuestro nunca bien sentido Vergara. Hogar servido por máquinas de hacer el café, de rallar los limones, de batir los huevos, de descorazonar las manzanas, de deshuesar los pavos y de limpiar las papas; alumbrado con gas inverosímil ó con petróleo asfixiante, adornado con

profusión, recargado de cuadros, de helechos, de parásitas y de fotografías con marquitos de paja. Estrechos *apartamentos*, como dicen sus habitantes, en que cantan ó lloran unos canarios al contemplar dos ó tres geranios vergonzantes, cuyas raquílicas flores se apoyan sobre el cielo azul pintado con añil en la pared que limita el diminuto patio de estas estrechas jaulas con escaleras absurdas, en las que los muebles entran con garrucha por el balcón, y que han reemplazado á la antigua casa bogotana, amplia, ventilada, cómoda, alegre y olorosa á reseda y á alhucema.

Las llavecitas de que nos ocupamos son consecuencia de las casitas modernas. En la antigua casa bogotana no se usaron en el destino que hoy tienen. Bastará dar una ojeada á lo que fué, para saber que eran innecesarias. Era entonces la despensa una hermosa pieza contigua á la cocina. Sus toscos estantes guardaban en la parte superior el aterciopelado y bordado galápago de la señora, envuelto en una sábana y provisto de pimienta para preservarlo de la polilla; á su lado figuraban el almirez, las brillantes pailas y olletas de cobre, los faroles para el alumbrado que decretaba el Alcalde en tiempo de alarma ó la Iglesia en tiempo de fiestas, las petacas de Fusagasugá que contenían cañafístola, tamarindos y yerbas medicinales secas, como toronjil, yerba-buena, eneldo y paraguay. Esta especie de cornisa del estante, tenía clavitos á distancias, de los cuales colgaba ya la bolsa de bayeta de filtrar el café, ya los *cachumbos* secos de corteza de naranja, el rallo monumental y los cedazos respectivos. En el otro espacio de arriba para abajo, figuraban las ollas y cazuelas nuevas de natá, próximas á entrar en ejercicio del Poder Ejecutivo, las botellas vacías, las ahumadas latas adjuntas á la Legación del horno, los candeleros viejos en uso de licencia indefinida, el cajoncito con la linaza, el del arroz, en cuyo blanco seno descansaban

los huevos; los talegos con el sagú, con la harina y con el almidón, los blancos cucharones de madera, para *espumar* los dulces, el canastico que contenía los limones, los fuelles nuevos, las *chinas* y el cajoncito que guardaba las llaves viejas, los clavos torcidos y demás fierros inútiles, tapados con un envoltorio de papel que arrojaba por sus mal cerrados pliegues polvos de loza para limpiar los cubiertos. En el siguiente espacio lucía, el viernes, el abundante mercado: los panes de azúcar, la panela, toda la sección de coles, plátanos, ahuyamas y tomates, los *principios*, las frutas, &c., &c., figurando, como base en el suelo, los enormes costales con papas paramunas, yucas y arracachas, las rosadas artesas manchadas aún por las tunas para los toches, y por último, el cajón clásico que contenía el carbón. Las carnes y sus derivados colgaban de la indispensable vara que atravesaba la pieza descrita, y la pesada puerta de ésta era manejada únicamente por la señora, con una enorme llave que en caso apurado le servía de martillo.

En otro cuarto llamado sencillamente “la *despensa del dulce*,” (hoy *Repostería* en la casita francesa) estaban la loza, la cristalería, los cubiertos y manteles, las frutas, los *dulces de almíbar*, las velas, el chocolate, el pan, &c., &c y la gran llave de este cuarto, unida á la gran llave de la despensa por una correa ó pedazo de badana, eran las dos únicas de dicho servicio, las cuales *dormían* colgadas en un clavo en la alcoba de la señora, ó brillaban de día en la respetable cintura de ésta. Estas dos llaves son en el árbol genealógico de esta familia, las mamás abuelas de las susodichas *llavecitas* de que nos ocupamos.

Vino el progreso moderno que todo lo ha invadido llevándose de paso los rasgos característicos de nuestras sencillas costumbres; dejándonos en cambio sin fisonomía propia, y haciendo de nuestro modo de ser una especie de

colcha de retazos de diferentes nacionalidades, como las de muestras de zaraza que cubren las camas de algunos pobres. En efecto, desde lo pequeño hasta lo grande, todo ha sido removido por la moda, y la muerte se ha encargado de destruir lo demás. Nada queda para nuestros hijos, de aquello en que gozábamos nosotros. La inodora camelia, recuerdo de las *Traviatas* parisienses, las hojas que parecen de paño viejo de dos colores, los helechos que servían para rellenar los costales de carbón, y las *aguadijas* de Monserrate y Guadalupe, representan hoy en los salones del buen tono, en ricos vasos de porcelana decorada y dorada, el *non plus ultra* de nuestro más delicado gusto francés. ¿A dónde, están en cambio, el fragante *Don Cenón*, la gallarda *Espuela de Galán*, el aristocrático *Racete*, el *Farolito*, el *Ridículo*, los *Boquiabiertos*, los *Clavetes*, el *Alelí*, las *Madreselvas* y tantas otras flores queridas, cuyo aroma guardaba nuestros más tiernos y dulces recuerdos de la niñez? ¿Dónde están nuestra sencillez en las maneras y en el vestir, la cordialidad y el buen humor que nos caracterizaban; nuestra música nacional, el sentido bambuco, la contradanza, cuyas delicadas notas eran lanzadas por el simpár clarinete de Cancino desde las alturas de un palco de tercera fila, adornado con laurel y banderolas, en la plaza de toros, hasta el fondo del alma en la cual quedaba grabado el recuerdo de la patria que celebraba así sus fiestas nacionales?

¿Dónde están nuestros deliciosos paseos al Salto de Tequendama, los bailes de aguinaldos en Santa Bárbara, la bandola de Melo, la guitarra de Mata, los conciertos de Quevedo, las comedias caseras, el teatro de Auza y de Juvenal Castro, en el cual *saboreábamos* los primores de Bretón; la zarzuela de Hernández, los pesebres caseros con sus montañas de musgo y conchas, sus cascadas, sus caseríos de cartón, sus títeres, sus triquitraques, y las

cenos y bailecitos adjuntos llenos de vida y de alegría? ¿Dónde el antiguo Chapinero, encantador con sus sencillas fiestas de la aristocracia, sus matrimonios de la gente de moda, sus juguetonas y cristalinas *quebradas*, sus encorbados salvios, sus *chambas* llenas de curubos, de musgo, de rosas y de moras, y que nos brindaba con sus risueñas mañanas de Diciembre la vida y la alegría á los niños? ¿Dónde está todo esto que nos falta? No lo pregunteis á la escurrida y desabrida moda del día, que os contestará con el más supremo y aristocrático desdén: *Je ne vous comprends pas!*

¿Dónde está el Corpus, con sus lujosos cortinajes, sus altares, sus flores, sus cachacos elegantes, sus balcones coronados de bellezas, sus niños primorosamente vestidos, sus ninfas, sus carros, &c., &c.; dónde la Semana Santa, con sus simpáticas fiestas de Ramos, de Resurrección, sus pasos de Pilatos, de los Apóstoles y demás del sistema objetivo del Catolicismo; dónde las bulliciosas Octavas de barrio con su inolvidable Paraíso lleno de animales raros, sus matachines, sus *bosques*, sus canastos llenos de frutas y confites, sus arcos de laurel y flores; sus calles aseadas, cuyas tiendas aparecían adornadas con cortinas de diversos colores, espejitos, vitelas de santos, el retrato de Obando, el del doctor Margallo, la muerte de Santander, la batalla de Waterloo, Chactas y Atala, Pablo y Virginia, ó la toma de Sebastopol, al lado de un cuadrado de Vásquez ó de una Dolorosa pintada con añil; Octavas precedidas de los ruidosos fuegos artificiales y seguidas de tres días de *toros* con sus correspondientes toldos, loterías y bailes de la gente del *demi-monde*? ¿Qué se hizo todo esto? Preguntadlo á los que suprimieron, por bárbaras, estas demostraciones populares del sentimiento religioso, distracción honesta de este infeliz pueblo pobre, que hoy busca en el licor, en las puñaladas

y en el juego el placer que hallaba en aquellas fiestas inocentes.

En cambio tenemos ó tendrán los que nos sigan, que ya nosotros, á Dios gracias, terminaremos pronto la jornada de la vida, bien provistos con los caros recuerdos de las vulgaridades que dejamos anotadas; tendrán, decimos, las carísimas memorias del petróleo, de la gasolina, de los *revolvers*, de las hojas imitación de paño desteñado, del velocípedo, de las elecciones con sus gratos balazos, de los dulces mensajes de los respectivos Presidentes de los Estados soberanos. Chapinero no les recordará lo que á nosotros, sino el brandy y las guerrillas, la estigmática y los demás encantos del día. Fucha no les recordará sus paseos de niños; ya no encontrarán allí las partidas de estudiantes pobres y ramplones buscando el baño delicioso á la sombra de los corpulentos salvios y tomando su escasa provisión de bocadillos y queso, recostados sobre el césped fresco de las llanuras, contemplando las lejanas Quintas, y casi en familia con las perezosas vacas ó con el juguetón ternero, “extraño á las miserias de la vida, extraño á sus placeres, extraño á su dolor.” Tendrán en cambio el dulce y apacible recuerdo de “*Los Alisos*.”

Seguirán, pues, decimos, disfrutando de los banquetes de á ochenta fuertes por convidado. Concurrirán á los sencillos bailes de á siete mil pesos, que empiezan á las doce de la noche, y que, ajustados á las más severas prescripciones de la más rigurosa etiqueta, darán el resultado que busca en ellos el mundo elegante: gastar lo más en cambio de divertirse lo menos posible. Tomarán el té, el aristocrático té, huésped extranjero, servido en tetera de Elklington con coladorcito de alambre dorado; endulzado con azúcar de remolacha, al cual le hace una vénia la dorada vinajera resplandeciente, para servirle unas gotas de leche condensada y preparada por Lanman y Kemp, y

ante cuya majestad apenas se permite presentar sus doradas, azuladas y aromáticas espumas, servido en diminutas tazas y en alarmante minoría, el chocolate vergonzante, proscrito vulgar, noble arruinado, delicia un día de los que fueron, y hazme-reír hoy de la *Charlotte Russe*, de los barquillos de Morton, de las galleticas de agengibre de Hundtley, del *plumpuding*, de los *sandwiches*, de los *rice-cakes*, de la *crème de almendras amargas* y de los demás cortesanos extranjeros, acompañantes obligados de aquel invasor chino, hijo adoptivo de la Gran Bretaña, y que en segundas ó terceras nupcias ó decocciones es apurado con aparente placer por las víctimas del buen tono. Los trajes de á cuatrocientos fuertes para cada funcioncita de confianza, los entierros de á mil y quinientos, y las demás repetidas manifestaciones de este lujo delicioso, tan socorrido en un país pobre como el nuestro, en donde cada peso que *entra*, cojido en trampa, representa diez que *salen* con carácter de irreembolsables; el abominable *currulao* ó pasillo, adoptado como música nacional, é inventado probablemente en las orillas del Magdalena; las criadas con *capoul* y los demás pormenores que omitimos, forman el grato conjunto de muestras extranjeras importadas para disfrazarnos en este gran baile de máscaras, en que bailamos, no al son de la música, sino al estruendo de nuestras amadas guerras civiles que tanto nos honran, y que son y serán el inapreciable elemento de nuestro bienestar y el punto de partida de nuestras dichas futuras.

“Mas de tantas perfecciones
La que más nos maravilla”

es la colección de *llavecitas* de que nos ocupamos. Estos diablitos son por lo regular cuatro, unidos por un llaverito de *acier fondu*, lindo como él solo, y corresponden á las

siguientes puertecitas de la casita moderna. Una de ojo dorado y acanalada, es la de la parte baja del susodicho *seibot* que guarda las provisiones del uso diario: pan, dulces, frutas, queso, vino, mantequilla, carnes, &c., &c. Otra más pequeña, es la de los cajoncitos altos de dicho mueble, que contienen: uno los cubiertos, el tirabuzón, las servilleticas para el té, &c., y otro unas pastillas homeopáticas de chocolate molido en máquina y que se servirá hecho en máquina de tibir huevos, la cual tiene por Secretario general adjunto una ampolletica escocesa ó máquina de medir los minutos. La otra es la de la *Repostería*, que guarda los servicios de porcelana decorada, dorada y con monograma, la cristalería, los servicios de electroplata de Christoff, los vinos, las bugías, el rancho de Morton, &c., y la otra es la de la despensa, pieza diminuta con estantería fina, imitación de caoba, y que contiene, en cajones rotulados como los de las boticas, lo siguiente, que puede ser fácilmente encontrado por las *direcciones* ó inscripciones de cada cajoncito: "papas," "cebollas," "arroz," "café," &c., el resto de la estantería está vacío desde el sábado, y sirve para los ejercicios gimnásticos de los ratones que trepan y se descuelgan en busca de algunas partículas de harina escapadas de la respectiva máquina en que se guarda.

Véamos ahora funcionar las *llavecitas* en la moderna casita franco-bogotana.

Ante todo, y justicia sea hecha, la joven señora de la casa es muy arreglada; tiene en su alcoba un aparatico de nogal con incrustaciones de marfil, que sirve para colocar la llave del portón, cerradura francesa, como las de las cajas de fierro de Verstaen, diminuta y desdentada llave, muy aparente para ser bestialmente manejada por las criadas; la del pasadizo bajo, la del cuarto del baño y la del candado del cuarto del carbón. En dicho aparatico debie-

ran estar también, según su orden terminante, las susodichas *llavecitas*, cuando sale á la calle, pues entre la casa las lleva, ó mejor dicho, piensa llevarlas entre el bolsillo del traje, junto con el portamoneda, el dedal, el perfumado pañuelito de olán y el encajito de *crochet* que está haciendo. Pero la verdad es que las tales *llavecitas* andan manga por hombro, ya en el costurero, ya sobre la mesa de baño, ya prendidas de una de las cerraduras, ya en poder del ama que las agita en el aire haciéndolas sonar para divertir al niño chiquito, ya hundidas entre los pliegues abotonados de la turquesa del *boudoir*, siempre haciendo de las suyas, y divertidas en atormentarle la vida á los habitantes del hogar modelo de que nos ocupamos.

—Qué *me harían* ya las *llavecitas*? dice la señora levantándose y retirando la máquina de coser en que ha estado haciendo un dobladillo.

—*Sumercé*, le contesta la literata con *capoul*, que hace de criada de adentro, *sumercé* las tenía esta mañana cuando sacó el té para el almuerzo.

—Pero después te las dí para sacar no sé qué cosa de la despensa.

—No, mi señora, se las dió *sumercé* á mi *siñá* Fanny (la niña de cinco años de la casa) para que sacara el *algo* para el colegio.

—Qué *mi siñá* Fanny! contesta la señora un tanto molesta, si después de que se fué la niña, agrega con lentitud y recapacitando, *fué que* me las pidieron, precisamente cuando te pedí el poquito de agua para rociar la camelia de la sala.

—Tiene *sumercé* razón; entonces *quen* debe saber de ellas es la niña Tránsito, cocinera de cincuenta y dos abriles mal contados.

—Pues anda y averigua qué las hicieron.

Esta escena tiene lugar á la hora de comer, y del

breve sumario levantado en la cocina en averiguación del hecho resulta: que la niña Tránsito después de sacar, no el arroz, como sostenía el ama, sino un huevo, porque el otro resultó dañado, se las entregó á *sumercé* en sus propias manos, por más señas que *endespués sacó sumercé* de la repostería la maquinita de *rayar* el limón para el batido. Se le comunica á la señora este resultado: conviene en que así fué, y empiezan á buscar las *llavecitas*. Busca aquí, busca allí; todo lo remueven, cae la aceitera de la máquina de coser sobre la blanca tela que están cosiendo y la mancha con aceite. Oigamos el diálogo:

—Entre ese canasto!

—No, mi señora, ya las busqué *ai*.

—Entre el bolsillo de mi bata.

—Tampoco.

—Sobre mi tocador.

—No, mi señora, *no están ai* tampoco!

—Tal vez en el cajoncito de la mesita de noche.

—*Ai* tampoco, mi señora, porque fué *onde* primero las busqué.

—Pero, entonces qué se hicieron estas llavecitas del diantre!...

—*Quen* sabe! esto parece cosa de brujería.

Las llavecitas no parecen, pues, y se come sin pan, sin queso, sin vino y sin dulce.

Terminada la comida despierta el niño chiquito, grita, y llora; las criadas están comiendo, y la señora va á verlo, y al levantarlo entre los besos y las caricias y el *qué es, mi amo; por qué llora así, ya le van á traer su teté, mi vida, &c.*, siente la madre un ruido metálico sobre el colchón de la camita; son *las llavecitas*!... Las tomó el niño, las echó en el bolsillo del delantal, se durmió y lo acostaron con ellas. Llega el ama, y la señora, mostrándole *las llavecitas*, le dice:

—Mira dónde estaban! quién iba á figurárselo!...

—¿No le decía yo á *sumercé*, contesta, que cómo iban á perderse *dentre* la casa? *Paqué* lo vea *sumercé*, y uno ya echando juicios temerarios. Ave María!

—Mire, mi hijito, no sea tonto, dice la madre al niño, mostrándole *las llavecitas*, para que entienda mejor; no vuelva á coger *las llavecitas* porque papá bravo *oye*?

—*Babo yo! avicitas mías, de yo!* contesta el nené gritando y llorando porque no se las dan pronto, pronto. Y hay que dárselas de nuevo para que no reviente gritando.

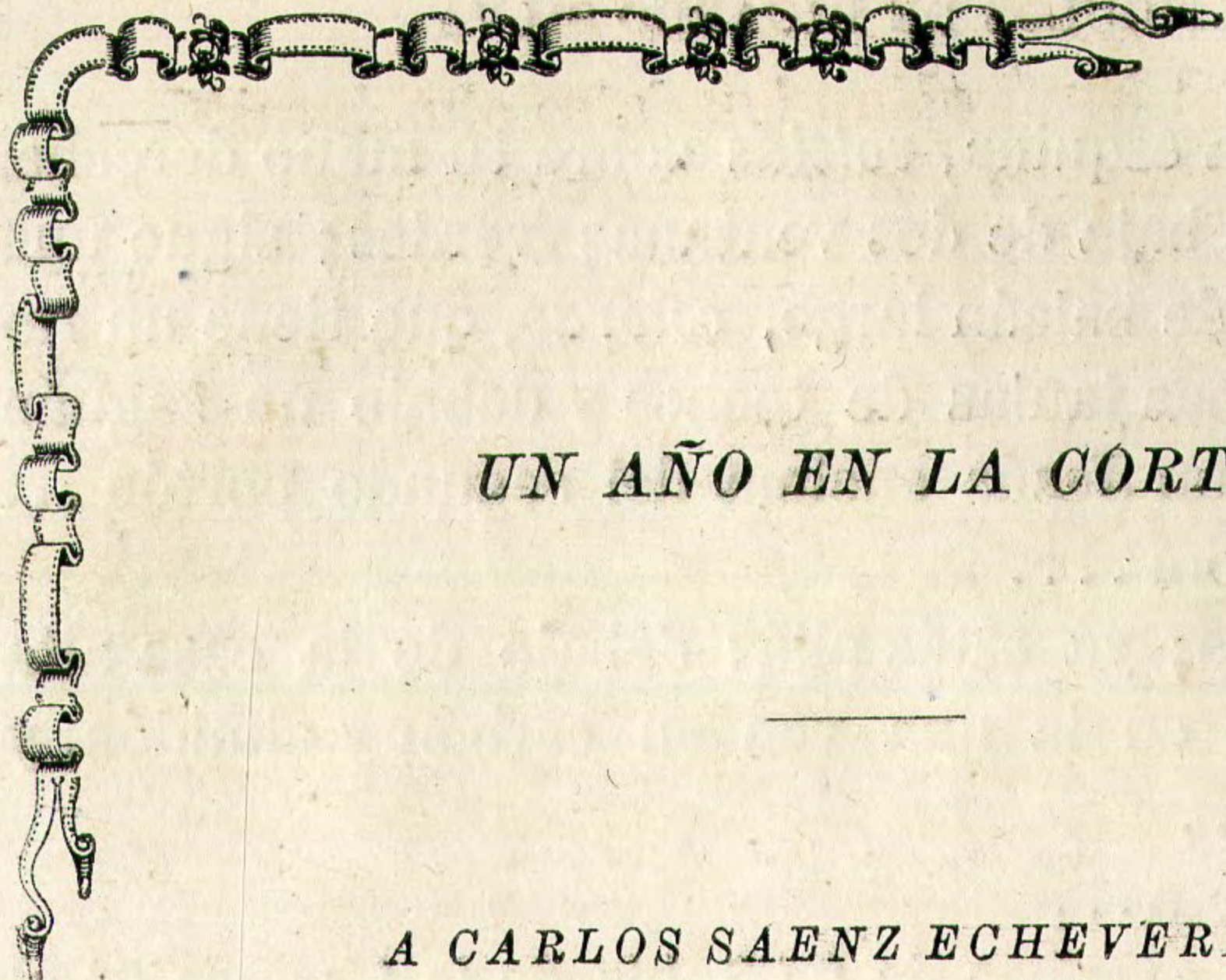
Las llavecitas se pierden, hoy al almuerzo, mañana á la comida, pasado mañana al refresco, y con entera seguridad, siempre que hay convidado del momento, y en cada vez, *mutatis mutandis*, tienen lugar escenas semejantes. Suelen llegar casos extraordinarios. En unos de éstos decididamente se han perdido: la señora y su marido fueron á casa de una amiga un domingo por la tarde y se quedaron allí á tomar el té, después de despachar al ama con los niños y de darle *las llavecitas* para que le dieran á éstos su refresquito; el ama le dió *las llavecitas* á la niña que quiso llevarlas, y ésta las perdió en el camino, entre los estrujones de las catorce mil personas que regresaban del titulado paseo de San Diego. Los niños se acostaron, pues, á oscuras y sin tomar nada; pero afortunadamente se las *topó* esa noche una comadre del ama, la cual exigía nada menos que diez fuertes de gratificación por *habérselas topao entre tanto gentido*. O bien perdidas definitivamente en otra ocasión, hubo que romper las puertas por ser ineficaces los avisos en las esquinas. Tres días después aparecieron, sin buscarlas, en el fondo de la tinaja del agua.

—No te vayas, le dice la señora de la casita moderna á una amiga de confianza, á la hora de comer: mira, está

paramando; quédate á comer con nosotros, y mandamos un recadito á tu casa para que no te aguarden.

—Imposible, mi hija! le contesta afanada, me vine, agrega sonriendo, sin sacar nada para la comida, y no recuerdo dónde dejé *las llavecitas*...

Bogotá, 1879.



UN AÑO EN LA CORTE.

A CARLOS SAENZ ECHEVERRIA.

ERRERA 5ª AL ORIENTE, se llama hoy en la algarabía del Distrito la antigua y tortuosa calle del “Embudo,” conocida con tal nombre en cuatro manzanas á la redonda, y “Número 65 bis,” una casa alta y vieja, situada en dicha calle, y que en otros tiempos servía de punto de partida á la señora Santaferena, botellera de la calle de “los Mortiños,” para dar las señas de la tienda de la mulata Salomé, aplanchadora, cuando debía ir á buscarla la criada nueva.

—¿Sabés la panadería de *misia Sención* Acuña?

—No, mi señora.

—Aquí derecho arriba, como quien va para la “*Mediatorta*.”

—Sí, mi señora, junto á la niña Presentación la tusa, no?...

—Qué Presentación! cara de tusa *tenés vos*. *Mirá*, se llega á la calle del Embudo... tampoco *sabés* dónde es?

—Sí, mi señora...

—*Llegás á la esquina, voltiás sobre tu mano derecha, pasás una casita baja de dos ventanas verdes; sigue una casa alta, vieja, de balcón largo, colorao, que tiene un ramo bendito, y unas jaulas de toches y debajo un zaguán grandotote, con un Jesús encima del segundo portón...*

—Sí, mi señora....

—Pues bueno; ya estás allá: debajo de la casa alta hay dos tiendas; en la una venden carbón y almidón, y en la otra vive...

—Sí, mi señora...

Esa casa alta es, pues, la "65 bis de la Carrera 5ª al Oriente," de que venimos hablando, y en la cual vive D. Gabino Ezpeleta, ex-coronel de la Confederación, y ex-notario del Circuito de Bogotá.

El progreso material de la ciudad, armado de escaleras, *rejos* y poleas, trepó un día por aquellos arrabales del rico y aristocrático barrio de la Catedral; puso un gran farol suspendido sobre el centro de las cuatro esquinas; por la noche sonó en esas tranquilas calles el pito del sereno de la Junta de Comercio; rabiaron los vecinos por el nuevo impuesto de alumbrado y los propietarios protestaron en todos los tonos por el desembolso á que la ley los obligó con el enlosado de las aceras, que ordenó el Alcalde, y hé aquí que á pocas vueltas la calle del "Embudo" quedó remontada y remontable.

Poco tiempo después surgió, de entre una aglomeración de piedras y de palos, de burros y de barro, la elegante casita alta de dos pisos, que ajustada á los modelos de las muchas con que últimamente ha sido embellecida la ciudad, es hoy el lujo de la calle del "Embudo;" la tacita de plata, la jaula dorada que se levanta al lado del vejestorio santaferño 65 bis de que nos ocupamos.

Es una casita, pues, de quince años, de bruñida, mármorea y aristocrática fachada, zaguán estrecho, portones

y enchapados de nogal, balconcitos blancos y dorados, cristales de muselina y de colores; escalera de caracol, campanas eléctricas, llamador de bronce, comedor con aparadores negros y decorado con jarrones de flores y de frutas, y con asuntos de cacería. Salón de 5 metros, cámara de cuatro varas, cornisas y florones dorados; total 100 fuertes de arrendamiento mensual, sin las tiendas, que están destinadas, la una para "*peluquería, flebotomía y extracción de muelas bogotanas*," según lo anuncia la respectiva muestra, y la otra para "*Agencia de trasteo y sillas de manos, de Argüelles, Santacruz & C^{ia}*."

Olvidábamos anotar que el extenso solar de la casa vieja estaba sembrado de chisguas, *uchuvos* y bijuacá. Que linda con la calle del "Embudo." Que por encima de las arruinadas y torcidas tapias que lo cierran, asoman sus desgredadas copas dos ó tres sauces viejos y achacosos que cubren la miseria de su triste posición con las hojas y las flores de unos curubos enredados en ellos y que ayudan á sostener los nidos de los *Copetones* que, en concierto con las chisgas, alegran con su canto aquellas soledades en las magníficas mañanas de verano. Que en mejores tiempos tenía aquella casa una vertiente que le sirvió de disculpa á alguno para enterrar su capitalito, montando en ella una tenería; empresa quebrada desde el principio, sostenida después en las muletas de una hipoteca especial de la finca y que sucumbió bajo el peso del 23 ó 24 por ciento del usurero que suministró los últimos 600 pesos, para impulsarla, y que la casa y el solar expresado tomaron desde hace algunos años el sobrenombre de la "Quinta."

A la puerta de ésta llegó una tarde un negro alto y fornido conduciendo siete mulas gordas y brillantes, á *bordo* de las cuales venía un equipaje. Pocos momentos después empezó á descargar en la calle y dentro del zaguán, los almofrejes, baules y petacas, esteras, pailas, olletas, &c.

Un coro compuesto de mujeres, de obreros, de mendigos y de *chinos* rodeó las mulas y completó el movimiento:

—Pero cristiano, *engüélvale* con la camiseta la cabeza á ese *condenao* macho, que godo había *é ser pa* ser tan *fregao*!

—Ooooiste diablo! . . . mírenlo, si será revoltoso! . . . oooiste!

—Es que se *quiere golver* á su tierra *juyendo* de la *vir-güela*.

—Ñor mocito, de *quén* son las cargas?

—*Pus* mírenlo qué curioso, vaya! *pus* de *quén* han de ser sino de su propio dueño.

—Es tal vez algún *Menistro de lestranjería*! . . .

—Recoja los aparejos, Ciprián, mire que *poaquí* son vivos *pa luña* estos *reinosos*.

—Ñor mocito mire *quiaquí* se le queda la zurriaga . . .

Al ruido de estas voces y de los golpes que daba el negro en el segundo portón para que le abrieran, salió al balcón una criada.

—¿*Quén* es? ¿qué *quiere*?

—Soy Toribio, el paje del patrón Peláez; abra la puerta que los *probes* animales vienen *pereciéndose* de hambre y se *escurece*! . . .

—Qué patrón Peláez, ni qué pan caliente, si aquí *quen* vive es mi amo Gabino, que es *quen* corre con esta casa.

—¿*Pus* fresquitos quedamos, contestó Toribio levantando la cabeza y haciendo con la mano derecha sobre la frente una *vicera* para que los rayos del sol de los venados que amarilleaban la casa alta y las copas de los sauces, le permitieran ver á la interlocutora situada en el balcón.

—*Pus* fresquitos quedamos, continuó, si no es aquí, ya con la carga *escargada* . . . ¿Y *onde* diablos es entonces esa Quinta, agregó, si el blanco que me leyó las señas que

treigo escritas y el cristiano que me *trujo* hasta aquí no saben de más Quinta que de esta *poaquí*?

—¿Y *onde* está el que le dió las señas? . . .

—En el puerto, allá abajo *onde* están esperando los *urnes* en que viene el patrón Peláez de cuatro Esquinas.

—En San *Vitorino*?

—Yo que sé; si yo *nuca* he venido al *reino*.

—Será en la Quinta de *Golivar*, indicó alguno de los curiosos.

—*Ú* en la de D. Jacinto Corredor, *puallá* por “El Palomar” abajo, le contestó la criada.

—*Ú* *tamién* en la de D. Cenón Padilla, por San Diego; una muy bonita que tiene muchos árboles y unos *elejantes* en el *tejao*, agregó el *chino*.

El diálogo fué interrumpido por D. Gabino que al llegar á la esquina de la calle del “Embudo,” apuró el paso para averiguar el por qué de aquellas mulas, de aquel equipaje y de aquella gente situados en la puerta de su casa.

Las explicaciones más ó menos bárbaras, con los comentarios de los espectadores, siguieron á las preguntas de D. Gabino. El negro Toribio sacó de entre un carrielito de badana amarilla, bordado con lanas de colores, un papel, oloroso á albahaca, que entregó á D. Gabino. Era el telegrama que el patrón Peláez había recibido en la Mesa, y que decía: “Omnibus, Cuatro-Esquinas, jueves doce. Esperamos familia comer; Casa, Quinta al Oriente. Embudo;” telegrama que entregó el patrón Peláez á Toribio para que averiguara por la Quinta al estilo oriental que le habían conseguido, según él y su familia se figuraron, y cuya noticia colmó en las muchachas el entusiasmo por la deseada y simpática Bogotá. Lo del *Embudo* sí fué indescifrable para las Peláez por el momento.

Gracias, pues, al ex-Coronel Ezpeleta, que sabía que

la casita nueva había sido tomada por una familia rica, que venía del Estado soberano de ***, pudo ser aclarado el enredo producido por el nuevo nombre de la calle, confundido por el que le dió las señas á Toribio, con el sobrenombre de Quinta dado al susodicho vegestorio en que habitaba el ex-notario.

Un criado que llegó pocos momentos después, trajo una de las cuatro diminutas llaves francesas del portón de la casita, y más tarde, raspando los brillantes enchapados aquí, y arrancando el empapelado más allá, fué metido el equipaje, que quedó, en parte abajo, pues los almofrejes y algunos baules no cupieron en la escalera de caracol, especie de tirabuzón de madera, perfectamente inaccesible para todo rezago colonial, como las petacas y el almofrej que, en la moderna Bogotá, pertenecen hoy á la canalla de los *trastajos* antiguos. En efecto, un saco de noche, un *bouquet* de camelias, un catre de bronce dorado, un *puff* forrado en raso Pompadour, unas silleticas doradas y de siete colores, un grabado inglés de dos metros de largo, dos jardineras de bronce, &c., &c., caben en cualquiera escalera moderna, y en cuanto á lo demás, desde el piano hasta el baño de regadera, y desde los armarios de espejo hasta la cocina de fierro y el tinajero mecánico, es sabido que entra desarmado, ó en garruchas por los corredores altos del patio principal, cuyos pasamanos son también de desarmar, para el efecto.

—*Onde* será la *manga*? preguntó Toribio al criado, para llevar estos animales de Dios, que están con *sequía*, y *pereciéndose* de pura *necesidá*, agregó angustiado.

—*Ora...* es que *manga*! contestó el criado riéndose á carcajadas.

—Y, entonces *onde* *pernotarán* los animales? dijo Toribio; será con *busté*, agregó indignado por la burla.

—Si aquí no hay *mangas*. El señor lo que dijo *jué* que

lleváramos las mulas á las pesebreras de “La Estrella,” *onde* están los caballos del coche del señor, por diez *juertes* mensuales *caduno*.

Estupefacto quedó Toribio con esta noticia. ¿Si se habrá *güelto* loco el patrón Peláez, pensaba, cuando fué á llevar las mulas á las pesebreras de “La Estrella,” *pa* venir á meterse entre esta trampa que *toella* cabe en el cuarto de los aparejos de la hacienda, y entre este *jervidero de jentes*, *onde* gasta más un macho en comer que un cristiano *puallá* con todas sus *jamilias* y todo.

En la misma tarde llegaron, no al *Puerto* de San Victorino, como pensaba Toribio, sino á la Plaza de Bolívar, el omnibus y el coche en que venía la familia Peláez.

Una partida de muchachos rodeó en el acto los carruajes; algunos transeúntes se pararon para averiguar quiénes eran los viajeros. Las monturas, las maletas y los envoltorios descendieron del pescante entre las exclamaciones del conductor y los gritos de los muchachos que ofrecían sus servicios.

—Voy yo, mi caballero?

—Yo, mis señoritas!

—A *yo*, mi señor *dotor*!

—¡Pero, hombre, cristianos, dejénlo á uno en paz, dijo en tono pausado uno de los viajeros, abriendo la portezuela del coche y bajando lentamente para ofrecerle la mano á dos señoras que bajaron una en pos de otra, y mientras que eran recogidos del fondo del coche algunos abrigos, un paraguas y un canastico con dos pericos “*cascabeles*,” salieron del ómnibus varias señoras y caballeros que formaban el resto de los que llegaban.

Fácil era distinguir en el grupo formado al pie de los carruajes, cuáles eran los forasteros y cuáles los ciudadanos, ó sean los *reinosos* de que hablaba Toribio. Veámosles desfilan por la diagonal de la plaza.

D. Martín Peláez, alto, moreno; calzón de dril blanco, ajustado, botines de ante amarillo, señalados en el empeine y por detrás con las huellas azulosas de las correas y de las espuelas de plata; chaleco de terciopelo á rayitas, y de tres botones como para baile, saquito de paño oscuro, inconstitucional por el corte y por lo corto; cuello de la camisa, ajado, sosteniendo una corbatica gris, casi culebra; cadena gruesa, de oro, cordón de pelo, mano callosa y ennegrecida, anillo de esmeraldas y sortija de plata, sombrero de Jipijapa alto, de grandes alas y copa cónica con ancha cinta negra, voz pausada, mirada maliciosa y sonrisa *calentana*; total, salvando error ú omisión, ochenta mil pesos, representados en la hacienda del "Cachicamo," con sus ganados, cacaotales, &c., &c., casa de cal y canto en la ciudad de ***, joyas de oro, vajilla de plata, dinero á interés, y \$ 7,000 oportunamente colocados en Bogotá en la caja de su cuñado, para salvarlos de ser "fundidos en el gran molde de la República," por el gran partido al cual no tenía la honra de pertenecer D. Martín en su Estado soberano.

La esposa de D. Martín y sus dos hijas Rosita y Paz: Ojos negros, mirada lánguida, tez amarillenta, pelo rubio y recogido con redecillas de felpa negra, sombrerito suaza con velo azul y hebilla de acero, traje de regencia, pañolón de colores vivos á listas, y guantes de seda gris.

Delio Peláez, hijo también de D. Martín: vestido de dril blanco ajado; sombrero de Jipijapa echado para atrás, chaleco desabotonado, carriel con faja de charol colgado á la izquierda, botines de ante, cuello largo y quemado, manos delgadas metidas entre los bolsillos del pantalón, voz chillona y *cantaletada*, ojo bilioso y entendimiento de corto alcance, como los fusiles de la Confederación Granadina.

D. Cornelio Rioja, cuñado de Peláez, rico negociante

de Bogotá, que ha viajado por Europa y América: calzado inglés, flux de paño burdo, sombrero de fieltro diminuto, cuello de porcelana, corbata escocesa, gemelos montados en oro, cartera de cuero de Rusia, mancornas de malaquita, guantes de gamuza, cigarro de la "Vuelta-Abajo," banquero de nacimiento, accionista en grande escala, y encargado por su cuñado Peláez de hacerle preparar la casa en ésta.

La señora de Rioja, distinguida matrona bogotana, de fisonomía bella y simpática, de voz dulce é insinuante y de maneras cultas; vestido serio y elegante así como el de Matilde Rioja, su hija, de quince años, de mirada revolucionaria, de sonrisa adorable y de maneras distinguidas; tipo perfecto de las encantadoras bogotanas, muchísimo más bellas, indudablemente, que la susodicha "*hurí mentida que ofrece al agareno el Alcorán*."

En casa de Rioja aguardaba á la familia Peláez una espléndida comida, ajustada en sus pormenores á las prescripciones del más refinado gusto francés.

D. Martín tomó el atún con cuchillo, la señora los macarrones con cuchara, Rosita y Paz hicieron picadillo los espárragos y los revolvieron, y Delio le desmigajó á las uvas blancas en su jugo, que tomó por dulce de uchuvras, queso de Gruyère y pan francés.

En vista de estas herejías, la familia de Rioja declaró por unanimidad, que sus parientes Peláez se encontraban en estado de alarmante salvajismo.

A las diez de la noche quedaron los viajeros instalados en su nueva habitación. Las señoras ocuparon las piezas inmediatas á la calle, y no despertaron hasta las siete de la mañana, hora en que el ruido de una campanita, que se fué acercando poco á poco en dirección de la calle del "Embudo," llamó la atención de la señora de Peláez.

—Niñas... el Santísimo!... dijo llamando á las hijas. Luégo se arrodilló sobre el alfombrado de la alcoba y rezó en voz baja.

Rosita y Paz hicieron lo mismo, y en esta beatífica actitud las encontró la muchacha, criada de adentro, que venía á servirles el desayuno en un servcito de electroplata, tête-à-tête, y en lindas y delicadísimas tacitas de porcelana trasparente, tal vez imperfectas por la falta de monograma, otro de los elementos de la felicidad de hoy, que Rioja no pudo conseguir para la vajilla por el momento.

—Quién estará enfermo en la vecindad? preguntó la señora de Peláez á la criada, levantándose porque ya la campanilla había cruzado la esquina.

—Por qué, señora?

—Porque por *ai* anda la Majestad; ¿no han *óido*, pues, la campanita?

—La que sonó fué la de uno de los carros que recogen la basura de la ciudad, contestó la muchacha con sonrisa burlona.

—*Hora* sí!... y la *majestá* cómo anda entonces?

—En silla de manos, como los enfermos, andaba hasta hace poco.

—¿Dígame, María, preguntó Paz, y esos silbidos de toda la noche, que no me han dejado dormir, qué significan?

—Es el sereno de la calle, señorita, contestó la muchacha, sirviendo el desayuno compuesto de té y galletitas inglesas.

—El sereno es el que silba así? agregó Rosita con sorpresa.

—Sí, señorita, el sereno.

—Pues terrible debe ser el tal sereno de Bogotá, contestó la señora de Peláez, porque yo, en los años que tengo, jamás le había sentido silbar así, * observación

* Histórico.

que fué interrumpida por una carcajada de la muchacha que las dejó sin saber qué nueva barbaridad habían dicho.

—Mire, María, dijo la señora de Peláez algo disgustada; yo no me desayuno con esta agua caliente que me trae para tomar con hostias. Las muchachas y Delio toman su café de cebada, y á mí me trae mi chocolate en mi pozuelo de plata y con bizcochos de maíz de los que vienen en uno de los *guchubos* que trae Toribio. A Peláez tampoco se le vaya á presentar con su cocimiento porque se enoja; él toma agua de panela con patacones de *maduro verde*.

La muchacha se retiró aturdida por estas monstruosidades, y fué á ordenar el nuevo desayuno indicado por la señora.

Más tarde sirvieron el almuerzo, compuesto de rabinos, sandwichs, atún, huevos al plato, apio, mostaza inglesa, beefsteak, *gubupas*, pan francés, mantequilla y café negro.

—Mire, dijo D. Martín en su tono dejativo, dirigiéndose al indio que, vestido con *cuácara* y pantalón de paño, corbata de seda con anillo, calzado con alpargatas, y peinado con carrera por la mitad, servía el almuerzo, diga que traigan algo en caldo que caliente el estómago. Esta es comida para loros, y nosotros acostumbramos almorzar *colí* de uña, maduro frito, carne molida, huevos, arepa y lo demás que comen los cristianos. ¡Vayan unos manjares más estrafalarios los que nos han dado!...

En vista de tan graves síntomas, el desayuno y el almuerzo, la señora de Peláez empuñó "las riendas del gobierno," y á despecho de las preocupaciones de los nuevos sirvientes, organizó un sistema de alimentación aproximado al de "*mi país*," como decía con énfasis al hablar del pueblo de su nacimiento.

Abierto el equipaje fueron desempacadas y adjudicadas

las curiosidades del Estado soberano de *** que venían destinadas para los parientes y amigos de las Peláez, á saber: Indios bravos, de pastilla, con el carcáx y el *guayuco* dorados, mulitas con la carga plateada, cluecas de tabaco, platonos y jarras de madera pintados de rojo y con flores y letreros dorados, paños de lienzo burdo, con luengas barbas y pajaritos calados, totumas coloradas, &c.

Unos *fluses* de confección que le quedaban tanto á D. Martín como á Delio, largos, cortos, anchos y estrechos, todo á la vez, con el correspondiente sombrero de pelo brillante, colocado en la nuca como para cubrir el arranque del cuello del sobretodo, y algunos trajes remontados y sometidos al yugo de la moda como los conservadores á la Constitución de Ríonegro, que sirvieron á la señora y á las niñas provisionalmente, la capul, los polvos de arroz y el cosmético, aplicados por la primita Rioja á las mejillas y á las cabezas incultas de las Peláez, fueron el punto de partida, el "*Humilladero*" de las futuras grandezas de esta familia predestinada al bienestar y á los placeres en que se agita el gran mundo, el mundo elegante de Bogotá.

Los primeros días fueron destinados á recorrer la ciudad y sus alrededores en compañía de la señora de Rioja y de Matildita, como le decían las primas. Recorrieron, pues, la Plaza de los Mártires, San Diego, el Cementerio católico y el protestante, los "jardines de la Paz," el paseo de San Agustín, el bellísimo parque de Santander, la plaza de Bolívar, los salones de las Cámaras, el Capitolio, la Catedral y demás templos importantes, el jardín de Santo Domingo, la Quinta de Bolívar, el Museo, la Biblioteca, &c., todo lo cual era nuevo para la familia que no conocía á Bogotá, y en su mayor parte también para D. Martín que no venía á la capital desde *el cuarenticuatro*, como decía al hacer sus comparaciones, una noche en que, entre el humo de los cigarros, y arrellanados en

las poltronas de su departamento, sostuvo con su cuñado Rioja este diálogo que oyeron la señora, las niñas y Delio; aquélla sonriendo, éstas haciendo *crochet* á la luz de la lámpara, y Delio bostezando, medio dormido.

—¡Conocí á Bogotá entonces tan diferente de lo que es hoy! exclamó D. Martín.

—Y yo, que era estudiante del Rosario, agregó Rioja. Estoy viendo nuestros capotes de calamaco, nuestros sombreros de paja con hule y nuestros zapatos amarillos, que tan bonito juego hacían con el pantalón de dril blanco ó de mahón, verdadero disfraz, extraño hoy para el estudiante moderno, que viste y calza á la moda, usa reloj inglés, *revolvers* americano, guante Jouvin, y cigarrillo caporal francés ó habano de "La Legitimidad."

Recuerdo que llovía todo el año y que había muy poca gente en las calles; me parece que estoy oyendo el ruido infernal que producía la lluvia sobre los alares de madera y lata que había sobre muchas de las puertas de las tiendas de la Calle Real... ¿No alcanzó usted á conocer algunas de dichas puertas, forradas por fuera, hasta cierta altura, con cuero de res y cruzadas con listones de madera? ¿Y qué me dice de los cerrojos y de los enormes candados que las cerraban? ¿Qué del alumbrado, circunscrito á las tres calles del Comercio y formado de tal cual farol grasiento, en cuyo centro agonizaba una luz amarillenta, como la que despiden los cocuyos?

—No había una sola fonda donde apearse; los forasteros pasábamos la sabana en mula; luego los pisos que eran endemoniados para los callos, pues no había sino tal cual malísimo enlosado, que yo recuerde. Pero sabe, Rioja, lo que ha ganado más? Esas dos últimas calles de Florián; mire que me he quedado sorprendido...

—Con razón; como que en lo que es hoy el magnífico edificio del Banco de Bogotá lo que había era una herrería

que tenía la singular barbaridad de una chimenea tapada en la extremidad con una olla boca abajo.

—Hombre, qué brutos!

—Sí, señor, tal como se lo digo... ¡Y no recuerda las casuchas del lado de la casa de D. Raimundo Santamaría, en las cuales enfardelaban; las tiendas de aplanchadoras que colgaban la ropa en la calle; las de las vendedoras de carbón, sucias hasta lo increíble, con el característico loro grosero, fijo en una estaca en la puerta, y ocupado en insultar á los transeúntes; las inmundas chicherías que empezaban en la mitad de la segunda calle de Florián, y, entre las cuales descollaba la hirviente y monumental "Fonda chiquita," situada en lo que es hoy el extenso almacén de Antonio Samper & Compañía? Estoy viendo las tiendas húmedas y oscuras de debajo de Santo Domingo, que servían de taller y habitación á obreros infelices; las innumerables jaulas de toches, y las tazas de mejorana y claveles que *adornaban* las torcidas y desiguales rejas de dicho convento. En el zaguán inmediato á lo que es hoy almacén de D. Narciso González, había un inglés alto, colorado como un rábano, un *inglés nitrado*, como ha dicho algún gracioso, el cual construía allí estribos de zuela que colocaba al sol, en la calle, haciéndola intransitable por el mal olor que despedía el tinte negro con que los pintaba. También daba en alquiler el único carro para muertos que había y que se llamaba "El Féretro." El maestro Trinidad, cerero, situado en la otra extremidad de dicha calle, cerca de lo que es hoy entrada á las oficinas de correos y telégrafos, proporcionaba los cirios y un paño de pana negra con galones amarillos, con el cual se cubría la mesa en que era colocado el muerto rico, porque los muertos pobres no gastaban esos lujos. En lo que es hoy la tercera calle de Florián, formada en la actualidad de esas lujosas y elegantes casas de á sesenta mil fuertes,

que le han llamado la atención, y que hacen de ella algo de estilo europeo, había entonces unas casitas bajas, el cuartel, plazuela y solar del "Parque," y tres casas altas del Coronel Lorenzo González, quien, con tal motivo, reconstruía cada poco tiempo, de su bolsillo, el memorable "Puente de los Micos," sobre el río San Francisco, antepasado del magnífico Puente de Cundinamarca, y que comunicaba, en tiempo de paz, un muladar inmenso que empezaba en la esquina del "Parque," y acababa, probablemente, en la frontera de Venezuela...

—Ja! ja! ja! no sea exagerado Rioja! es que en Venezuela!...

—La verdad es que me horripila recordarlo.... Es casi increíble la transformación que ha sufrido Bogotá en tan pocos años!... ¡Cuando recuerdo que no había más que tres ó cuatro carruajes, entre ellos el de D. Joaquín Gómez Hóyos, apellidado el "Arca de Noé," por lo viejo, y por lo pesado!..... Piense usted en que entonces llamaban á los policías "guarantes," ¡y, sabe usted lo que eran éstos? unos pocos patanes del pueblo, vestidos con grandes ruanas de bayetón y armados con garrotes de guayacán. Una variación sobre este tema, una docena de hombres inofensivos, vestidos como los susodichos guarantes, cubiertos con montera y armados con machetes oxidados, "inútiles y peor que inútiles," formaba, por la noche, lo que á impulsos, entre otros, de D. Gregorio Obregón, ha venido á ser hoy el magnífico cuerpo de serenos y bomberos del comercio de Bogotá. No había paseos públicos, ni jardines, ni estatuas, ni verjas, ni gas, ni obeliscos, ni casas de tres pisos, ni almacenes de cristal, ni macadams, ni ópera, ni telégrafo, ni casas de comercio á derechas, ni más peluquería que la de Hilario, que peinaba con pomada de tuétanos y nuez moscada, ni más confitería que la "*del francés*" (la de Andrés Tian), cuyos

caramelos eran nuestra delicia. No había Bancos, ni billetes, ni cheques, ni cartas postales, ni banquetes y bailes que pudieran competir en lujo y buen gusto con los de la buena sociedad europea.... ¡Y todo esto lo tiene hoy Bogotá!...

—Y lo sostiene, en lo cual hace más gracia, contestó con sorna D. Martín.

—Vea usted: el teatro era otra curiosidad, continuó Rioja; empiece usted por saber que sólo había función los domingos, y que, en vez de vestarnos como hoy lo hacemos, para ir, al regresar del paseo, cambiaba uno la ropa buena por la más vieja, para concurrir á él. Una araña de lata y con espejitos que correspondían á cada una de las velas que chisporroteaban sobre ellos, contenía el alumbrado principal. Un alto pasamano forrado en lienzo y decorado con grandes flores al temple, sobre yeso, cubría casi todo el frente de los palcos de segunda y tercera fila, de manera que escasamente se veían las cabezas de los que los ocupaban. Nada de sillones ni de esterado en el patio; sobre los ladrillos húmedos había unas pocas bancas de madera, angostas, y allí agonizaba el público espectador de aquellos sangrientos dramas del gusto de entonces, menos crueles, eso sí, que el llanto de los resecos instrumentos con que aquellos músicos sordo-mudos llenaban los entreactos. Y, vaya algo de interés para ustedes, mis queridas Rosita y Paz, agregó Rioja, dirigiéndose á sus sobrinas. ¿Saben ustedes cómo iban las señoritas entonces á las reuniones de la primera sociedad? ¡Con trajes de regencia ó de muselina, con alguna flor natural en la cabeza, y, horrorícense ustedes, con mitones!... y esto las más ricas, pues las demás iban con sus manecitas desnudas, eh!... ¿Qué opinan ustedes?... Unas cuantas velas esteáricas entre enormes guardabrisas de cristal sobre candelabros de plata, una sala ámplia, con esterado

amarillo como canario, cuatro sofás de caoba forrados en tela de cerda negra, duros y resbaladizos, unas silletas, compañeras de aquellos verdugos, un piano horizontal de caoba, cuyas teclas sonaban como un manojo de grandes llaves, cuatro láminas viejas representando las aventuras de Telémaco, algunas flores artificiales con hojas de papel plateado colocadas en floreros de vidrio sobre las cuatro consolas de los ángulos, y todo zahumado con alhucema y pastilla, eran el salón, el mobiliario y la orquesta de las tertulias usuales y corrientes que se daban en Bogotá entre la gente de la primera sociedad; agreguen ustedes algún refresco delicado servido en brillantes azafates de plata, por criadas limpias y hechas un confite; pongan en los sofás algunas matronas con sus trajes oscuros, sus pañolones, de seda en lo general, cerrados en el pecho con un buen camafeo, su peinado sencillo, terminado por la indispensable redecilla de felpa; entre estas señoras, imagínense alguna con la cabeza blanca de canas, que hace los honores con la más exquisita cortesía. Figúrense unas cuantas señoritas, sencillamente vestidas, amables y distinguidas, bailando con caballeros juvenes, corteses y cumplidos, y tendrán ustedes idea de algunas de las costumbres del buen tono en esa época.

—¡Pues me quedo á todo trance con el buen tono de ahora, que es más animado y más comfortable! dijo Paz con burla.

—Me horrorizo, agregó Rosita, de pensar que volvieran esas modas y que tuviera yo que concurrir á algún *velorio* de esos.

—Lo mejor, por ahora, exclamó bostezando D. Martín y deperezándose, lo mejor será ir á acostarnos, que ya va siendo tardecito.

Tres meses después la familia Peláez estaba en posesión de todos los pormenores del buen tono, gracias á la

señora de Rioja y á la encantadora primita Matilde. La casa lujosamente amueblada, fué pronto, pronto, el *rendez-vous* de la primera sociedad, y más tarde las noches de la semana fueron distribuidas así:

Domingo—Ópera y cena en comedor particular del Jockey-Club.

Lunes—Recibo en casa del señor Escalante, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Río-Janeiro.

Martes—Recibo en casa del señor Rioja, su tío.

Miércoles—Recibo en su propia casa.

Jueves—Ópera y cena como la anterior.

Viernes—Recibo en casa del señor Ochoa, círculo literario.

Sábado—Visita de confianza á las paisanas, compadres y demás gentes vulgares y pobres del Estado soberano de ***, relacionadas por parentesco ó por amistad.

Y como refuerzo ó cuñas vinieron los cumpleaños de las amigas, con sus consiguientes tertulias; las visitas, los certámenes, las funciones religiosas, &c., con lo cual la vida de la familia y los pesos de D. Martín se deslizaban suavemente

“Como entre sauces murmurante río.”

Uno de los objetos que tuvo en cuenta D. Martín para resolver su traslación con la familia á Bogotá, fué la de atender debidamente á la educación de Delio. Éste debía seguir una carrera profesional, la de médico, por ejemplo, y tal pensamiento no podía llevarse á cabo sino en Bogotá. Pero una vez aquí, el cuñado Rioja encontró que era más conveniente que hiciera sus estudios en Europa, y acordado esto, el ciudadano Delio marchó á París, por el primer paquete, junto con las respectivas primeras de cambio.

Estamos en el saloncito de la casa de D. Martín. Rica alfombra francesa de fondo oscuro con dibujos de colores pálidos, cubre el piso; los sofás, las sillas y los sillones de *palisandro*, que vinieron armados de París, están forrados en la misma tela de las cortinas: en brocatel de seda, color verde amarillo como el de los aguacates que se están dañando, y con dibujos realzados en colores más oscuros y tristes. Las cortinas descenden de ricas y sencillas guarniciones ó *galerías* de madera dorada, y la escasa luz que debía penetrar al través de ellas, queda amortiguada aún por los fondos de rica muselina bordada que cubre las hojas de cristal de los balcones. La mesa oval del centro es de madera dorada y cubierta con mármol blanco, como las consolas de los ángulos. Sobre éstas descansan grandes espejos encerrados en ricos marcos florentinos, dorados y adornados como los generales de cierta República vecina. Sobre la mesa central hay un enorme recipiente de cristal tallado y montado en bronce dorado que contiene los partes de matrimonio, las tarjetas y las invitaciones á bailes y á banquetes. Veamos algo de esto: gran monograma de ocho mayúsculas, que parece una enorme araña gris plateada, adorna la gran tarjeta que dice así:

ROBERTO AUGUSTO ROCAFUERTE H.

Y SU SEÑORA

ALBERTINA ANGÉLICA F. DE ROCAFUERTE

participan á usted su enlace y le piden órdenes para San-Petersburgo.

Otra, papel glacé, brillante, dice en tipo microscópico:

W. H. DE AGUILERA,
pour prendre congé.

Un gran cartón opaco, que parece la dirección de algún sastre, dice:

PIOQUINTO DE ESCALANTE Y ROSEROS,

Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Río-Janeiro cerca de el de Colombia, y su señora, tienen el honor de invitar al Señor Doctor D. Martín Peláez, señora y señoritas, á tomar una taza de té, en la casa de la Legación, el 6 del entrante, á las 9¼ P. M.

Bogotá, 26 de ...

Traje de etiqueta.—Se espera el favor de una respuesta.

Otro tarjetón negro, negro, metido entre una cubierta negra también, por dentro y por fuera, tiene una tumba blanca realzada y una figura de mujer recargada sobre aquélla, la cual deja caer una tea romana encendida, que ahumará probablemente, la lápida que dice así en letras blancas:

¡ HA MUERTO

LA SEÑORA CASIMIRA PÁRAMO DE RIOFRÍO!

Su esposo é hijos suplican á usted que se sirva concurrir á SUS exequias que tendrán lugar por el eterno descanso de SU alma, mañana á las diez en la iglesia de San Carlos, y acompañar SU cadáver al cementerio, &c.

Otra :

COLEGIO DE LAS ONCE MIL VÍRGENES.

La Directora, profesores y alumnas de este establecimiento ruegan á usted honre con su presencia los actos literarios que tendrán lugar en los ocho días siguientes, en las horas señaladas en el adjunto programa, &c., &c.

Como las anteriores, *mutatis mutandis*, y con más una multitud de las de visita, son los cientos de tarjetas contenidas en el recipiente que acompañado de dos grandes floreros, también de cristal y bronce, llenan la susodicha mesa, rodeada de unas silletitas doradas, forradas

unas en raso negro, otras en amarillo, otras en verde, con florecitas de colores vivos, y de dos "Pufs," especie de cojines sobre pies de madera dorada. Dos hermosas jardineras de porcelana decorada al fuego, que contienen las susodichas grandes hojas que sostenemos son de paño verde viejo, rociado en el centro con azúcar cristalizada, aunque se horripile Casiano Salcedo, propagador del buen gusto en horticultura y jardines, al oír semejantes herejías; un grabado magnífico sobre cada sofá, una araña de diez y ocho luces y los candelabros respectivos, un empa- pelado terciopelo y oro en relación con el color y estilo de la tela de los muebles, y tal cual otro objeto de arte que involuntariamente omitimos, forman la decoración y mobiliario del saloncito. Sigue otro: el *boudoir*. En este la luz es más escasa aún; el color de los muebles es habano, ó de café con leche, sobre madera dorada; pequeños y muelles confidentes y turquesas, sillas y silletitas de formas caprichosas y elegantes, llenas de pliegues, de botoncitos, de borlas y de flecos muy ricos, mesas, aparadores y rinconeras de nogal tallado y sin barniz; grabados, retratos de familia, estatuas, piano, albums de estampillas, de monogramas, de retratos y de autógrafos de personajes ilustres; más y más hojas y helechos, y quién sabe cuántas otras cosas, pero todas bonitas, forman ese museo encantador, en el cual la familia y los amigos toman el té al calor amoroso de una brillante lámpara central, de refinado gusto inglés. El resto de la casa está en relación con lo descrito.

Este es hoy el estilo del lujo y del gusto que caracterizan ya las habitaciones de muchos de los habitantes de Bogotá, lo cual, junto con las maneras delicadas y la más exquisita cortesía de cierto círculo; la belleza y distinción de nuestras adorables paisanas, la espléndida é increíble variedad y belleza de nuestras flores, y el refinamiento de

buen gusto que se ha alcanzado entre ciertas gentes del mundo elegante, hacen de tan agradable conjunto materia de grata sorpresa para los extranjeros que nos visitan y que en realidad no pueden prometerse tales adelantos al juzgar por algunas exterioridades desfavorables que aun no hemos podido corregir.

Volvamos al saloncito en el cual toman el té en la casa de Peláez su familia y algunos amigos, y oigamos algo de lo que dicen.

—Estuvo usted admirable, Matilde, en Hernani.

—Lo cree usted?

—Oh!... sí lo creo!...

—De crespón de seda chinesco, color crema, bordado al pasado y con encajes blancos de Güipiure; lo estiman en trescientos pesos de principal.

—No vale menos; pero ya es viejo, porque se lo ví recién llegado, en el baile de la Legación Inglesa.

—Espléndidos los de las Echegarayes, llegados hace cinco días; tienen dos corpiños y cola postiza, son de damasco de seda azul negro con encajes amarillo caña y franjas de bordado de aplicación, japonés, en colores vivos y variados. Cuestan, con el sombrero y la sombrilla, á cuatrocientos pesos cada uno.

—¿Y el aderezo de diamantes de Elvira Santacruz? Cinco mil pesos vale el collar solo.

—Pero eso sí es ridículo en una niña soltera. En Europa.... En Inglaterra por ejemplo.

—¿Hablan ustedes de los trajes de la *soiree*, de anoche?... No me olviden el de "*ciertas yerbas*," sacado del museo y compañero de los zapatos de la virreina....

—Pues no, señora; ese traje no es viejo; no, señora: Le vino, no hará ocho meses, á Carlina Sotomayor; se lo puso para el matrimonio de Julia; después murió el padre, y se lo vendió á esa señora en dos ó trescientos pesos.

—Y esa señora, usado ya, lo llevó á las fiestas de Julio, y á los certámenes de Noviembre, y al concierto de Ponce, y al teatro, y últimamente, remontado y disfrazado con el peor gusto, al baile de anoche....

—Niña!... niña!....

—No hago sino completar la biografía del vejestorio defendido por usted, mamá, para quien ya hasta el Humilladero sería nuevo si existiera aún.

—¿Y qué dicen ustedes, hablando aquí en confianza, de las matachinadas de las Goyeneches?... Qué colorines! qué talles! si en el puente de San Francisco vendieran trajes para baile, podría asegurarse que.....

—Pues ahí donde ven ustedes fueron hechos para esta tertulia: son de faya de á tres fuertes vara, y con los adornos, hechura, &c., les cuestan á cien fuertes, porque me lo dijo la madre que anduvo loca buscando algo extranjero.

—¿Pues saben gastar su plata las Goyeneches!..... En la ropería del teatro los habrían conseguido más bonitos en alquiler, por muchísimo menos.

—Lo que yo digo, es que no sé á dónde iremos á parar con estas exigencias y con este lujo bárbaro de Bogotá, á tiempo que los negocios....

—Qué quiere usted? Iremos á parar á París, como ustedes los santaferreños inofensivos é inútiles han venido á parar á Bogotá, sanos y salvos.... Persuádase usted, D. Gabino; en el mundo anda quien paga estos lujos y estas locuras; dejen ustedes, los hombres de negocios, el cuidado á los ingleses, como dijo algún comerciante espiritual, y á las pobres esposas é hijas de ustedes el derecho de divertirse, cueste lo que costare y salga de donde saliere.

—Matilde! Matilde! Esta niña está loca!...

—Si es que tiene tanto talento!... Es un primor la Matildita.

Diez meses después, en una noche lluviosa, y á la luz de una simple bujía, conversaba D. Martín Peláez con su familia, y en familia :

—Lo cierto es que nos hemos metido en un verdadero berengenal, decía D. Martín. Vivíamos en nuestro pueblo con todas las comodidades que podíamos proporcionarnos y con el producto de nuestro capital, tranquilos y felices. Con el sofisma del establecimiento de las muchachas y de la educación de Delio, hemos caído en esta torre de Babel, especie de vorágine que nos ha devorado, gracias á la insensatez de Rioja, que es un farolón y que, creyendonos mucho más ricos de lo que éramos, nos ha colocado en una situación insostenible, especie de rueda dentada que una vez que nos agarró, no nos dejará pasar sino hechos bagazo.

—Yo te lo decía, hijo; yo te lo decía. Vivir en Bogotá es para ricos.

—Sí, me lo decías, pero yo mismo, extraño á tales costumbres, que no fueron las patriarcales que conocí en Bogotá; sin tener idea de semejante lujo en una ciudad pobre como ésta, yo mismo quise descansar y que disfrutaran ustedes, con un poco más de gasto, de las ventajas de la capital. Pero dónde, ni trastornado de la cabeza, pude figurarme que vivir en una jaula de canarios, bailar unas polkas, hacer y recibir unas visitas, y conocer el Congreso y el Salto de Tequendama, pudiera costarle á uno una gran parte de su fortuna en pocos meses. Rioja me pasa la cuenta de gastos hasta hoy, la cual es una curiosidad. Oígan ustedes :

Arrendamiento de la casa y mobiliario, traído de Europa.....	6,857 fuertes
Dado á Delio, transporte á Europa y gastos de ocho meses.....	1,200 id.
Pasan.....	8,057 id.

Vienen.....	8,057 fuertes
Trajes y demás prendas del vestido, todo traído de Europa; joyas, regalos de cumpleaños, abono á la Ópera, ramos de flores, suscripciones, rifas, limosnas y de- más gastos menores.....	5,343 id.
Dado para gastos de la casa, en diez meses.....	2,000 id.
Suman.....	15,400 id.

—Se quitan \$ 7,000 que remití á Rioja, continuó Peláez, y le quedamos debiendo ocho mil y pico de fuertes. Pues un estuercito más en materia de goces en Bogotá, y quedamos como pepas de guama.

—Qué horror! contestó la señora tapándose la cara.

—Increíble! dijo Rosita.

—Increíble! agregó Paz.

—Pero bien, papá, agregó Rosita, esto que á nosotros nos ha pasado no es lo que le sucede á todos los que vienen á vivir en Bogotá. Los santaferreños ó raizales han desaparecido en su mayor parte y han sido reemplazados por una multitud de paisanos nuestros y de personas de otros Estados, que viven aquí y que no solamente no se han arruinado sino que están verdaderamente ricas.

—Así es, hija, y eso tiene una explicación muy sencilla: esas personas han venido á buscar la corriente de los negocios y no la de las modas, como nosotros; han vivido en relación con sus recursos, en la posición que han encontrado sostenible, trabajando y sin dejarse envolver en la red de ese lujo exagerado y ridículo en los que no tienen con qué atender á él, que son la mayor parte.

Sobre este tema siguieron razonando por algunas horas más, y al fin quedó resuelto que cuanto antes dejarían á

Bogotá. Pero las cosas estaban dispuestas de otra manera: uno de los correos inmediatos trajo la noticia de que el General Matamoros, caudillo del gran partido al cual no tenía la honra de pertenecer D. Martín, se había pronunciado en el pueblo de ***, capital del Estado soberano de ***, patria y residencia de Peláez. Que había tumbado el Gobierno legítimo y que sobre el humo de la batalla había decretado un empréstito á cargo de los vencidos, en el cual le había correspondido á D. Martín un contingente de diez mil pesos, por cuenta de los cuales había logrado el Mayordomo de la hacienda del "Cachicamo" que le recibieran los caballos y mulas de silla y algunas reses gordas.

D. Martín y su familia, pues, tuvieron que suspender el viaje mientras pasaba la tormenta.

La desgracia no viene sola, y D. Martín estaba echando ases, como dicen los jugadores. En efecto, la correspondencia de Europa, trajo, pocos días después, la noticia de la muerte de Delio, acaecida en los Campos Elíseos, donde fué despedazado, junto con su coche, por los caballos respectivos.

Decididamente, Delio jamás habría sabido calmar ni curar los dolores de los enfermos, aún cuando hubiera vivido largo tiempo en el barrio latino; pero, en cambio, en muy pocos meses había aprendido á bailar *Can-can* á *merveille*, en "Mabille" y "Skating-ring," y á tomar helados de Torton y Champaña *frappé*, mediante una fuerte suma de francos, aumentada con las necesarias para pagar las cuentas pendientes con sastres, zapateros, cocheros y peluqueros de París.

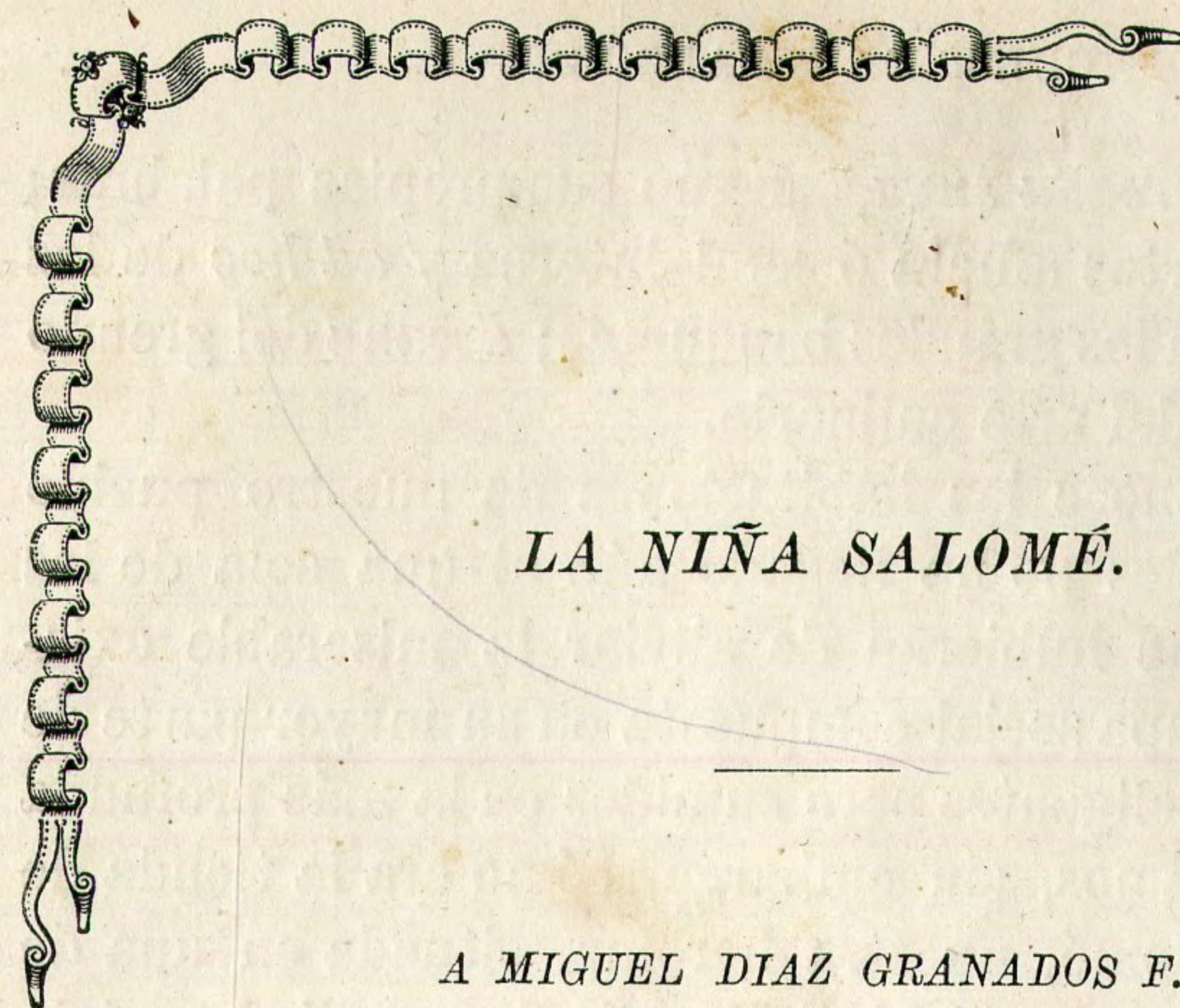
Tan inesperada desgracia trajo el luto y la consternación á la familia Peláez. La de Rioja pidió por el paquete inmediato los vestidos, sombreros, &c. correspondientes á la última moda de luto en París, para llevar por quince días, después de llegados, el del primo y sobrino Delio.

Al año completo de la llegada de Toribio al *Reino*, con el equipaje del Patrón Peláez, éste y su familia salieron de Bogotá, tristes y enlutados para volver á sus patrios lares:

Rosita y Paz á suspirar por la capital. La señora á reorganizar la casa abandonada y D. Martín á tratar de rehacer los pesos necesarios para llenar el gran desfaldo sufrido en su capital

Bogotá, 1881.—Agosto.

Antonio Ramirez y P.



LA NIÑA SALOMÉ.

A MIGUEL DIAZ GRANADOS F.

La *niña Salomé* pertenece á la sección del *niño Agapito*, del cual fuimos, en años anteriores, biógrafos afortunados aunque indignos. Es la *china* de Bogotá, hija del pueblo como aquél, y simpático tipo pronto á desaparecer también en la corriente de nuestras costumbres modernas, si es que tenemos costumbres, por lo cual queremos consignar algunos de los rasgos que le caracterizan, siquiera sea como datos que servirán un día á los que habrán de sacar de entre el polvo del olvido las reliquias de lo que fué nuestro modo de ser.

La *niña Salomé* es hija del difunto *mestro* Olivares, albañil de la antigua escuela de donde salió aquel genio que en discusión con Vergara sobre la alarmante inclinación de una pared que estaba construyendo, le sostuvo aquello de que “*media vara no es desplome*;” barbaridad de entonces, convertida hoy en axioma por las demostraciones de la política del día.

Fué madre de la *niña Salomé* la *niña* “*Consaución*”

Hurtada, una creada suya,” según sus propias palabras; cocinera de puertas afuera ó semi-interna y *ad hoc* de las casas grandes en los grandes banquetes; *decana* del gremio y honra y prez del arte culinario.

El lector conoce las habitaciones de nuestro pueblo pobre, á las cuales no ha llegado aún ni una sola de las comodidades que hubieran de aliviar la miserable existencia de esta capa social compuesta en su mayor parte de trabajadores inteligentes pero sumidos en la más profunda ignorancia. Veamos, sin embargo, cómo era la tienda de la madre de Salomé, nuestra heroína, situada en una de las últimas calles de Belén: Puerta desvencijada, vieja y de color indefinible; paredes ahumadas y piso húmedo.—En el lado derecho de la entrada hay una mesita antigua cubierta con un trapo blanco, y encima de ésta, unos trozos de almidón de yuca expuestos al sol y al aire, y en el otro, un costal viejo que contiene carbón. Á cierta altura de éste, hay una estaca en la pared, y en ella se pasea una lora insolente y desvergonzada que canta, silba, llora y remeda á los perros y á las guarichas que alborotan la fuente vecina. Sigue un bastidor forrado en bogotana, con guardillas de papel azul oscuro y que tienen en el centro un grabado sucio y roto, sacado de un periódico inglés. En el rincón de la izquierda hay una hornilla medio destruida, y entre las cenizas que cubren la parrilla, una olla pequeña tapada con un platillo desportillado. Esto, unos fuelles, una tabla colgada con cabuyas, y sobre la cual se ven algunos platos y pocillos de la fábrica de Leiva, unas cucharas de madera, unas botellas vacías, unas copas de vidrio sin base, unas yerbas secas y algunos otros pequeños objetos, como un coladorcito de esparto, un envoltorito que contiene canela y dos limones secos, forman el menaje de cocina.

La tienda está dividida en sala y dormitorio, por un

cancel de lienzo con puerta en el fondo, cubierta con una colcha de retazos de zaraza de diversos colores. En la salita, cuyo piso está cubierto con una estera vieja, hay una banca de madera sin barniz, una sillita de cuero y al lado de ésta una cajita de pino con trapos y útiles inútiles de costura, la cual tiene adheridos en la tapa, por dentro, una *Oración al Patriarca Señor San José* y varios *tiquetes* de colores que representan un puerto con un buque y dos fardos en la playa, y que tienen este letrero: *Fast Colours, 24 Yd. London.*—Hay, además, un canapé forrado en zaraza desteñida; al pie de éste un cuero de oveja, y en las paredes una imagen de la Virgen de Chiquinquirá, un aviso de función de caballitos con las grotescas figuras correspondientes, el retrato del doctor Margallo, una caricatura de Melo, un ramo bendito, una pastoral vieja y algunos figurines de *El Correo de Ultramar*, ahumados y ridículos por ser de moda pasada, y en otro rincón, dos tinajas, un rallo, un cedazo y la torcida escoba, de talle corto y falda larga.

En la trastienda ó dormitorio hay una cama miserable, cerca de la cual se ve una pilita de barro vidriado que contiene agua bendita, y una cruz de cartón adornada con recortes de papel dorado. Sobre un baúl viejo y desvencijado, hay una botella negra, vacía, que sirve de candelero á un cabito de vela de sebo. En un rincón está colgado un tiple sin cuerdas y al lado un sombrero de paja sucio y un zurroncito que guarda estas otras prendas del difunto *mestro* Olivares: un nivel desnivelado con regulador de greda, un hilo de pita hecho en la cárcel, un metro de noventa centímetros, una escuadra descuadrada, una plomada, una cuchara de empedrar y un palustre embarrado y occidado. Sobre el jergón de la cama hay una almohada de zaraza rosada cubierta con una escasa fundita de muselina trasparente, á cuadritos y sucia, y allí, envuelta en

los restos de una frazada tunjana y de una colcha que en sus mocedades debió ser de damasco, duerme la *niña Salomé*, de nueve años. Hay á su lado, entre la misma cama, un gato pardo que arrulla á la *niña haciéndole mazamorra*, y que al desperezarse arqueándose y bostezando, le lame con su lengua áspera, como si fuera de papel de lija, ya las rosadas mejillas, ya la manecita que descansa sobre la almohada.

Á Salomé le sobra el apellido: Sus amigos de entre el pueblo inculto la llaman y la llamarán "*la niña Salomé*" mientras viva, y la *difunta Salomé* cuando muera; el respetable público representado por las señoras, la llama *la china Salomé* ó *la china de las Fernández* ó *de las Rodríguez*, si está al servicio de éstas, y el resto del público, el público hombre, el público feo, dueño de las camisas, de los cuellos y de los puños postizos que aquélla aplanchará un día, la llama sencillamente, Salomé; de manera que, como no llegará el caso extremo de que nuestra heroína caiga en poder de José Segundo Peña con el laudable objeto de que levante un sumario en regla, no por *dácame* esas pajas, sino por *dácame* esos datos sobre alguna endiablada travesura de arrabal, como la de Sagrario Morales, resulta, como dijimos, que el Olivares heredado de su padre le sobrará para muchos de los demás actos de la vida.

Salomé es ahijada *de pila* de la *niña* Prudencia Roseros, viuda del cojo Villate, muerto en la acción de "Petaquero," y dueña de la gran chichería de la esquina inmediata á la tienda de la madre de Salomé.

Es la chichería de la *niña* Prudencia un establecimiento afamado por la especialidad de sus productos: no hay en el barrio mejor chicha durante la semana, ni mejores chicharrones los martes, ni más succulentos tamales los sábados en la noche. Es el lugar de cita de las

criadas cesantes, de los obreros vecinos y de los soldados de la guardia inmediata, así es que, especialmente en las primeras horas de la noche, y á la escasa luz de dos velas, de larga y enlutada pavesa, que arden perezosamente entre unos faroles opacos por la grasa, hierve la concurrencia y se agita bebiendo, conversando en todos los tonos y riendo á carcajadas estrepitosas, ya al oír los chistes de baja ley de algún parroquiano gracioso, ó las coplas populares cantadas al compás de un mal tiple, por un mulato casi mendigo, preciosa reliquia Caucana de las huestes vencedoras el 18 de Julio.—Sobre el estante del centro de la tienda que sirve de despacho principal en la chichería, y que está forrado, hasta cierta altura, en papel impreso, se ve, en primer lugar, una partida de frascos que contienen, unos mistela de azafrán ó de café, y otros de claveles ó de mejorana, cuyos colores de oro, de rubí ó de esmeralda, se reflejan en el fondo cubierto para el efecto con latas brillantes. En las mesas que reciben la estantería, hay cajoncitos, especie de pupitres sin tapa, que contienen pan fresco, *la colación* y algunos dulces secos, arroz con los correspondientes huevos colocados encima simétricamente, garbanzos, café, azúcar y chocolate en pastillas estampadas con el pie de una copita, el *de azúcar*, y en bolas revenidas, el *de harina*. La parte de encima está llena con petacas de Fusagasugá y con botellas que contuvieron "Brandy Racó" y "Mañanas del Padre Kerman." En otros huecos hay unas pocas cajitas con sardinas, cigarrillos de Astrea, *tabacos chicharos*, de á ocho al cuartillo, amargos y torcidos, fósforos y cerveza de Sayer. En los costados hay panela, atados de leña que coronan la altura, *jabón de la tierra*, balayes y sal negra. Dos varitas colgadas cortan los ángulos del fondo, y hay ensartados en ellas rosquetes y bizcochos chicheros. De una gran vara que cubre el frente, cuelga la manteca que

un inglés tomó en la Sabana por salchichones blancos, la longaniza que se vende por varas, la carne salada de res, las *bajadas* de cerdo, los lazos de fique y las velas de “*nuebe al peso*,” como dice en la puerta.

Sobre el mostrador grasiento hay un plato de barro que contiene ají *chivato* encurtido, más bravo y más picante que los discursos de la oposición; en uno de los extremos, entre una rejilla de madera, hay un gran queso *de estera mantequillado*, empezado, y sobre las gruesas y desvencijadas tablas de dicho mostrador están clavadas, para perpétuo baldón de los monederos falsos que las hicieron, unas pesetas de plomo, cerca de las cuales está el trique, trazado con hondas cuchilladas, y en el cual suelen jugar, con granos de maíz, algunos parroquianos en las horas de calma. La chicha hierve en grandes barriales debajo del mostrador, y entre aquél que contiene la más *fuerte*, nada la totumita que sirve de unidad de medida para los compradores.—Una hoja de col ó de *chisgua*, según el caso, atada á una estaca puesta en la entrada de la tienda, es el telégrafo vegetal que anuncia al mundo vecino que el ajiaco ó los tamales están listos para el consumo.

Por un zaguán ancho y sucio, contiguo á la tienda que acabamos de describir, se entra en el resto del edificio que contiene las anexidades ó dependencias del Establecimiento de la *niña* Prudencia Roseros, vecina, mayor de cuarenta años, de regular estatura, gorda, colorada y de fisonomía vulgar, pero simpática; mujer activa, trabajadora y de buen corazón, que viste, entre casa, traje de zaraza morada con saco flojo cerrado con un pañuelito de seda usado y desteñido, y cuando sale á hacer sus compras ó sus visitas, enagua de tartán negro, rica mantilla de paño recargada de adornos, pañuelo perfumado con agua de Lavanda y zapatos de cordobán que el zapatero

su compadre le hace con esmero, bajo el absurdo y bárbaro nombre ce *Guasintones*.

Pasado el zaguán, en donde al pie de unas filas de adobes está, enroscado, entre dormido y gruñente, “soñando dichas mejores” “*Temerón*,” el viejo perro negro, lanudo, crespo y de ojos irritados, coco de los mendigos, antiguo y leal servidor de la casa del cojo Villate, y guardián de la inviolabilidad del hogar de su ilustre viuda; pasado el zaguán, decimos, siguen los corredores de un patio alegre y endomingado con unas *malvarosas* moradas y con unos *doncenones* rosados y perfumados, que trepan alegres sobre algunas de las columnas, y los cuales, con un sauco torcido y lleno de flores, y un manzano mendigo lleno de telarañas, situados en el centro, forman la decoración vegetal de dicha localidad. Hay sobre los pasamanos de uno de los ángulos, una jaula de cañas y entre ella tres toches que se disputan, no como perros y gatos, que al fin éstos han logrado entenderse en aquella misma casa, sino como colombianos encargados de la cosa pública, los pedazos de plátano guineo y los restos de tunas que toman, en común, entre una cazuelita de loza vidriada.—Unos mazos de velas, que buscan, expuestas al sereno, colgadas entre los espacios de las columnas, la blancura que les negó el sebo negro de su origen impuro, algunas vitelas que representan á *Ferdinand Cortés bruland ses navires*, á Mazeppa y á Chactas y Atala, el almanaque del año anterior, un cernidor monstruo colocado en uno de los rincones, unas cargas de harina, unas calaveras de los venados que cazó el cojo Villate y que le servían para colgar su montura y sus zamarros de cuero acanelado y crespo, completan el conjunto que se presenta al pisar el trasportón del zaguán. Volviendo á la izquierda se entra en una sala que recibe luz de la calle por una ventanita, cubierta hasta la mitad con un bastidorcito blanco. Tiene

esta pieza roto el empapelado, ahumado el cielo raso, de cuyo centro cuelga una figura de papel picado que imita una canastilla en espiral, poblada por miles de moscas, de todo lo cual es complemento un esterado sucio, cuyas dislocadas *ampleas* atestiguan que sobre ellas ha pasado, junto con la mano del tiempo, el pie destructor de los bailarines de arrabal en las *chirrias* de aguinaldo y Nochebuena, sostenidas por las bandolas y el aguardiente y terminadas "al despertar la aurora," entre las ruidosas carcajadas y los redulces y pegajosos cumplimientos de los concurrentes medio trastornados. En uno de los costados se ve, entre un grosero marco negro y *con vidrio*, que lo guarda, pintado al óleo, al vermellón y al azul de Prusia, el retrato, no del cojo Villate, negociante en sebo y en papas, sino del Coronel Villate, muerto *gloriosamente*, por supuesto, en Petaquero, en la batalla casera que dió, no la victoria sino la derrota á las armas del gran partido á que perteneció Villate, armado hoy en defensa del otro gran partido que lo fusiló en Petaquero.

La tosca mesa, grande, de pino, colocada en el centro de la sala, las silletas de guadamacil que tienen pintado en el espaldar un pájaro verde claro con alas rojas y posado sobre una rosa azul vivo, los dos canapés forrados en destemplador y sucio tripe solferino, las dos mesitas negras con antimacasares encima, adornadas con papayas maduras y con loros y marineros de yeso; los dos espejitos ovalados, de marco dorado ordinario y que reproducen la figura al sesgo y de color verdoso, la cortinita de linón, de la bocaalcoba, remangada y torcida, una imagen increíble del *Sacre Cœur de Dieu* colocada encima de esta puertecita, dos tentativas de dibujo que representan, el uno un molino inverosímil, y el otro unas cabras tirando al monte, "*hechos por Simón Lancheros*," exhibidos en los certámenes de la escuela pública del barrio y dedicados por el impostor

dibujante "á su querida tía Prudencia Roseros," según dice al pie de ellos; algunos libros descuadernados: el Sitio de la Rochela, las visitas al Santísimo, las tardes de la Granja y un tomo del Instructor; esto, decimos, y algunas otras cositas más, constituyen el mobiliario y el adorno de aquella pieza que sirve de sala, de comedor, de costurero y de lugar en donde, en los días de amasijo, *se labra la colación* para la tienda.

¡Qué brindis, qué juramentos de salvar la patria y de tumbar á los tiranos han resonado allí, entre vaso y vaso de chicha ó de cerveza, al calor de las velas y ante los sonrientes rostros de cordero, cubiertos no de polvos de arroz á la Frangipana, sino de miga de pan envuelta en grasa amarilla!—¡Qué promesas! qué dulces palabras, qué juramentos de amor eterno y de eterna amistad han salido allí, entre trago y trago de mistela, de los labios de amartelados cachacos ramplones para el corazón de las aristocráticas aplanchadoras cesantes!

Tal era la casa de la madrina de la *niña Salomé*, en la cual quedaba ésta cuando su madre se ausentaba para preparar los platos que se le encomendaban por el inglés ó francés encargado del comedor en el banquete respectivo.

—Salomé! gritó en uno de esos días la madrina Prudencia.—¿*Onde* está, que no viene á ver si aprende á *ler*, en vez de estarse *puallá* dentro quién sabe haciendo qué?... ¡Apostemos á que estaba en la cocina volviéndose un *cerote*, agregó al verla azorada, despeinada y sucia.

—No, madrina, contestó Salomé, rasguñando la pared con la uñita del pulgar, fué en *estico* que salí de la tienda... Pregúntele *sumercé* á la cajera...

—Pues, no señor, contestó con dulce energía; vaya, coja el Catón ó la *cirtologia*, y á deletrear!... ¡Dejémonos de vagamunderías y de estar en la tienda oyendo lo que no debe *oir* una niña!...

Y Salomé se pasó el revés de la manecita izquierda por encima de sus grandes pestañas negras, como para enjugar las lágrimas, que en los niños residen en el dintel de los ojos, y agachada entró en la sala, de la cual salió poco después una vocecita clara y simpática que delectaba así:

—*Te, e, ese, tes; eme, i, mi; teo, ese, cles,—Temiscles.*

—*G, a, ja; bre, i, ele, briel,—Grabriel...*

Salomé ya más grandecita, concurrió á la escuela inmediata: allí aprendió la *dotrina*, algo de escritura y de geografía y algo de aritmética. Fué la más viva, la más ladina y la más bonita de las *chinas* sus compañeras, á las cuales les compraba, con los cuartillos *quitados* á la madrina, ya una estampita de cobre, ya una dulzaina chillona, ya una negra de trapo vestida de zaraza amarilla, ya un nidito con dos *copetones* implumes. Y tanto á la *máma* como á la madrina les decía que aquellos objetos le habían sido regalados por la *mestra* ó por sus amiguitas, pues charlaba y mentía “hasta por los codos,” según la expresión de su mamita. Convidaba á algunas compañeras de escuela los domingos en la tarde, y con otros chicos de la vecindad, jugaba á la mariposa ó á las procesiones, cantando el *ora pro novis* y alborotando la calle.

—Mariposa en que estás? decía Salomé en una de esas tardes, sacudiendo al hijito del polvorero de la esquina que estaba vendado y rodeado de otros muchachos que gritaban y palmoteaban.

—En tablilla, contestaba en su media lengua el muchachito.

—Qué comés?

—Pajarilla.

—Qué bebés?

—Agua el mar.

—Qué buscás?

—Tres *aujas* y un dedal *pa* coserle la camisa á mi colegial.

—Da tres vueltas por la calle *rial* y las *encontrarés*, le dijo Salomé empujándolo, riendo, brincando y gritando en coro con los otros muchachos:

—Tocino! tocino! para apartarlo del riesgo de tropezar.

En otras tardes, el sol de los venados doró con sus rayos moribundos la tienda hecha con chusques y con trapos sobre la pared de la huerta vecina; tienda diminuta, administrada por una muñeca de pasta, mordida en la cara y desteñida, colocada detrás del mostrador por Salomé, que era la empresaria, y en la cual le vendía á sus compañeras pedacitos de panela, de almojábana y de cuajada, recibiendo en pago botones y otros valores aceptados de antemano.

Salomé pronunciaba llena de gracia, la *resunta* en la apertura de los certámenes, y á la cabeza de las *escuelantas*; cantaba el himno á la Virgen el día de la repartición de los premios; ayudaba á su madrina á vestir de flores la cruz de Mayo, y á preparar los floreros, á hacer las ensaladas, y á poner la mesa para las cenas que los “*señores decentes*” solían encargar. Recitaba graciosos versos populares, sabía cómo se llamaban algunas *cachacas*, quemaba triquitraques sobre el gato dormido, montaba en las inofensivas burras transeuntes y era el mismo diablito del barrio, tormento de su *máma* y encanto de su madrina que la *consentía*, y de los parroquianos que la admiraban y que le regalaban cuartillos por “oírle el pico.”

Catorce años contaba la *niña Salomé* cuando inesperadamente murió la madre. En el centro de la tienda de ésta, en una hermosa mañana de Agosto, descansaba entre el ataúd de los pobres, la difunta *Consunción*, amortajada con toca de linón blanco hecha por su comadre Prudencia, y cuyos encajes encuadraban el rostro amarillento de la

Y Salomé se pasó el revés de la manecita izquierda por encima de sus grandes pestañas negras, como para enjugar las lágrimas, que en los niños residen en el dintel de los ojos, y agachada entró en la sala, de la cual salió poco después una vocecita clara y simpática que deletreaba así:

—*Te, e, ese, tes; eme, i, mi; teo, ese, cles,—Temiscles.*

—*G, a, ja; bre, i, ele, briel,—Grabriel...*

Salomé ya más grandecita, concurrió á la escuela inmediata: allí aprendió la *dotrina*, algo de escritura y de geografía y algo de aritmética. Fué la más viva, la más ladina y la más bonita de las *chinas* sus compañeras, á las cuales les compraba, con los cuartillos *quitados* á la madrina, ya una estampita de cobre, ya una *dulzaina* chillona, ya una negra de trapo vestida de zaraza amarilla, ya un nidito con dos *copetones* implumes. Y tanto á la *máma* como á la madrina les decía que aquellos objetos le habían sido regalados por la *mestra* ó por sus *amiguitas*, pues charlaba y mentía “hasta por los codos,” según la expresión de su mamita. Convidaba á algunas compañeras de escuela los domingos en la tarde, y con otros chicos de la vecindad, jugaba á la mariposa ó á las procesiones, cantando el *ora pro novis* y alborotando la calle.

—Mariposa en que estás? decía Salomé en una de esas tardes, sacudiendo al hijito del polvorero de la esquina que estaba vendado y rodeado de otros muchachos que gritaban y palmoteaban.

—En tablilla, contestaba en su media lengua el muchachito.

—Qué comés?

—Pajarilla.

—Qué bebés?

—Agua el mar.

—Qué buscás?

—Tres *aujas* y un dedal *pa* coserle la camisa á mi colegial.

—Da tres vueltas por la calle *rial* y las *encontrarés*, le dijo Salomé empujándolo, riendo, brincando y gritando en coro con los otros muchachos:

—Tocino! tocino! para apartarlo del riesgo de tropezar.

En otras tardes, el sol de los venados doró con sus rayos moribundos la tienda hecha con chusques y con trapos sobre la pared de la huerta vecina; tienda diminuta, administrada por una muñeca de pasta, mordida en la cara y desteñida, colocada detrás del mostrador por Salomé, que era la empresaria, y en la cual le vendía á sus compañeras pedacitos de panela, de almojábana y de cuajada, recibiendo en pago botones y otros valores aceptados de antemano.

Salomé pronunciaba llena de gracia, *la resunta* en la apertura de los certámenes, y á la cabeza de las *escuelantas*; cantaba el himno á la Virgen el día de la repartición de los premios; ayudaba á su madrina á vestir de flores la cruz de Mayo, y á preparar los floreros, á hacer las ensaladas, y á poner la mesa para las cenas que los “*señores decentes*” solían encargar. Recitaba graciosos versos populares, sabía cómo se llamaban algunas *cachacas*, quemaba triquitraques sobre el gato dormido, montaba en las inofensivas burras transeuntes y era el mismo diablito del barrio, tormento de su *máma* y encanto de su madrina que la *consentía*, y de los parroquianos que la admiraban y que le regalaban cuartillos por “oírle el pico.”

Catorce años contaba la *niña Salomé* cuando inesperadamente murió la madre. En el centro de la tienda de ésta, en una hermosa mañana de Agosto, descansaba entre el ataúd de los pobres, la difunta *Consaución*, amortajada con toca de linón blanco hecha por su comadre Prudencia, y cuyos encajes encuadraban el rostro amarillento de la

muerta, que sostenía entre los dedos yertos y rígidos, un pequeño crucifijo de cobre. Seis velas de sebo chisporroteaban á los lados del ataúd, y los vecinos congregados hacían comentarios viendo el cadáver, y evocando el recuerdo de las más insignificantes circunstancias, repetían conmovidos el elogio de la pobre amiga.

Cuando levantaron el ataúd para llevarlo, Salomé desgredada se arrojó sobre el cadáver que cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Me quedé solita en el mundo!... gritó desesperada; pero yo te ofrezco ser muy formal, madrecita mía!...

Los sollozos entrecortados ahogaron la voz de Salomé, y el cuerpo fué sacado entre el llanto y las oraciones de los concurrentes.

Un año más vivió Salomé con su madrina, para la cual era la muchacha justo motivo de inquietud, porque á pesar de su gran cuidado, no podía sustraerla de las malas influencias de las gentes vulgares con quienes estaba en roce constante. Pero al fin logró que la tomara á su servicio *misia* Pachita Santacruz, rica y respetable señora, en cuya casa estuvo de costurera, en sus mocedades, la niña Prudencia, antes de casarse con el ciudadano Villate.

La *niña Salomé* aprendió allí á coser, á bordar y á aplanchar perfectamente, á hacer dulces á las *dos mil maravillas* en todas sus variedades. En efecto ¡qué gelatinas, qué cremas, qué jaleas, qué *pudines* los que Salomé supo preparar en poco tiempo!—De su *máma Consunción* heredó la disposición para la cocina, y fué el reemplazo inmediato y transitorio de las cocineras que “*cogían la mantilla y se iban el día menos pensado de la casa de su señá Pachita.*”

En la pureza de costumbres de aquella casa perdió los hábitos y las maneras vulgares, y Salomé fué el *todo* del *servicio de adentro*. Ella componía las jaulas doradas de

los canarios de su *señá Elenita*, podaba los rosales del jardín, hacía lindos ramos de flores para la sala, para el costurero y para el gabinete de las *niñas*, como llamaba á las dos hijas de la señora Santacruz. Barría y zahumaba las habitaciones, y cantando en voz baja algún sentido bambuco, sacudía el polvo de los muebles, en las piezas de recibo ó en el comedor.—Conocía todas las casas y todas las relaciones de la familia, llevaba los recados para los enfermos, y las tarjetas de pésame, de cumpleaños ó de bienvenida. Peinaba con raro buen gusto á su *señá Elenita* para los bailes y tertulias. Recogía granizo en los días de lluvia y se agitaba luego con las niñas en el interior de la casa haciendo helado de curuba ó de guayaba. Arreglabá con exquisito esmero la mesa para el té, cuando había visitas por la noche, y para las comidas de los domingos en familia. Muchos visitantes de provincia, paisanos ó conocidos de la señora Santacruz, al encontrar á Salomé, en la galería principal de la casa, vestida con su sencillo traje de regencia, cerrado en el cuello por un lazo de cinta y con el pelo graciosamente levantado, la tomaban por una señorita á quien saludaban descubriéndose respetuosamente, á tiempo que ella, azorada y sonriente, les recibía señalándoles la sala y diciéndoles:

—Sigan sus mercedes y siéntense mientras aviso á mi señora.

La *niña Salomé* fué, pues, el ojo derecho de su *señá* Pachita, y la compañera en el tocador, en el jardín, en el costurero y en la alcoba, de su *señá Elenita* y de Paulinita la hermana menor de aquélla. Humilde y amable servidora de la casa, vivió en ella linda, alegre y feliz, porque todos, moros y cristianos, la consideraron y la quisieron siempre. Era, además, el orgullo de su madrina Prudencia, á la cual visitaba algunos sábados en la tarde cuando iba á Belén con Paulinita á ver la fábrica de loza, á coger cere-

zas de los viejos árboles conocidos suyos, ó á encenderle una vela á la Virgen del Pilar en la capilla del barrio, por la *intención* de su madrina y por *la alma* de su *máma Consaución*.

—Y, *sumercé* ¿qué hizo entonces? le preguntaba en voz baja Salomé á su *señá Elenita*, sonriendo maliciosamente y con marcada curiosidad, una noche, á tiempo que, en el estrecho y lindo gabinete, le quitaba de entre el crespado perfumado de sus dorados cabellos, una camelia enredada y sostenida por las horquillas negras y brillantes que la fijaron al vestirse para ir al baile.

—Yo!... contestó Elena, plegando picarescamente la boca delante del espejo de su lujoso tocador.

Yo?... agregó, vacilando todavía, le dije que para contestarle necesitaba tiempo..... y tranquilidad de espíritu.

—¿*Á sumercé más pícara!* y... él... qué dijo?...

—Chit... contestó Elena encendida poniendo el dedo de marfil sobre sus lindos labios, é inclinando la cabeza á un lado, con inquietud, como para oír...

—Mamá viene!... chit!...

Y en efecto vino, y su llegada interrumpió tan importante confidencia.

Cinco meses después varios carruajes conducían el brillante y lujoso acompañamiento de señoras y de caballeros que seguían al Palacio Arzobispal en pos del que llevaba á una preciosa señorita, á un elegante y apuesto joven, á una matrona y á un caballero, ó sean como lo habrá previsto el brujo lector:

Elena, que tuvo tiempo y tranquilidad de espíritu para decirle á Julio que sería su esposa.—Julio radiante de felicidad, su padre y la señora Santacruz, que eran los padrinos.

Al pisar la novia, apoyada en el brazo de su suegro,

el último peldaño de la escalera del Palacio Arzobispal, pálida y agitada, miró inquieta á los que la seguían, y de entre éstos salió Salomé, su querida Salomé, la cual recibió la gran cola del vestido de gro blanco, y arregló los azahares y los pliegues del ancho velo de tul de seda que la cubría, siguiéndola con los ojos llorosos y la voz trémula, hasta que terminó la ceremonia entre los abrazos de los parientes y las felicitaciones de los amigos.

Fué punto pactado entre las partes contratantes, desde muy al principio, que Salomé "*no dejaría por nada de esta vida á su señá Elenita,*" y que si ésta se casaba, ella sería su "*creada precisadamente,*" y así fué.

Salomé recibió á los novios en la nueva casa, y dispuso con orden é inteligencia lo relacionado con el servicio, de manera que su *señá Elenita* lo encontró todo arreglado como en la casa de su madre, desde los ramos de azahares, de botones de rosa y de camelias blancas atados con anchas cintas que le enviaron y que encontró colocados en los jarrones de electro-plata y cristal, hasta lo más insignificante de aquel nido de flores en el cual vivió también feliz. Si hubiera podido llevarse á su Paulinita, nada le habría faltado para ser completamente dichosa.

Entre los criados nuevos encontró Salomé al *niño Feliciano*, indio neto, de novecientos milésimos, mocetón de veintitrés años, bien parecido y que hacía cinco que acompañaba á su amo *Fulio*.—Este indio vino, vió y venció como César, puesto que, á las pocas vueltas, se casó con la *niña Salomé*, previa la condición, dictada por Julio y por Elena, que fueron los padrinos, de que habían de quedarse á vivir con ellos, sin contar con la huéspeda; con un agarrón que el niño Feliciano, borracho, tuvo con la cocinera, y en el cual hubo gritos y puñetazos y lágrimas, todo lo cual dió por resultado el que la feliz pareja salió pronto del nuevo paraíso, en el cual quedó Elena inconsolable por la separación de Salomé.

Ésta y su marido tomaron una tienda en el barrio de las Nieves; ella se hizo aplanchadora externa de las casas grandes, y él enfardelador en el día y sereno en la noche, y así vivieron holgadamente por algunos años más, hasta que el clarín guerrero llamó á los pueblos en *defensa de las libertades públicas*, si no nos equivocamos, porque pudo ser también *en defensa de la dignidad de la República*; lo cierto del cuento es que se armaron los Estados soberanos para subsanar las diabluras revolucionarias, y que hubo proclamas y patrullas, y que se acabó la paz, y que se suspendió el trabajo, y que ardió Troya, y que el indio Feliciano marchó al Cauca en el 5º de Restauradores, á restablecer á balazos las susodichas libertades públicas.

Salomé siguió á su marido llorando á mares, pues ni su amo Julio, ni su *señá* Pachita, con todas sus influencias, lograron sacar á Feliciano del cuartel, porque se insolentó con el Mayor del cuerpo improvisado, el día en que lo reclutaron.

La *niña Salomé* hizo, pues, la campaña del Sur acompañando á Feliciano. En los campamentos desplegó de nuevo su inteligente actividad: ella preparaba la escasa comida de Feliciano al lado de la de algunos Jefes, cachacos bogotanos y antioqueños, decidores y alegres, que fumaban cigarrillo y cantaban, pasando la mayor parte del día en el toldo de Salomé, á quien llamaban "La hija del Regimiento," y por la cual brindaban, azorándola, al tomar anisado en sus cocos tallados y con guarniciones de plata.

La *niña Salomé* conducía, oculto entre el ruedo de la enagua generalmente, ya el aviso urgente para el gamonal copartidario residente en el pueblo inmediato, ya la orden importante para el destacamento lejano, todo lo cual llegaba á su destino oportunamente, porque Salomé salvaba con viveza los peligros y las guerrillas, trayendo

al regreso noticias siempre favorables, pues en su odio por el enemigo, no admitía nada que fuera ventajoso para éste.

La *niña Salomé* fué conocida de todos en el ejército, y en más de una vez el Coronel ordenó que se le diera bagaje para atravesar las ásperas montañas, y entonces Salomé arrimaba á un barranco el moribundo rucio oficial quitado al enemigo, que le había sido adjudicado, y ágil montaba sobre la pesada enjalma, agachando graciosamente el ala de su *corrosquita* tolimense y arreglando sobre sus hombros la ruana carmelita de listas negras, hecha en Guasca y que Feliciano le ponía sobre el pañolón azul, para precaverla algo más de las lluvias y del frío.— Á su vez Salomé le llevaba, sobre el anca del rucio, el morral amarrado junto con el envoltorio que contenía los dos *muditas* de ropa y los demás escasos haberes adquiridos durante la campaña, en la cual perdió por fin á Feliciano, titulado sargento 2º del 5º de Restauradores, muerto en el encuentro de "El Pedregal" el 5 de Julio y enterrado por Salomé en la espesura de la selva.

Ocho años más tarde la *niña Salomé*, después de muchas vueltas y revueltas y de dejar en confuso borrador algunas páginas de su vida de viajera en nuestras costas y en la Habana, á donde fué con una familia rica de Cartagena, regresó á Bogotá, marchita, enferma y pobre.

La madrina Prudencia había cometido la imprudencia de casarse en segundas *nauceas*, como decía para expresarse en términos cultos, con su sobrino político, Simón Lancheros, autor principal de aquellos citados dibujos *au crayon*, como decimos nosotros los franceses, por carecer de el lápiz español que nos hubiera de sacar del apuro.

Entre la *rematis que le picó* y el ilustre sucesor del cojo Villate, mozo ladino, jugador y vagamundo que pudiera ser nieto y no marido de su vieja esposa la *niña* Prudencia Roseros, ésta quedó en la miseria y ciega.

—Sí, madrina querida! decía Salomé con ternura abrazando á la pobre mujer; pierda *sumercé cuidao*, que yo trabajaré para ambas, y viviremos juntas.—Mi *señá* Elenita, mi *señá* Pachita y mi Paulinita, *que ya es mujer*, quieren llevarme á sus casas, pero yo quiero más bien vivir pobremente con *su mercé* á quien quiero tanto como á mi *máma Consaución*.

Hay al pie de Egipto una casita pajiza encerrada entre un cercado de árboles, y casi oculta por un sauce y dos *retamas*. En una tarde de verano llegan á ella una niña y un niño, lindos como ellos solos, y acompañados de una muchacha sirviente, que lleva un canasto de Fusagasugá vacío.

—¡Tese queto niño *Fulito*!... ¡Cuidao mi *señá* Teresita, que se *qué* entre la chamba y se embarra!.....

—Que se *qué*!... contesta la niña riéndose, remedando el estilo de la criada y burlándola con ademanes graciosos que imita el niño, alzándose en la puntita de los pies y alargando el bracito para coger una rosa de la tupida madreSelva que crece inmediata á la puerta.

Al momento sale de la casa, al encuentro de los niños, una mujercita, joven todavía, simpática, inteligente y que debió ser hermosa. Los abraza y los besa con entusiasmo, los mira con placer, é inclinada sobre ellos:

—Y *mamacita*?..... les dice..... y papá Julio..... y mamá abuelita, agrega conmovida, cómo están?

Y levantando á la preciosa niña en sus brazos y besándole los dorados *cachumbos* entra seguida de *Fulito*.

—Madrina!... ¡Son los niños de mi *señá* Elenita!... le grita á la vieja sorda y ciega que vive con ella: vienen por las camisas de su papá.

—¡Adiós, mis amos lindos! les dice poco después, parada en el umbral de la puerta, dándole á cada uno un ramo de flores de las que cultiva en su jardincito, y arre-

glando en el canasto los blancos cuellos y camisas que van en él.

—A *mamacita*.... á mi Paulinita.... que pronto voy á verlas.

—Con que hasta el *fueves*, *niña Salomé*, dice la *china*, alzando el canasto y ocultándose con los niños entre un recodo del camino.

Mayo 27 de 1882.

ÍNDICE.

	Fol.
Un domingo en casa	4
Las cosas de las de casa	11
Indemnizaciones	17
El portón de casa.....	25
Estilo del siglo.....	35
Ponga usted tienda	39
Tres visitas.....	47
...Y como usted es mi amigo.....	59
Mi familia viajando.....	75
El niño Agapito.....	89
La cruz del matrimonio	101
Vaya usted á una junta	115
Un remiendito	129
Las llavecitas	145
Un año en la corte.....	157
La niña Salomé.....	185

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100057433

